

Ludwig Achim von Arnim

Nació en Berlín en 1781. Huérfano de madre, fue abandonado por el padre y criado por preceptores tiránicos, circunstancias que marcaron su personalidad. Estudió en Gotinga y Heidelberg, y allí conoció a Goethe y a Brentano. Se casó en 1811 con la hermana de éste, Bettina, y tuvo once hijos. Su inicial inclinación hacia la ciencia pronto se trocó en pasión literaria. Miembro destacado del movimiento romántico, fue poeta, novelista y también uno de los principales recopiladores de la antigua poesía popular germánica. Durante las guerras napoleónicas participó activamente en política, a favor del nacionalismo alemán, que difundió con su prédica en los periódicos e integrando diversos grupos y sociedades patrióticas. Más tarde, desilusionado de las luchas cívicas, se retiró a su propiedad campestre, en Wiepersdorf, para dedicarse exclusivamente a la literatura. Murió en 1831.

Otras obras del autor

Pobreza, riqueza, pecado y penitencia
de la Condesa Dolores.

Los guardianes de la corona
Halle y Jerusalem

Cantos populares alemanes

Diario de un hombre engañado

Ludwig Achim Von Arnim

Isabel De Egipto

Bruguera

Título original:
**ISABELLA VON AEGYPTEN ODER KAISERS KARL DER
FÜNFTE ERSTE LIEBE**

Traducción: *Alfonsina Janés*

1.º edición: mayo, 1982

La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

© Editorial Bruguera, S. A. - 1982

Traducción: © Editorial Bruguera, S. A. - 1982

Diseño de cubierta: Soulé-Spagnuolo

Printed in Spain

ISBN 84-02-08820-1 / Depósito legal: B. 12.867 - 1982

Cuando Braka, la vieja gitana de harapienta capa roja, hubo apenas acabado de canturrear ante la ventana su tercer padrenuestro –tal como habían acordado para darse la señal–, Isabel sacó su encantadora cabeza de oscuros rizos y brillantes ojos negros al resplandor de la luna llena, que en aquel momento aparecía entre los vapores y las aguas del Escalda cual hierro semiapagado, para enrojecer de nuevo, por su propia fuerza y cada vez más, al contacto con el aire.

–¡Oh, mira aquel ángel! –dijo Isabel–. ¡Mira cómo me sonrío!

–¿Qué ves, niña? –dijo la anciana, estremeciéndose.

–La luna –contestó Isabel–. Ya vuelve a estar aquí. Pero hoy mi padre tampoco ha venido a casa. Esta vez tarda demasiado, vieja. Sin embargo, esta noche he soñado con él; ha sido un sueño muy bonito: estaba en Egipto, en un trono muy alto, y los pájaros volaban debajo de él. Me ha consolado mucho.

–¡Pobre chiquilla! –dijo Braka–. ¡Ojalá fuera cierto! ¿Has podido comer y beber algo?

–Sí, sí –contestó Isabel–, nuestro vecino ha sacudido sus manzanos y han caído muchas manzanas al río; he pescado las que se han quedado entre las raíces que hay en los recodos de la orilla; además, mi padre me ha dado un pan muy grande antes de marcharse.

–Muy bien –dijo la vieja, llorando–. El pan ya no le hace falta; han hecho que ya no lo necesite.

–Por favor, dime –suplicó Isabel–, no se habrá hecho daño con sus acrobacias, ¿verdad? Llévame con él, voy a cuidarlo. ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está mi duque? –preguntó Isabel temblando, y sus lágrimas cayeron sobre duras piedras a la luz de la luna. De haber sido un pájaro me hubiera posado allí y habría mojado mi pico para llevarlas al cielo: tan grande era la tristeza y la sumisión a la voluntad divina que demostraban aquellas lágrimas.

–Mira allí –gimió la anciana–; en lo alto del monte hay un trípode; tiene tres pies, pero no es uno y trino. Dios no sabe nada de él, y no obstante se llama tribunal. El que pasa por allí puede aún vivir mucho tiempo. La carne que el sol asa en aquel lugar no se echa al puchero, sigue allí colgada hasta que nos la llevamos. Tranquilízate, hija mía, y no grites; tu padre cuelga allí arriba, pero estate tranquila, esta noche lo iremos a buscar y lo echaremos al río con todos los honores que le corresponden para que llegue flotando hasta Egipto, hasta los suyos, pues ha muerto en piadoso peregrinaje. Toma este vino y esta cacerola de estofado; dedícale en tu soledad un festín de difuntos como es debido.

El espanto de Isabel fue tan grande que casi no pudo tomar lo que le tendía. La anciana prosiguió:

–Sujétalo bien para que no se caiga; no te deshagas en lágrimas, piensa que ahora tú eres nuestra única esperanza, que, cuando hayamos cumplido nuestro voto, eres tú quien tiene que llevarnos a la patria. Piensa también que ahora te pertenece todo lo que poseía tu padre; encontrarás muchas cosas. ¡Ah, por poco me olvido! Al darme la llave, dijo que no tuvieras miedo de su Simson, que el perro negro ya sabrá que tiene que obedecerte a ti y no podrá morderte. Añadió que no estés triste, que hace mucho tiempo que estaba enfermo de añoranza y que ahora, al regresar a casa, sanará. Eso es lo que dijo... Y aquí tienes la copa de un sombrero llena de leche; es de una vaca que he ordeñado en el prado; es para el festín de difuntos. Buenas noches, chiquilla.

La anciana se marchó, e Isabel la siguió con la mirada como si fuera una carta venenosa que, del espanto, se le hubiera caído de las manos y cuyo contenido, no obstante, quisiera conocer. Hubiera preferido ir con ella, pero estaba tan triste que vaciló, pues temía al rudo pueblo que encontraría allí, aun cuando lo quería muchísimo.

En aquella época, los gitanos vivían sometidos a persecución por parte de los judíos desterrados, que se hacían pasar por gitanos para que los toleraran, y habían llegado a un estado de pecaminosa degeneración. El duque Miguel se había lamentado de ello muchas veces, y se sirvió de todos los medios que le dictó su inteligencia para reunirlos y conducirlos a la patria. Su voto de llegar en peregrinaje hasta los confines de la cristiandad estaba cumplido, pues desde España ya habían regresado por el océano. Sólo el deseo de ir al Nuevo Mundo les retenía en el viejo continente, en el cual únicamente se quería embarcar para allá a los guerreros, no a los peregrinos. Pero el aumento del poderío turco, la persecución por todas partes y la falta de dinero hacían el regreso a Egipto enormemente difícil. Para ir viviendo, el duque intentó sacar provecho de lo que en otros momentos fuera su diversión nacional: las pruebas de fuerza y de habilidad, como, por ejemplo, llevar sobre los dientes pesadas mesas sin perder el equilibrio, dar volteretas en el aire o caminar con las manos; en suma, lo que se calificaba de acrobacias. Pero, obligados a retroceder de un territorio a otro, aquellas fuentes de ingresos se agotaron, y cuando ni decir la buenaventura les servía ya para nada, hasta los más buenos se vieron obligados a robar su mísero sustento o a contentarse con animales cuya caza estaba permitida, como los topos o los puercos espines. Fue entonces cuando experimentaron, en lo más íntimo de su ser, el castigo por haber expulsado a la santa Madre de Dios, al Niño Jesús y al anciano José en su huida a Egipto, por no mirar al Señor a los ojos y, con ruda indiferencia, creer que las santas personas eran simples judíos, los cuales nunca encontrarían albergue en Egipto por haberse llevado, al emigrar a la tierra prometida, las vasijas de oro y plata que tenían en préstamo. Más adelante, al reconocer por su muerte al Salvador, al cual habían desairado en vida, la mitad del pueblo quiso expiar la dureza de su corazón mediante una peregrinación hasta los confines de la cristiandad. Llevando consigo sus tesoros, marcharon hacia Europa a través de Asia Menor, y mientras les quedó algo fueron bien recibidos en todas partes; pero ¡ay de los pobres en tierras extrañas!

Todo esto había que relatarlo previamente; ahora volvamos a nuestra historia. Ocho días antes llegó de Francia, sin dinero alguno, otro tropel en el que se encontraban Happy y Emler, y, para poder mantenerlos, el duque tomó la decisión de mostrar una vez más sus artes y se fue con ellos a una posada. Y en el preciso momento en que, para asombro de todos, sostenía a ocho hombres sobre sus brazos y hombros, unos empezaron a dar grandes voces gritando que habían detenido a Happy, el cual había robado dos gallos en el corral y al marcharse había sido delatado por el canto de los plumíferos, y que Miguel, el duque, sólo se había quedado en la habitación para atraer a la gente. Los habitantes de Gante eran tan ricos que no perdonaban ni un solo robo. El duque Miguel fingió en vano tener la intención de matar a tiros a Happy en el acto, pero los detuvieron también, a él y a Emler, y los condenaron a la horca por ladrones. En aquella época existía una ley severa contra los gitanos, según la cual había que matarlos dondequiera que se encontrasen. En vano aseguró Miguel ante el tribunal que él y Emler eran inocentes, diciendo:

—A nosotros nos ocurre como a los ratones: cuando un ratón muerde un trozo de queso todos dicen: «han sido los ratones», y entonces empiezan a envenenarlos y a atraparlos a todos. Igual nos pasa a los gitanos, que ahora ya no estamos seguros en ningún lugar, excepto en el patíbulo.

La ley le asignó aquel seguro lugar y él, mirando la tierra desde lo alto, derramó amargas

lágrimas por morir de manera tan infame sin haber cometido ningún delito, y siendo, como era, el último heredero masculino de su egregia casa. Su garganta enmudeció hasta el día del juicio final, momento en que presentará su lamento por la crueldad de los ricos, que desprecian cualquier vida humana cuando se trata de asegurar sus inertes tesoros. Entonces, a la sogá le costará tanto pasar por el ojo de una aguja como a un camello; y como a los ricos entrar en el reino de los cielos, donde Isabel volverá a reunirse con su padre.

Al volver en sí, Isabel exclamó repetidas veces:

—¡De manera que esto era lo que significaba mi sueño! Durmiendo, he visto cómo levantaban a mi padre. Ahora lo han elevado hacia el cielo, ciertamente, y ahora ya no sabe nada de nosotros, o lo sabe todo.

Contrariamente a su costumbre, el perro negro se alejó de la puerta de la habitación, se echó a sus pies y empezó a aullar.

—¿De modo que tú también lo sabes, Simson? —le preguntó Isabel, y el perro asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Quieres servirme a mí, de ahora en adelante?

El perro volvió a asentir con la cabeza, corrió hacia la ventana y empezó a rasguñar. Isabel miró hacia fuera; la corredera había quedado abierta, y vio la figura de su padre suspendida, resplandeciente en la lejanía. Y también vio cómo, de repente, el cadáver caía al suelo.

—Acaban de descolgarlo; están celebrando un festín en su honor; yo también tengo que salir para ir al banquete fúnebre.

Con la jarra de vino y el pan en sus manos y el perro negro a su lado, salió al solitario jardín. Hacía ya diez años que el edificio estaba deshabitado a causa de los fantasmas, pues los gitanos se habían afincado entonces en aquel lugar haciendo que el dueño, un acaudalado comerciante de la ciudad que allí había instalado su residencia de verano, lo abandonara espantado; y cuando lo detuvieron por bancarota, sus bienes quedaron en manos de los acreedores y fueron administrados con la negligencia propia de tales casos. Ahora, bajo la espada de la justicia, podían habitarlo con absoluta tranquilidad, con el único inconveniente de que no podían salir de día, y de que por la noche todo el mundo los evitaba. Así pues, la hermosa y pálida muchacha salió del edificio como un fantasma y, al observar que la había visto el vigilante que se hallaba en los jardines cercanos, corrió a refugiarse a una capilla alejada para rezar y sentir la sagrada protección de la fe. Isabel no sabía que causaba espanto; el dolor por la pérdida de lo que era su único pensamiento, su padre, hizo que se olvidara de sí misma, la insensibilizó. Sólo era capaz de cumplir las normas de la vieja Braka; lo que más deseaba era poder hacer todavía alguna cosa en honor de su padre. Así pues, como era costumbre en los festines fúnebres de los suyos, extendió su velo sobre un peñasco, colocó encima dos vasos y dos platos, brindó con los dos vasos, bebió el suyo y echó el del difunto al arroyo, que se perdía en el Escalda no muy lejos del edificio. Y cuando se disponía a verter al arroyo esta su primera ofrenda, la corriente se elevó con un susurro, como si surgiera de ella, nadando, un gran pez que no tuviera sitio en el afluente. La luna apareció por detrás de la casa e Isabel vio la pálida faz de su padre con la corona que le pusieron los gitanos sobre la cabeza antes de echarlo a la corriente. Y de la misma manera que la ola dibujaba círculos con la tan querida cabeza, a la pobre muchacha le daba vueltas la suya y, creyendo que todavía seguía vivo, intentó rescatarlo del agua; saltó al río y lo sujetó, pero el perro negro, bien firme en la orilla, le agarró la falda. De esta manera quedó aprisionada en desconcertada aflicción, sin poder llevar el cadáver hacia la orilla ni ir nadando con él hacia el mar. Por fin Braka regresó y, como no le abrieron la puerta, se deslizó hacia el jardín, donde vio,

como si todo se hubiera petrificado ante ella, esta extraordinaria escena: al fuerte Miguel con la mortaja y la resplandeciente corona de plata, inclinada sobre él, la pálida muchacha con la negra cabellera ondeando por encima del cadáver, y, sujetándole el vestido, el perro negro de ojos llameantes. Era algo tan extraño que, a pesar de que lo sentía mucho, la anciana no pudo menos que reír a su manera; no con el corazón, sino sólo con sus enjutos labios, como alguien que pasara hambre. Luego Braka se abalanzó hacia aquel lugar, levantó impetuosamente a la joven, la llevó hacia la orilla y le dijo:

—¡Déjalo! ¡El conoce su camino mejor que tú!

Mientras hablaba, el cadáver corrió tranquilo río abajo, la luna se ocultó tras las nubes e Isabel se desplomó en los brazos de la anciana.

Transcurrieron cuatro dolorosas semanas; la vieja no podía acudir todos los días pues temía por su propia seguridad, e Isabel se aburría con el perro, cuyas habilidades ya no quería volver a ver. Él perro se pasaba el día durmiendo y, mientras comían, movía la cola, se lamía o rasguñaba. Por fin, se le ocurrió hacer lo primero que emprenden los herederos: registrar el legado del difunto. No sin temor y respeto, abrió la estancia secreta, pero sus esperanzas se vieron frustradas: en ella no había ropajes extraños ni objetos valiosos, sino casi únicamente fardos de hierbas, sacos llenos de raíces, algunas piedras; en fin, sólo cosas de las que no entendía nada, porque su padre había previsto que su naturaleza infantil no prestaría atención a lo misterioso. Por último, encontró en una caja unos libros antiguos y se puso a hojearlos; algunos aparecían adornados con magníficos sellos; eran de un papel poco corriente y estaban escritos en un idioma extraño que todavía no había aprendido; otros, en cambio, lo estaban en neerlandés, lengua que sí sabía escribir y leer, pues su madre, del antiguo linaje de los condes de Hogstraaten, al huir con Miguel inculcó a su marido y a su hija el amor a aquel antiguo idioma. Cogió los libros y al llegar la noche, se puso a leerlos —pues de día dormía para evitar cualquier ruido—. En aquel momento, Braka le hizo una triple seña para que la dejara entrar mediante un búho amaestrado que llevaba consigo desde hacía algún tiempo. De mala gana; Isabel dejó el libro en el que se narraban curiosas historias mágicas y se levantó de un salto. Cuando Braka entró, volvió a sentarse sin decir palabra; lo que provocó que la anciana, muy enfadada, dijera llevándose las manos a las caderas:

—¡Vaya! ¡Hoy ni un saludo ni un beso para la vieja Braka! Sí, sí, cuando los niños son pequeños casi no saben qué hacer para demostrar su cariño y sus buenos deseos, pero tan pronto como empiezan a independizarse no tienen ya oídos para lo que una quisiera hacer por su bien. Bueno, pues hoy, si no me lo pides como es debido, te quedarás sin pastel; he pasado media hora esperando en casa del panadero. Es un dulce que estaba destinado a la mesa del príncipe. ¡Qué sorpresa se va a llevar la sirvienta cuando vaya a buscarlo y se encuentre con que ya no está allí!

—Sé que aunque no te lo pida, no estarás tranquila hasta que haya probado un bocado —dijo Isabel—. Anda, dámelo y no te enfades.

Hoy he estado leyendo los libros de mi padre y he encontrado unas historias tan bonitas que me gustaría ser un fantasma de los que en ellos se describen.

Echando una ojeada al libro, la anciana dijo:

—¡Qué cosa tan curiosa! Yo soy vieja y no sé leer, y tú no eres más que un renacuajo y ya sabes. Bueno, mira, si tienes ganas de ser un fantasma puedes conseguirlo; se me acaba de ocurrir una idea que puede sernos muy útil.

—¿Qué te pasa? Pareces pensativa.

–Mira, Isabel –prosiguió la vieja–, lo que te espera no es una nimiedad; imagínate, ayer el príncipe Carlos pasó a caballo con su preceptor Cenrio por delante de esta quinta y preguntó por qué se halla cerrada y, al parecer en estado ruinoso. Cenrio le explicó que, según ya sabes, los fantasmas asustan a todos los compradores e inquilinos, como en aquella ocasión en que tu padre arremetió con su azote contra uno que quería instalarse aquí a toda costa, o como aquella vez en que soltó todos los búhos que tenía encerrados en una habitación para que se pusieran a volar alrededor de otra persona que se interesó por la finca. Bueno, todo esto ya lo sabes. Pues bien, en vez de asustarse, el príncipe aseguró que quería dormir una noche en esta casa y ahuyentar pronto a los espíritus. ¿Qué podemos hacer? Puede venir cualquier noche y seguro que los suyos se colocarán en las salidas, de manera que ninguno de los nuestros pueda entrar o salir.

–Oye, Braka –dijo Isabel–, me gustaría mucho ver al príncipe. ¡He oído hablar tanto de él, de lo bien parecido y noble que es, de cómo pelea y monta a caballo!

–Ya estás pensando otra vez en el príncipe y no en nuestra desgraciada situación –prosiguió Braka–. Si supieras hacerte pasar por un fantasma, sería tu salvación.

–¿Y por qué no? –dijo Isabel–. Pero ¿qué he de hacer? –y siguió leyendo el libro.

–Mira, niña –dijo la anciana–, la única habitación en que puede dormir el príncipe es la negra de listones dorados, al lado de la cual se halla la estancia secreta de tu padre, pues las demás tienen varias puertas y en ellas no estará tan seguro. Además ésta es la única en que hay algo que pueda llamarse cama. Pues bien, cuando notes que ya no se mueve, que se ha quedado dormido, sales sigilosamente de la habitación, te echas en la cama a su lado, y te juro que echará a correr de miedo y no volverá nunca más. Ahora bien, si no se acobarda y te retiene, mira, sólo te costará una mentirijilla; podrás decirle que has entrado allí porque le amas, y tal vez eso sea lo que te traiga la felicidad.

–Bien, vieja –dijo Isabel sin dejar de leer–, lo que tú digas, tú debes de entender de esas cosas; yo no sé nada.

–¡Pero dime ya de dónde has sacado este maldito libro! –dijo de pronto la anciana–. Te estoy hablando de cosas serias y tú no piensas más que en el libro.

–Lo he encontrado en la estancia de mi padre –dijo Isabel–; hay varios, coge tú también uno.

–Si me lo permites, me gustaría entrar allí –dijo la vieja–. Siempre me ha dado miedo decírtelo, no sabía si tu padre lo había prohibido o no.

–Ve a ver –dijo Isabel–; no encontrarás gran cosa más.

La anciana se alejó con picara curiosidad. Cuando se encontraba junto a la puerta, pidió a Isabel que llamara al perro negro –que siempre estaba echado delante de la puerta de la estancia y tenía orden de no dejar entrar a nadie más que a Isabel– para que se apartase. Una vez la vieja estuvo dentro, Isabel hizo que el perro volviera a la puerta de la estancia y se escondió para ver el susto que sin duda se llevaría Braka. Era una broma de las que gastan las princesas, pero lo cierto era que Isabel tenía todo el encanto de una princesa y siempre la habían respetado como si lo fuera. Cuando, poco después, la vieja se disponía a salir con un gran fardo de hierbas y un saco, el perro negro la miró con ojos llameantes y le enseñó los dientes, de modo que retrocedió asustada y, presa de pánico, llamó a Isabel. En aquel mismo instante oyeron delante de la puerta un inusitado trote de caballos y el paso de unas personas que atravesaban el patio. Isabel, asustada, se refugió con la vela, la comida y el perro en la estancia donde estaba la vieja, y la cerraron con llave para permanecer allí en absoluto silencio hasta poder ver si era el príncipe que se disponía a librar su batalla contra los fantasmas. No se equivocaron, era Carlos, el futuro

soberano de un imperio en el que jamás se ponía el sol, quien con su vigor juvenil entró en la habitación abandonada. Isabel pudo verlo perfectamente a través de un agujero de la puerta; nunca le había sucedido una cosa como aquélla. Ella sólo había visto gitanos morenos, alegres y vehementes; éste, en cambio, había entrado con un porte tan magnánimo, tan apacible en su comedida energía que, antes de que sus acompañantes lo saludaran llamándole príncipe, comprendió que era él el futuro soberano. A Isabel le cautivó la arrogancia con que apartó a Cenrio, que quería retirar la apuesta afirmando que el príncipe había probado con su presencia que quería llevarla a cabo de verdad. Pero el príncipe, presuroso, echó su gorro de terciopelo negro sobre la mesa, extendió su capa sobre el armazón de la cama y ordenó a Cenrio que vigilara los alrededores de la casa y le dejara unas cuantas velas encendidas en la habitación, porque, según dijo, estaba cansado. Cenrio le recomendó que no olvidara la señal con la pistola siempre que necesitara a alguien y, mirando el cerrojo, añadió que en caso de que éste fallara bastaría con que llamase, puesto que iba a apostar a un soldado bajo la ventana y él mismo haría guardia por allí cerca. El príncipe dijo que le gustaría ahorrarse la guardia y la vigilancia, que armado con la coraza y su buena espada no era tan fácil que alguien llegara a ser para él un peligro y que los cuentos de viejas en los que aparecían espíritus ya no le asustaban. Cenrio salió de la habitación. El príncipe, se puso a susurrar una canción para mantenerse despierto. Después se echó en la cama y no dejó de canturrear hasta que se quedó dormido. Como la cama estaba frente a la estancia, Isabel pudo verlo con toda claridad y oír sus palabras:

Ven, dulce noche oscura,
y oprime estrellas nacientes
cual sellos de tu poder.
En mi corazón valiente:
signos de mi lejanía.
Que el gozoso resplandor
de las futuras coronas
despierte a quien servir cansa.

Se asienta en obscuro trono,
yace en etéreos cojines
su esplendorosa corona.
¡Oh, si pudiera besarla!
Y aunque sólo por esta noche
Venus me hiciera señor,
el mundo recorrería
con las coronas, con todas.

–Está impaciente por gobernar –dijo la vieja a Isabel en voz baja.

Los ojos del príncipe se cerraron y su cabeza fue cayendo lentamente. Se había quedado dormido; Isabel seguía con la mirada fija en él y no se cansaba de contemplarlo. La vieja, en cambio, ya había urdido su plan. Las armas, la espada y la pistola estaban en el suelo delante de la cama; Isabel iría a buscarlas con todo sigilo y luego haría de fantasma y se echaría a su lado. No obstante, le costó muchísimo convencer a la muchacha para que se quitara los zapatos y las

medias con el fin de no hacer ruido; y el vestido, para no chocar con nada, y casi tuvo que empujarla a la puerta de la estancia, que, por precaución, dejó entornada para asegurarle la retirada. Con toda seguridad al hacer esta proposición no fueron buenas intenciones lo que guió a la vieja, pues, desde hacía tiempo, su principal ocupación era la de alcahueta y en esta ocasión podía conseguir la repentina felicidad de la clase baja. Isabel no sospechaba nada de esto, a ella le agradaba ver al príncipe de cerca, y por ello no se paró mucho rato a pensar si la proposición de la vieja era razonable o no. Con mucho cuidado, se dirigió, pues, a la cama del príncipe, el cual dormía tan profundamente que la mujer hubiera podido llevarse sus armas con absoluta seguridad. La vieja miró con agrado a la pareja. Isabel, que, al estilo de los gitanos, en vez de llevar camisa iba envuelta en un lienzo azul sujeto por un cinto dorado, extendió hacia el príncipe con cierta timidez sus deslumbrantes y bien modelados brazos; con gráciles y ligeros pasos, dirigió hacia él, vacilante, sus resplandecientes pies y, entre sus innumerables rizos que oscilaban sobre él, mil predicciones de fortuna salieron de mil dulces miradas, hasta que sus labios, incapaces de contenerse por más tiempo, se posaron lentamente sobre los del príncipe. Hasta aquel momento todo le salió a la perfección, pero el príncipe, al que las visiones de su sueño asediaban cual ardientes proyectiles, se despertó con el beso, se levantó de pronto con extraordinario ímpetu y, gritando sin aliento, se precipitó a la habitación contigua olvidándolo todo, la pistola y la espada. Tal es el miedo que incluso el más arrogante siente, en el fondo, por el mundo inefable que no se adapta a nuestros experimentos sino que nos utiliza para sus ensayos y diversiones. Aquel gran temor llenó a Isabel de tal consternación que, en silencio e indecisa, se abandonó en manos de la anciana, quien la llevó a toda prisa a la estancia por la puerta secreta. Poco después, el príncipe volvió con Cenrio y algunos soldados que, a decir verdad, tenían muchas más ganas de quedarse fuera que de entrar. Quien no haya experimentado nunca una cosa así no lo creerá, pero un fantasma es capaz de poner en fuga a todo un ejército, pues lo que llega a producir a un hombre valiente un miedo irresistible puede causarlo, en general a todo el mundo. El príncipe fue todavía quien más valor demostró, y, en voz alta, aseguró:

–Aunque las serpientes negras eran horripilantes, jamás vi un semblante más hermoso; a pesar de su descomunal tamaño, ese ser estaba extraordinariamente bien proporcionado, tenía un botón ardiente en el pecho. Pero ahora aquí no hay nada. ¡Por la santa madre de Dios, dad luz aquí, debajo de la cama! Si nadie quiere ayudarme, tendré que hacerlo yo mismo. Tampoco aquí hay nada. Sí, ha sido un fantasma, Cenrio. He perdido la apuesta, mi cimitarra es tuya. ¡Si pudiera saber lo que pudiera haber pedido el encantador fantasma! ¡Por Dios, me quedaré aquí! Mirad, ahora me viene todo a la memoria. ¿No tengo los labios quemados? Os juro que me besó, y mi felicidad fue tan grande que poco faltó para que me estallara el corazón. Voy a quedarme aquí, Cenrio; le voy a preguntar qué quiere de mí.

Cenrio declaró que, después del susto que se había llevado el príncipe él no podía estar conforme a causa de su salud; el propio príncipe no se hizo rogar mucho rato para desistir de llevar a cabo aquella dura prueba de valor. Como todos, pálidos y asustados, miraban en derredor y se estremecían al oír el menor ruido, no se sintió avergonzado y pudo volver a casa sin que Adriano, que estaba enfrascado con sus libros, se diera cuenta de nada. Esta decisión no dejó muy satisfecha a la vieja, pero supo aprovechar al máximo lo que de positivo tenía para asegurarse la casa para ella y para los suyos. Tan pronto como se marcharon los veloces huéspedes, salió enfurecida de la estancia, con lo que asustó a la pobre Isabel; empezó a dar grandes portazos y tiró al suelo todas las mesas, de manera que quienes habían emprendido la

retirada, dominados por un secreto pánico, montaron en sus caballos y, sin volverse, cabalgaron hacia la ciudad donde, explicando con grandes exageraciones lo que había ocurrido, aumentaron la fama de que la quinta estaba habitada por fantasmas. Aquella misma noche, el príncipe tuvo que pagar su temeridad con fuerte calentura. Ante sus ojos vio la encantadora cabeza de Isabel, la fiebre le traicionó mostrándole una verdad falsa, y a la mañana siguiente confesó muy atribulado a Adriano que estaba enamorado de un fantasma. Para Adriano, a quien el emperador Maximiliano había confiado de manera especial los estudios de latín de su nieto, fue ésta una inestimable oportunidad de dar al muchacho como penitencia un montón de palabras para estudiar que podrían serle útiles contra la impresión recibida por la noche.

En su soledad, la pobre Isabel tuvo que pagar su primer amor mucho más caro. Durante unos días no hizo más que pensar en él en vez de dormir y pasarse la noche mirando por todas partes por si volvía a su fantasmagórica casa. Braka la reprendió muy en serio por pasar sus mejores días entregada a unos pensamientos tan disparatados que le hacían perder prematuramente el color; ella se repitió este consejo y otros varios muy a menudo, y, no obstante, una y otra vez los olvidó y desvió su mente hacia el extraño pensamiento que tan grato le era. En una ocasión, preguntó a Braka si no existía ningún medio para hacerse invisible y poder deambular sin ser vista por la ciudad. Riendo, Braka le dijo:

–Yo no conozco ninguno, excepto tener mucho dinero; entonces uno puede ir adonde quiera. Esta es la verdadera llave maestra, la verdadera raíz a cuyo contacto se abren todas las puertas. Es posible que tu padre conociera estas artes, pero si no están en sus libros se han perdido.

Isabel guardó estas palabras en su interior y la afectaron de tal modo que le pareció que no podría olvidarlas nunca. En cuanto la vieja se marchó de nuevo a sus ocupaciones, volvió a sacar los libros, que desde la visita del príncipe habían quedado arrinconados. Entonces se dio cuenta de que la vieja se había llevado todas las hierbas y todas las extrañas raíces medicinales, ante tal infidelidad, tomó la decisión de no descubrirle nada más acerca de las intenciones que albergaba y para las cuales pensaba servirse de las fuerzas secretas. Pero ¡qué nueva repugnancia iban a depararle aquellos libros, aquella multitud de reglas secretas, de dibujos que no entendía en absoluto y que servían para hallar la piedra filosofal, para evocar a los espíritus, para realizar exorcismos contra las enfermedades, para hechizar a los animales, y, por fin, para hacer oro de un modo tan complicado como lo hubiera sido enganchar dos lunas para ir al sol! Así transcurrió una semana tras otra hasta que una noche en que estaba ya agotada dio con una información detallada para conseguir un *alraun*¹ que, con infalible astucia de ladrón y espíritu servicial, proporciona dinero y todo lo que un corazón mundano pueda desear. Pero ¡qué difícil es conseguirlo! Y, no obstante, era la más fácil de todas las brujerías. La hechicería exige un aprendizaje durísimo; quien es capaz de soportarlo, puede dar la impresión de que también en los asuntos corrientes practica la magia sin el menor misterio. ¿Hay alguien que, conociendo las condiciones para conseguir un *alraun* desee someterse a ellas? ¿Hay alguien capaz de cumplirlas? Se necesita una muchacha que ame con toda su alma, sin deseo de placer, que le baste con tener cerca al amado; ésta es una condición indispensable que tal vez se realizó por primera vez en Isabel, pues los gitanos que la conocían la habían tratado siempre como un ser superior, y ella admitió serlo; no obstante, el príncipe pasó ante sus ojos como una aparición tan

¹ Pequeño ser semidiabólico con figura humana que servía para enriquecer a quien lo poseía. (Nota de la Traductora.)

sagrada y pura como el cuerpo sacrosanto de la misa, y demasiado de prisa para despertar en ella otras consideraciones. Una muchacha así, que se deja guiar hasta tal punto por la fantasía, ha de tener al mismo tiempo más valor que un hombre para salir a las once de la noche con un perro negro y dirigirse al patíbulo donde un inocente ajusticiado haya vertido sus lágrimas en la hierba; entonces ha de taparse bien los oídos con algodón y buscar con las manos hasta encontrar la raíz y, a pesar de los alaridos de esta raíz, que no es en modo alguno una raíz natural, sino el fruto de las lágrimas inocentes del ahorcado, ha de descubrirle la cabeza, ceñirla con una cuerda hecha con sus propios cabellos, atar con ella el perro y entonces irse corriendo de modo que éste, al querer seguirla, arranque la raíz de la tierra y muera inevitablemente debido a una repentina sacudida del suelo. Quien, en este momento, el más decisivo, no tenga bien tapados los oídos, puede volverse loco de repente a causa de los alaridos. Isabel era una vez más la única, desde hacía milenios, que reunía todos estos requisitos. ¿Había alguien más inocente que Miguel, su querido padre, que trabajó infatigablemente por el bien de su pobre pueblo, que por los suyos realizó constantes esfuerzos y sufrió penalidades, siendo demasiado noble y orgulloso para no robar a un rico lo más mínimo? ¿Qué muchacha hubiera tenido el valor de andar por aquella senda a medianoche deliberadamente sino Isabel que, desde hacía cuatro años, cuando murió su madre, llevaba una vida nocturna oculta y conocía demasiado bien la trayectoria de la luna y las estrellas para sentir de noche especial soledad y tristeza? ¿Qué otra muchacha tenía, como ella, un perro negro cuya mirada fuera aún más elocuente que sus ladridos? Y, por otra parte, ¿qué otra joven sentía por éste, su único compañero, tan gran odio como ella, un odio insufrible desde que la había mordido, varios años atrás? Y ahora lo despreciaba aún más, pues la servía con enojosa sumisión y, no obstante, la espía a dondequiera que fuese y se burlaba de ella cuando hablaba con tiernas palabras a un muñeco, hecho de vestidos viejos, como si fuera el príncipe. Además, su padre siempre dijo que en el perro estaba metido el enemigo malo. Finalmente, ¿qué otra muchacha tenía el cabello tan largo como Isabel para poder trenzar cuerdas con él? Y ¿cuál lo sacrificaría tranquilamente para realizar el experimento? Ella, en cambio, no sabía nada acerca de su propia belleza; le agradaba pensar que en el futuro no tendría que pasar tanto rato peinándose, y así fue como su cabellera, en cuyos suaves rizos las estrellas se reflejaron tantas veces como en los de Berenice, cayó al suelo, a su alrededor, al rápido corte de unas tijeras, cual obscuro velo con que tejer una cadena que causaría la muerte al perro Simson. Pronto se dio cuenta de que él lo había oído todo, pues en vez de enterrar en el jardín, como en otras ocasiones, pequeñas provisiones de huesos y pan, fue poniendo al descubierto uno tras otro todos aquellos tesoros escondidos y se los comió de modo insaciable. Si lo primero llegó a emocionarla, tanto más la indignó esto. Por otra parte, el perro no parecía triste, pero la observaba con mirada burlona, y cuando llegó el primer viernes –pues este experimento tiene que realizarse forzosamente en viernes– recorrió una vez más toda la casa husmeando por todos los rincones y, contrariamente a lo que tenía por costumbre, ensució la perrera. Sin embargo, en aquella ocasión, Isabel perdonó al can su travesura más gustosamente que a la anciana el aburrimiento con que la fastidiaba al explicarle, con su «me dijo y yo dije», la interminable historia de sus malditos primeros amoríos, cosa que muy fácilmente hubiera podido impedir que Isabel cumpliera una de las condiciones principales en la búsqueda de la raíz mágica. Afortunadamente, su impaciencia por el largo rato que llevaba allí, le hizo contar y recontar los minutos y las horas hasta que dieron las

doce. Entonces, Isabel se levantó muy impaciente y, enfadada por tener que aplazarlo todo una semana, empezó a bailar con la vieja el baile de la grulla de los gitanos hasta que ésta cayó por fin sin aliento en un sillón y empezó a toser y a asegurar que ni el día de su boda se había divertido tanto bailando; al mismo tiempo se llevó a la boca un poco de jarabe de regaliz para calmar la tos y por fin lamentando mucho tener que irse ya, se alejó. Isabel sintió, a pesar de todo, algo de miedo; al haber perdido la oportunidad aquella semana, le pareció mejor poder prepararse algo más, y tuvo la impresión de que al perro negro también le iba bien el aplazamiento para poder comer a su gusto. Isabel le permitió comer los bocados más sabrosos porque sabía lo que tenía que hacer por ella; incluso, a veces, a pesar de la repugnancia que sentía por el animal, se le llenaban los ojos de lágrimas al mirarlo, pero siempre se consolaba recordando la nota adicional del libro de magia, según la cual el alma de los perros fieles que mueren en esta operación se reúne con la de su dueño; y ella estaba segura de que el perro lo pasaría mejor con Miguel, su padre, que con ella.

Por fin, llegó el segundo viernes; ya hacía frío, las tranquilas aguas estaban algo heladas, y la anciana se disculpó por no poder salir en los días siguientes diciendo que tosía tanto que tenía que quedarse en casa. Parecía que iba todo a pedir de boca; todos los vecinos se fueron a la ciudad, la noche era oscura y el viento llevaba los primeros copos de nieve hacia la seca tierra. Isabel volvió a leer el libro de hechicería; al dar las once su corazón empezó a latir con fuerza y el perro negro arrastró el muñeco en que ella veía y veneraba al príncipe; lo sacudió con violencia y lo mordió. Esto hizo que Isabel se decidiera: el perro tenía que expiar el ultraje cometido contra su favorito. A toda prisa cogió las cuerdas tejidas con sus cabellos, que hasta aquel momento llevaba en la cabeza para no despertar las sospechas de la anciana, y pegó al animal. El quiso salir, ella abrió la puerta, y ambos se vieron trasladados al mágico mundo invernal y echaron a andar por el camino que les indicaba el viento sin conocerlo, siguiendo sólo su dirección, para llegar a la montaña de la ejecución. En el camino no había nadie, sólo varios perros salieron con gran estrépito por debajo de los portales y se abalanzaron sobre el negro Simson, pero en el momento en que aquellos filisteos se le acercaron les clavó la mirada y les enseñó los dientes, y tanto los perros más grandes como los más pequeños huyeron y regresaron a sus jardines con el rabo entre las piernas y con tal pánico que quedaron aprisionados debajo de las puertas y empezaron a lanzar lastimeros aullidos. Un pánico parecido mostraron unos cuantos puercos espines que atravesaban el camino con las púas llenas de las manzanas y peras que se les habían quedado clavadas al revolcarse por los huertos; pero, al ver al perro, se retorcieron de tal modo que éste pudo despojarlos con toda comodidad de su botín y devorarlo. Mientras tanto, Isabel descansó un poco; sin embargo, al levantarse e ir acercándose a la montaña tuvo la extraña sensación de que alguien la seguía de cerca; lo hacía con tal cuidado que a cada paso la punta de sus pies tocaba el talón de ella. No osando volverse para mirar, corrió cada vez más de prisa, hasta que un golpe en la cabeza la hizo caer. No obstante, el golpe la aturdió sólo un poco y, al ver que a su alrededor reinaba el silencio, recobró el ánimo. Como nadie la sujetó, extendió los brazos y advirtió que había chocado con una barrera; lo que siguiera sus pasos con tal premura no era otra cosa que una zarza que había quedado colgada en su vestido. Se extrañó de aquel infundado temor, y decidió prestar más atención e ir con más cuidado, pero al oír que varios caballos que estaban descansando en reata se levantaban de improviso y se alejaban a galope por los matorrales y setos, volvió a olvidar sus propósitos. Se encontraba ya en lo alto y podía ver la rica ciudad en la que había todavía alguna luz encendida. Una de las casas estaba especialmente

iluminada. «Seguro que allí es donde vive el príncipe», pensó. Así le había descrito su casa la vieja, e Isabel sabía que aquel mismo día se celebraba su cumpleaños. A la vista de este panorama lo hubiera olvidado todo, incluso a los secos ahorcados que, más arriba, parecían hacerse preguntas y chocar mutuamente, si el perro negro no hubiese empezado a excavar por propia iniciativa debajo del trípode. La muchacha palpó lo que había hallado y se encontró con una figura humana en las manos, una pequeña figura que tenía las dos piernas firmemente arraigadas en la tierra. Era ella, lo era; era la misteriosa mandrágora, el hombrecillo del patíbulo; lo había encontrado sin ningún esfuerzo, y en un abrir y cerrar de ojos le puso la cuerda hecha con sus cabellos y la ató al cuello del perro negro; luego, presa de pánico a causa de los gritos de la raíz, echó a correr, olvidando taparse los oídos. Corrió tan aprisa como pudo, y el perro detrás de ella; éste arrancó la raíz del suelo, y un trueno espantoso los derribó al can y a Isabel, pero como la muchacha corría sin parar y con gran rapidez, estaba ya a cincuenta pasos de distancia.

Esto le salvó la vida, pero permaneció largo rato sin sentido, y cuando se despertó, los enamorados venturosos regresaban ya tranquilamente a casa tras gozar de unas horas de felicidad. Uno de ellos entonaba un jubiloso canto sobre su preciosa amada y sobre las malas lenguas que divulgaban los amores secretos. Como iba medio dormido, no vio a Isabel. Ella, al despertar, no recordó cómo había llegado a aquel lugar, que era incapaz de reconocer. Se enderezó sin fuerzas y vio, al primer resplandor del alba, a su Simson muerto. Al reconocerlo fue recordando poco a poco que había ido a aquel lugar y, al quitarle las trenzas, vio enredado en ellas un ser de aspecto humano, algo así como una silueta móvil aún sin sentidos nobles, algo parecido a la larva de una mariposa: era el *alraun*. Y hay que calificar de extraordinario el hecho de que, por una parte, no pudiera pensar más en el príncipe, que hubiera olvidado por completo la verdadera causa por la que saliera en busca del *alraun*, y, por otra, que sintiera por este ser la misma ternura y amor que había nacido en su interior de tan sutil manera y que se manifestaba en ella desde la noche en que viera al príncipe. Una madre que hubiera creído que su hijo había quedado sepultado durante un terremoto no habría vuelto a saludarlo con mayor ternura ni de manera más íntima y familiar que Isabel al *alraun*: le quitó los restos de tierra que tenía incrustados, se lo llevó al corazón y lo dejó completamente limpio. El parecía completamente inconsciente de todas estas operaciones; su aliento salía de unos orificios casi imperceptibles que tenía en la cabeza. Tras pasar un buen rato meciéndolo en sus brazos Isabel sintió que, muy impaciente, le golpeaba el pecho con el brazo, y así fue cómo se dio cuenta de que al *alraun* le gustaba aquel movimiento. Así pues, no dejó de acunarlo en sus brazos hasta conseguir que, con el vaivén, volviera a quedarse dormido. Entonces se lo llevó corriendo a su casa sin prestar atención a los ladridos de los perros ni a los mercaderes que se reunían a tempranas horas ante las puertas de la ciudad para ser los primeros en cuanto se abrieran los portales. La muchacha sólo tenía ojos para el pequeño que llevaba envuelto con todo cuidado en la sobrefalda. Por fin, una vez en su habitación y tras encender la luz, contempló al pequeño monstruo. Le dolió mucho que no tuviera boca para besar, que no tuviera una nariz moldeada por un soberano y suave aliento divino, que no tuviera ojos que manifestaran su vida interior y que el delicado asiento de sus pensamientos no estuviera protegido por ningún cabello. Pero nada de esto disminuyó su amor. Con todo cuidado, se fue de nuevo en busca de su libro de hechicería para recordar qué había que hacer con aquel nabo articulado y móvil para desarrollar sus fuerzas y conseguir que se configurara; pronto lo encontró. Primero había que lavar al *alraun*, y eso fue lo que hizo. Luego había que sembrar mijo en su áspera cabeza y, del mismo modo que al abrirse las semillas

brotarían los cabellos, sus demás miembros se desarrollarían por sí solos, lo único que quedaría por hacer sería imprimir un grano de enebro en cada uno de los puntos donde debía aparecer un ojo, y un escaramujo donde tenía que surgir la boca. Por fortuna, Isabel pudo conseguir todas las semillas necesarias: no hacía mucho que la vieja le había traído unos cuantos mijos robados, y su padre había usado muy a menudo bayas de enebro para sahumar su habitación. Isabel no pudo soportar nunca aquel olor, pero ahora le gustaba aspirar los restos que habían quedado de él. En el jardín colgaba un escaramujo lleno aún de frutos rojos, el último esplendor del año. Isabel fue a buscarlo todo. Primero metió el escaramujo en el lugar adecuado del *alraun*, pero no advirtió que pronto le quedó torcido a causa de su amoroso beso; luego le introdujo dos granos de baya de enebro y le pareció que el pequeño la miraba; esto le agradó tanto, que de haber podido encontrar un lugar adecuado, muy gustosa le hubiera metido una docena. Pero no le puso unos ojos, por miedo de que se los lastimara, donde más le habría gustado: en las posaderas; por fin, le introdujo un par de ojos en la nuca, invento que no hemos de considerar totalmente despreciable. Así de feliz y seria al mismo tiempo empezó la obra de crear a un ser que, igual que el hombre a su Creador, iba a atribularla durante toda su existencia. Por completo satisfecha, como un joven artista al que le hubiera salido todo mejor de lo que esperaba, contempló su pequeño y deforme monstruo y lo ocultó en una graciosa cuna que encontró en la casa, bien cubierto con plumón, decidida a conservar aquel primer secreto de su vida incluso frente a la vieja Braka.

Sin embargo, Braka, que al día siguiente al atardecer anunció su presencia mediante el aullido acordado, notó que la muchacha estaba cambiada y, con gran astucia, le hizo un sinfín de preguntas, sobre todo al no ver por ninguna parte al perro negro.

—¡Loado sea el Señor! ¡Ya no está aquí el perro! ¿Cómo ha sido? Yo, si hubiera tenido permiso, lo habría matado hace tiempo. Pero como lo dejó tu padre, no podía hacerlo. En una ocasión lo tenía ya en el saco y me disponía a ahogarlo cuando, al levantarlo en su envoltorio, me mordió con tal fuerza en las manos que los dejé correr, a él y al saco. Dime, chiquilla, ¿cómo te las has arreglado para deshacerte de él?

Isabel desvió la mirada hacia su trabajo; estaba pelando manzanas y le explicó con todo detalle que por la noche, en el jardín, la había acosado un perro que espumajeaba, que su negro Simson se abalanzó sobre él, y los dos se enzarzaron en una ferocísima pelea hasta que el otro perro huyó seguido de Simson, que cojeaba y sangraba; y añadió que, desde entonces, no había vuelto a verlo, tal vez porque el perro notó que se estaba volviendo rabioso y no quería herirla. ¡Qué mentira tan conmovedora! A pesar de que era su primer embuste, Isabel lo contó de una manera tan verosímil que Braka se tranquilizó y manifestó su asombro por el fiel animal y por la gran desgracia de que se había librado la muchacha. Entonces, Isabel se sintió con valor para imaginar lo que en un futuro consideraría necesario decirle acerca de su hombrecillo-raíz, pero esperó, impaciente, a que la vieja se fuera, pues estaba muy inquieta por ver si el *alraun* no presentaría ya algún indicio de vida.

Después de comerse la cebollada que se había preparado, la vieja, por fin, se marchó, Isabel cerró la puerta y se dirigió, presurosa, a su cuna secreta; la descubrió, vacilante, y vio con gozo que el mijo estaba germinando ya en la cabeza del hombrecillo-raíz y que los granos de enebro habían sido absorbidos. En el interior del pequeño ser se producía un constante movimiento como en el campo en primavera cuando, después de las lluvias, aparece el primer rayo de sol ardiente: todavía no crece nada, pero la tierra se separa y se ablanda. Y de la misma manera que la mirada del sol lo activa todo, también sus besos excitaban todas las fuerzas de aquel misterioso

ser. Más tarde, sintiéndose cansada, decidió irse a dormir al lado de su tesoro, pero dejó la mano sobre la cuna para que no se lo pudieran raptar. ¿Por qué nos extraña su curioso afecto por aquella figura semihumana después de mostrar tan exclusivo cariño por el apuesto príncipe? Este apego por todo lo que nosotros creamos es lo más sagrado que existe y, a la vez que nos espanta la fealdad del mundo y la nuestra propia, nos recuerda las palabras de la Biblia: «Tanto amó Dios el mundo por El creado que le envió a su Hijo Unigénito.» ¡Oh, mundo, hazte más hermoso para ser digno de esta gracia! Isabel olvidó sus intereses personales, olvidó que su deseo era que el mágico hombrecillo la llevara a su amado príncipe. Aquel niño prodigioso, conseguido con gran peligro, ocupaba ahora todos sus pensamientos; Isabel soñaba sólo con él, pero sus sueños no eran agradables. Ante sí vio al olvidado príncipe ejercitándose con otros en el elegante juego español de las flechas. Todos ellos intentaban hacerse bromas y servirse de artimañas para aventajar a los demás, tanto en fuerza y rapidez del lanzamiento como por su habilidad al virar con los caballos, pero el príncipe los venció a todos; sus dardos arrancaron las estrellas del cielo y las echaron, cual bellissimo adorno, sobre el cuerpo de la joven. Casi todas las estrellas se apagaron, pero una de ellas temblaba, produciendo una luz profunda en el centro de su pecho. Isabel fue mirando cada vez más adentro, llegando a insondables abismos, y no se cansaba de mirar, y mirando despertó. Una vez despierta, olvidó por completo quién era el objeto de su profundo anhelo. Le pareció que era el pequeño hombrecillo-raíz, al que saludó con gran alborozo cuando oyó que lloriqueaba como un niño pequeño. La contemplaba con unos redondos ojos negros que parecía que fueran a saltarle de la cabeza. Su rostro arrugado y amarillo daba la impresión de reunir edades opuestas, y el mijo de su cabeza formaba ya hirsutos rizos, así como los granos de mijo que habían caído sobre su cuerpo. Isabel creyó que gemía porque quería comer y sintió una gran turbación, pues no sabía qué darle ni de dónde sacar leche. Estuvo pensando largo rato y por fin se acordó de la gata que tenía cría en el desván. Esta idea la llenó de júbilo. Fue a buscar la cría y la colocó en la cuna junto al hombrecillo-raíz, el cual dirigió a los gatitos una burlona mirada. Entonces la gata lo alimentó dócilmente junto con el resto de sus cachorros. Los gatitos, que habían nacido ciegos, soportaron que el forastero, que podía ver en todas direcciones, tomara antes que ellos el alimento materno sin que la vieja se diera cuenta. Ya arrodillada, ya acurrucada, Isabel podía pasar horas y horas contemplando aquellas artimañas de su hombrecillo; cuando éste engañaba a los mininos, la muchacha lo consideraba como superioridad, cuando se acobardaba y se apartaba de sus garras, lo interpretaba como precaución e inteligencia. Pero lo que mayor alegría le proporcionaba eran los ojos que el hombrecillo tenía en la nuca. Gracias a ellos, la entendía ya cuando ella le hacía señas en el momento en que uno de los gatitos se desprendía de la madre, lo que le permitía colocarse adecuadamente en espera de su turno. Su afecto aumentó tan de prisa que se enfadaba cada vez que uno de los gatitos le quitaba al forastero una gota de leche; de modo que durante bastante tiempo libró una lucha interna hasta que, por fin, no pudo resistir más la tentación de llevarse en secreto uno de los gatos y dejarlo en el prado, cerca del río. Entonces se fue a toda prisa para que no pudiera seguirla, pero apenas había dado unos cuantos pasos cuando oyó que algo caía en el agua, y no pudiendo menos de mirar hacia aquel lugar, vio cómo la corriente se llevaba al gatito ciego. Aquello le dio lástima y le hizo pensar en su inocente padre, que había recorrido el mismo camino. Le hubiera gustado echarse al agua detrás del gato, pero se quedó en la orilla consciente de que había pecado. Encima de ella, el cielo aparecía oscuro; debajo de sus pies, la tierra estaba helada, y el aire que la rodeaba, agitado. Entró en casa con gran sigilo y se echó a llorar.

El hombrecillo-raíz, que estaba con la gata, al verla con los ojos de su nuca, lanzó tal carcajada que la gata se levantó presurosa llevándose a uno de sus cachorros, el cual, de miedo, la mordió. El hombrecillo se había vuelto tan malicioso que ya no se preocupaba demasiado por el dulce alimento de la leche. Tenía el aspecto de un viejecillo que se hubiera encogido hasta adquirir el tamaño de un niño, pero todavía hacía travesuras infantiles. Al ver, por ejemplo, que Isabel se enfadaba con él a causa de alguna pequeña diablura, la acosaba cada vez más, y ella no podía pegarle. ¡Qué otra cosa podía hacer sino besarlo y dejarle hacer su voluntad, que consistía en acaparar raíces de las que estaban esparcidas por la habitación, no por obra de su padre, sino porque Braka, al robarlas, las había tirado por ignorancia! Apenas probada una raíz saltarina, el hombrecillo empezó a dar tan ridículos saltos sobre la mesa y la silla, cabeza arriba y cabeza abajo, que Isabel tuvo que apartar la vista de miedo y corrió, temerosa, tras él como una madre detrás de su pequeño, comprobando que no podía agarrarlo ni darle alcance. Astuto como era, pronto supo buscar en todos los rincones lo que podía serle de alguna utilidad y tampoco tardó en encontrar la raíz parlante que los papagayos verdes de la máxima cumbre del Chimborazo traen a la llanura, lugar en que las serpientes arbóreas se las cambian por manzanas del árbol prohibido; pero sólo el diablo puede obligar a las serpientes a soltarlas, y que aquél se las dé a alguien es cosa difícil y que ha puesto en un apuro a más de un educador honrado. Tras comer aquella repugnante raíz con enorme avidez, se colocó de un salto sobre una chimenea, y al igual que un pájaro que, al volver a crecerle las plumas que le hubiesen cortado, se fuera volando de repente, para asombro de su dueño, al árbol situado delante de la ventana, y antes de alejarse remontándose por los aires en medio del salvaje canto de la naturaleza le silbara, para burlarse de él, la canción que le hubiera enseñado, las primeras palabras del hombrecillo fueron una burlona repetición de las enseñanzas de Isabel: «¡Pórtate bien, sé bueno, estáte quieto!» No podía dejar de recitárselo. A ella le hubiera gustado azotarlo, pero le era difícil alcanzarlo. Por fin, para acabar de agotar su paciencia, el *alraun* se puso unas viejas gafas oxidadas y, dando rienda suelta a una imaginación que le dictaba absurdas bromas, empezó a contar las mil diabluras que deseaba llevar a cabo para divertirse. Esto hizo prorrumpir a Isabel en llanto, y sentirse incapaz de levantar la vista, pues lo más noble del ser humano son los ojos, y es como para desesperarse cuando la debilidad de la naturaleza hace necesario que entre el ser amado y nosotros se interponga ese duro e insensible resplandor vítreo. Las personas sensibles pueden incluso sufrir vértigo al tener que percatarse de que el sentido que en principio sólo busca su alegría en el aire y la luz, ahora tiene que servirse de la dura fuerza de la tierra, que necesariamente lo rebaja y aniquila. Las gafas son la más espantosa cárcel; hacen que el mundo se nos aparezca completamente transformado, y sólo la costumbre es capaz de conseguir que dejemos de asustarnos ante este mundo que vemos a través suyo. Isabel se horrorizó de verdad en lo más profundo de su corazón al ver de aquel modo a su favorito, al ser que había idolatrado, y, al darse cuenta de que tenía que encontrar un medio para sojuzgar al *alraun*, se propuso hablar con Braka del asunto. Tomada su secreta decisión, el hombrecillo le gritó desde la cornisa de la estancia:

–Escucha, Isabel, acabo de verte con los ojos que tengo en la nuca. Presiento que no me quieres como al principio. ¡Si llego a convencerme de ello, estás perdida!

Isabel se asustó como una pecadora cuyas culpas hubieran sido probadas, Aquella omniscencia, o, más bien, aquel par de ojos del pequeño capaces de tener presentimientos, la llenaron de desesperación; el miedo la afianzó en la decisión de deshacerse del horrible diablillo. Mientras tanto, él iba gritando desde la cornisa:

–Tengo el presentimiento de que estás tramando algo malo contra mí, pero ya te haré cambiar de parecer.

Y, diciendo esto, descendió, se colocó de un salto en su regazo y la besó con tal vehemencia que casi le arañó la piel con su hirsuta barba de mijo. No obstante, ella notó un extraño movimiento de su sangre que no acertó a comprender y sobre el que tampoco se paró a reflexionar. Pero, de repente, volvió a sentir gran afecto por el pequeño y a esperar de él algo que ni ella sabía.

Una semana más tarde, el *alraun* alcanzó su pleno desarrollo: unos tres pies y medio. Braka había notado ya su presencia, y por otra parte él ya estaba harto de que lo encerraran cuando ella venía. Por el contrario, deseaba mostrarse a la vieja en todo su esplendor, por lo que se puso un viejo vestido de la madre de Isabel lleno de pliegues y bordados de plata cosidos por la muchacha. Con este atuendo, se encontraba sentado una tarde muy tranquilo en un rincón dando la impresión de que leía, cuando se abrió la puerta de par en par para que entrase Braka. Isabel dijo que el *alraun* era su prima, una muchacha muy adinerada que iba a hacerse cargo de ella y que quería obsequiar asimismo a Braka. Braka, que también sabía hacer cumplidos cuando lo consideraba necesario, alargó el brazo para tomar la mano de la supuesta prima y besársela, pero, asombrada ante la dureza y la sequedad de la peluda mano-raíz, vaciló. El hombrecillo-raíz se enfadó tanto que le dio un fuerte bofetón. En estos casos, Braka no sabía dominarse y, llevándose las manos a las caderas, empezó a lanzar tales insultos que a Isabel, que estaba riendo, le costó mucho tranquilizarla diciéndole que los vecinos la oírían y que si así ocurría delataría ella misma su refugio. En cambio, al *alraun* los insultos no le impresionaron. Con gran habilidad se levantó de un salto y empezó a correr alrededor de Braka y a perseguirla, pero se le cayó el velo y entonces ella vio en seguida lo que era y, asustada, se humilló ante él. Cuando la dejó en paz, se sentó rendida de fatiga en un sillón y empezó a gritar una y otra vez:

–¡Ay, Isabel! ¡Qué suerte tienes de poseer un hombrecito así que es capaz de encontrar y desenterrar cualquier tesoro! Sí, mi cuñado tenía uno al que llamaba Cornelius Nepos.

–Así quiero llamarme yo también –exclamó el pequeño–. ¿Dónde está?

–¡Ay! –dijo Braka–. Mi cuñado murió apuñalado, encontraron al hombrecillo en su bolsillo y lo dieron a los niños para jugar; ellos lo llevaron al cerdo el cual, al comérselo, reventó.

Esta historia llenó de indignación al pequeño y nuevo señor Cornelius, quien, tras prohibir terminantemente que lo echaran a los cerdos, pidió que le explicaran qué clase de animales eran. Primero Braka intentó demostrarle que no tenía que preocuparse en absoluto por el mundo ni por lo que en este mundo devoraba o era devorado, ni por cualquier otra cosa que en él sucediera; que lo que tenía que hacer era desenterrar tesoros y no preocuparse de nada más, pero como el pequeño Cornelius volvió a ponerse furioso, procuró calmarlo proponiéndole toda clase de altos cargos que ocupar. Era como si ya hubiera vivido una vez, pues un breve recuerdo lo llevaba a conocer con enorme rapidez todas las situaciones humanas. Los niños deformes muestran a menudo rudimentos de esta fatal inteligencia. Ninguna de las patrañas que Braka le contó acerca de la estupenda vida que llevaba el pastelero o el bodeguero le atrajo tanto como la del mariscal, e imaginándose vestido con resplandeciente armadura como el mariscal de campo cuyo retrato podía verse en el castillo –imagen en la que aparecía pasando a caballo ante miles de caballeros que lo saludaban junto al edificio–, dio la orden de que en casa le llamaran siempre mariscal Cornelius y le dieran, además, una armadura.

–Para eso hace falta dinero –dijo la astuta Braka–. Lo único que no cuesta nada en este

mundo es la muerte. Todo el mundo grita: ¡Dinero, dinero!

–De eso me ocuparé yo –dijo el pequeño–. Me siento muy inquieto; en este rincón del muro tiene que haber un tesoro escondido.

Si no hubiera podido encontrar otra herramienta, Braka hubiera sacado las piedras con las uñas, pero el hurgón de hierro estaba delante de la puerta y le quedaba muy a mano, de modo que se puso en seguida a trabajar. Por fortuna, una sola piedra ocultaba el tesoro; de no haber sido así, ningún puntapié del mariscal le hubiera impedido horadar toda la casa. Tampoco los arañazos y mordiscos del hombrecillo fueron obstáculo para que se apropiara del cofre repleto de buenas monedas de oro y plata. Sentándose encima, pronunció un solemne discurso:

–Queridos chiquillos, la juventud lo hace todo mal; los viejos saben que no pueden fiarse de los niños. Ninguno de vosotros sabe manejar el dinero; si lo hicierais, estaríais perdidos y caeríais en seguida en manos de los desconfiados tribunales, a no ser que yo os ayudara con mi consejo. Escuchad, pues, lo que creo que tenéis que hacer para que podamos disfrutar del tesoro con absoluta seguridad. Escucha, Isabel; muchas veces me has llamado madre; pues bien, en el mundo en el que voy a introducirte pasaré por tu madre. Tú, Cornelius, tendrás que comportarte bien y fingir que eres mi sobrino, primo de mi querida Isabel. De esta manera podrás vivir con nosotros como si fueras uno de los nuestros y te podremos recomendar a algún noble emperador en algún lugar para que te convierta en mariscal. Te compraremos en seguida una armadura y también una espada, un yelmo y un corcel. Ya verás lo feliz que serás. La gente de la calle te señalará con el dedo y dirá: «Este es el excelente y joven caballero, el mariscal de campo, el osado soldado.» Las muchachas bajarán la vista y tú te alisarás el bigote y, con un benévolo gesto de cabeza, pasarás por su lado montado en tu caballo.

De haberse vuelto, Cornelius hubiera podido ver perfectamente la falsía de la vieja, pero desde que estaba vivo nunca se había sentido tan bien como escuchando lo que aquella mujer le decía. Colocándose rápidamente en su regazo, empezó a acariciarla y a besarla, de manera que Isabel sintió celos, lo agarró y, en vez de besarlo, lo mordió. En este punto, él no aceptaba bromas, y se hubiera armado una gran pelea si la vieja no hubiera empezado a aconsejar lo que debía hacerse:

–Ya os pegaréis en otra ocasión cuando tengamos más tiempo; hoy hay que tomar una decisión, hay que decidir lo que hemos de hacer para entrar en Gante de manera digna. En Buik, conozco a una vieja que se dedica a encubrir ladrones y que es la persona adecuada para darnos un buen consejo y todo lo que necesitamos; sobre todo, un carruaje donde poder llevar al señor Cornelius como si lo hubieran herido en un duelo y se estuviera recuperando poco a poco.

–No –dijo el hombrecillo–, eso no quiero hacerlo, podría pasarme de verdad, y, además, ¿por qué motivo no puedo dejar que me vean?

«¡Vaya! –suspiró Braka para sus adentros–. ¡Aquí tenemos a otro de esos jorobados que no pueden comprender con qué se les desgasta la camisa!»

Pero, en voz alta, dijo:

–Mirad, señor, en un pueblo como éste no es fácil encontrar en seguida el ropaje de caballero que merecís; además, tendréis que cortaros el pelo y la barba con todo cuidado; de lo contrario, la gente pensará que sois el hombre de la piel de oso.

–Tal vez yo sea uno de los suyos –dijo Cornelius–. ¿Quién es? ¿Dónde vive?

–Háblanos de él –suplicó Isabel–. Ya es casi de día, hoy ya no podemos irnos, y mañana quiero despedirme de todo lo que me gusta en esta casa.

–Cuéntanoslo o te pego –dijo el pequeño.

Así pues, Braka, colocando a un lado el candil y pasándose el pañuelo de una mano a la otra, empezó su narración:

HISTORIA DEL PRIMER HOMBRE DE LA PIEL DE OSO

–Cuando Segismundo, rey de Hungría, fue derrotado por los turcos, un mercenario alemán escapó de la batalla y huyó a un bosque. No encontrando ningún camino, hallándose sin señor ni dinero y sin creer en ningún dios, se le apareció un espíritu y le dijo que si estaba dispuesto a servirle le daría dinero suficiente y lo transformaría en señor. El mercenario aceptó diciendo que le parecía bien. Pero, para no gastar su dinero en vano, el espíritu quiso comprobar si sabría comportarse como un verdadero héroe. Lo condujo a la guarida de una osa que tenía cría, y cuando los cachorros saltaron hacia ella ordenó al mercenario que le disparara a la nariz. El mercenario hizo, sin vacilar, lo que se le pedía y le disparó en el hocico dos cargas que la hicieron caer. Después, el espíritu empezó a negociar con él diciendo: «Ponte la piel de la osa, te hará falta. Has tenido la suerte de no haberle hecho ningún agujero al disparar, pues si quieres que te haga rico, tendrás que servirme siete años sin quitártela como si fuera una librea. Durante estos siete años, cada medianoche tendrás que pasar una hora haciendo de centinela en mi castillo. Además, durante estos siete años no deberás cortarte ni limpiarte el pelo, la barba ni las uñas, ni tampoco lavarte, darte fricciones, sacudirte el polvo o ponerte ungüentos. En estos siete años, de día disfrutarás con entera libertad de la luz del sol; de noche, alternativamente de la luz de la luna y de las estrellas; sólo beberás vino y no comerás más que mendrugos. Además, durante este tiempo no rezarás ningún padrenuestro.» El mercenario se mostró de acuerdo con todo y dijo al espíritu: «Todo lo que me prohíbes son cosas que jamás me ha gustado hacer; ni peinarme ni lavarme ni rezar. Si puedo tomar de vez en cuando un buen vaso de vino, lo que me mandas no ha de resultarme difícil.» Acto seguido, se puso la piel de la osa, y el espíritu lo condujo por los aires a un castillo abandonado en medio del mar; y en él empezó a prestar sus servicios. El mercenario cumplió su servicio de centinela seis años y medio vestido con la piel de oso, motivo por el cual le llamaron el hombre de la piel de oso. El pelo y la barba le crecieron, y se le enmarañaron de tal manera que poco le quedó de su semejanza divina. En la piel le creció perejil, cosa que le dio un aspecto espantoso.

Al oír esto, Isabel miró estremecida el mijo que había en la cabeza del *alraun*, quien se lo estaba acariciando con los dedos muy satisfecho y seguro de su belleza en comparación con el sucio mercenario.

–Pasados seis años y medio –prosiguió Braka–, se le apareció el espíritu y, mostrando su satisfacción al ver su aspecto, le dijo que ya no lo necesitaba, que iba a devolverlo al mundo de los humanos, pero con la condición de que pasara medio año más mostrando aquel aspecto salvaje, y que él, entretanto, saldaría sus cuentas y le confiaría el tesoro en metálico que se había ganado y con el cual podría divertirse tanto como quisiera. Al mercenario le gustó saber que volvería a hallarse entre personas, pues ya casi no sabía hablar y, muy contento, dejó que el espíritu lo llevara por el mar a Alemania, a Graubünden, porque en aquel entonces era el lugar más sucio de todo el globo. No obstante, allí nadie quiso hospedarlo hasta que echó un puñado

de doblones y otro de piastras en la cara de un posadero. Entonces éste le cedió sus mejores habitaciones para que no hiciera que los huéspedes corrientes se marcharan despavoridos de la casa. Pero cuando el Papa, que rige los destinos de toda la cristiandad sirviéndose de pinturas, pasó por Graubünden al regresar a Roma del concilio, el espíritu se apareció al hombre de la piel de oso y le pintó en la habitación todos los personajes singulares de este mundo, tanto los que ya habían muerto como los que aún tenían que nacer, como el anticristo y el juicio final. El posadero se quedó muy extrañado, pero, ello no impidió que, la noche en que el Papa iba a hospedarse en su casa, le hiciera dejar la habitación e irse a dormir a la pocilga para poder instalar al pontífice en la estancia decorada con tan hermosas pinturas. A la mañana siguiente, cuando el Papa despertó, lo primero que hizo fue preguntar por el extraordinario pintor que había decorado la habitación de manera tan artística. El posadero le explicó lo que sabía del hombre de la piel de oso, y tuvo que mandar a buscarlo a la pocilga y hacerlo subir. El Papa lo saludó muy amablemente y le preguntó quién era, y el mercenario se presentó como el hombre de la piel de oso. Entonces el Papa le preguntó si era él quien había realizado tan magníficas pinturas. «¿Quién si no?», dijo el hombre de la piel de oso. Entonces el Papa lo elogió diciendo que era el primer pintor del mundo y añadió que tenía tres hijas naturales a las que amaba mucho –la mayor se llamaba Pasado, la segunda Presente y la tercera Futuro– y que si era capaz de pintarlas de tal manera que pudiera saber qué aspecto tendrían al cabo de una serie de años le daría por esposa a la que más le gustara. Esperando poder contar con la ayuda del espíritu, el hombre de la piel de oso se lo prometió. Entonces el Papa prosiguió: «Pero podría darse el caso de que me hicieras creer que iban a sufrir este cambio, y si no sucediera de este modo mientras tanto ya habrías disfrutado del amor de mi hija; por eso voy a ponerte a prueba. Voy a enseñarte a mi hija menor, a Futuro, y viéndola a ella tendrás que pintar a las dos mayores, a Presente y a Pasado. Si superas esta prueba, la joven será tuya; si no la superas, me quedaré con la gran fortuna que el posadero me ha dicho que tienes.» El hombre de la piel de oso accedió a todo, marchó al lado del carruaje del Papa y cada vez que veía que iba a volcar lo sostenía, de manera que los dos llegaron a Roma sin sufrir el menor daño. Aquella misma tarde, el Papa le presentó a su hija menor, a Futuro, que era muy hermosa, pero tenía el cabello de dos colores. El hombre de la piel de oso se enamoró de ella en el acto; en cambio ella, al verlo, quedó horrorizada. Cuando el Papa y su hija se fueron, llamó al espíritu, el cual llegó volando con un tarro de pintura y un pincel para realizar en el acto el retrato de las dos hermanas mayores. Al ver el retrato de Presente, el hombre de la piel de oso se olvidó de su amada Futuro y se echó a llorar por no poder quedarse con ella. El espíritu lo consoló diciéndole que al cabo de medio año su novia se parecería a ella y llegaría a ser igual, de modo que, con aquel cuadro, tenía al mismo tiempo el que le había pedido el Papa, en el que se debía ver a su hija tal como sería dentro de cierto tiempo. En el retrato de Pasado, vería en seguida cómo iba a ser Presente dentro de un tiempo. El espíritu pintó el retrato de Pasado, y al hombre de la piel de oso no le gustó nada en absoluto. Y cuando le pidió al espíritu que le pintara el retrato de Pasado tal como iba a ser en el futuro, el espíritu limpió el pincel en la pared y dijo: «O como las nubes, de forma que no se puede ver nada, o como el retrato de Futuro que llevas en tu corazón y que nunca podría llegar a pintarte suficientemente bien.» Entonces el espíritu desapareció. A la mañana siguiente, el hombre de la piel de oso enseñó los retratos al Papa; éste se quedó muy pensativo, lo abrazó y lo presentó a su hija menor diciéndole que era su prometido. El hombre de la piel de oso se sentía tan feliz que no vio que su prometida lloraba mientras él se repartía con ella su anillo, que podía desenroscarse en dos partes, y le ponía una mitad en el

dedo. Acto seguido, se despidió, pues así se lo había ordenado por la noche el espíritu –he olvidado contarlo–, y regresó a caballo a Alemania para esperar en Graubünden que acabara de pasar su séptimo año. Entonces se fue a Badén, al balneario, donde se pasó medio año metido en el agua para quedar limpio y donde lo cepillaron bien con rudas escobas. En la operación de cortarle la barba y el pelo se desafilaron media docena de cuchillos. Una vez terminada esta tarea, se compró el más fastuoso ropaje y regresó presuroso a reunirse con su amada. Mientras tanto, ésta tenía el mismo aspecto que antes mostraba Presente; era muy hermosa, pero estaba siempre triste porque tenía miedo de su prometido y porque sus hermanas, que se habían quedado sin novio, se pasaban todo el tiempo haciendo bromas sobre el hombre de la piel de oso. Un buen día, un agudo toque de trompetas atrajo a las tres hermanas hacia la ventana: un apuesto caballero desconocido estaba entrando en la ciudad acompañado de muchos criados. Las dos mayores sintieron en el acto el deseo de casarse con él y... ¡oh, milagro!, el caballero se detuvo delante de su casa y mandó pedir permiso para presentarles sus cumplidos. Ellas accedieron muy gustosas y él se hizo pasar por un pariente lejano que deseaba casarse con una de ellas, por lo cual quería ofrecer sus respetos entregándoles algunos obsequios. Las dos mayores cogieron ansiosas los regalos, pero la pequeña se quedó sola como una tortolita. Las dos mayores se esforzaron por conseguir los favores del recién llegado, pero a él ya no le gustaban. Presente estaba igual que Pasado en aquel momento, y Pasado tenía un semblante borroso, como una estatua de alabastro que hubiera permanecido largo tiempo debajo de una gárgola; en cambio la encantadora Futuro se hallaba en el máximo esplendor de su belleza; sus cabellos brillaban con un único color claro. Sin embargo, para escudriñar los pensamientos de la pequeña, el hombre de la piel de oso fingió que sentía afecto por las dos mayores. Y como la pequeña permaneció en silencio y mostró el máximo decoro mientras las otras se pavoneaban, la declaró su prometida enroscándole en el dedo la segunda mitad del anillo. La hasta entonces abandonada sintió una gran alegría; el Papa apareció y les dio su bendición. Pero cuando los novios fueron conducidos al lecho, las dos hermanas mayores fueron presa de tal desesperación que una de ellas se ahorcó y la otra se echó a un pozo. Por la noche el espíritu, con las dos muchachas muertas en brazos, se presentó por última vez al hombre de la piel de oso y le dijo: «Has cumplido todo lo que debías hacer, pero yo te llevo ventaja, pues me he quedado con dos y tú con una. Adiós, y conserva tu tesoro.»

–Pero ¿por qué se enfadaron tanto sus hermanas por el hecho de que se fuera a la cama? –preguntó el *alraun*.

–Porque se había casado –contestó la vieja.

El *alraun*, cuando iba a volverse para examinar a la vieja con sus ojos augures, lanzó un espantoso grito y se echó debajo de la mesa para esconderse bajo la remendada falda de la vieja.

–¿Qué te pasa, monstruo? –exclamó la anciana mirando hacia el lugar donde él había dirigido los ojos y con un grito se abalanzó sobre el cofre. Isabel, temerosa, bajó la cabeza y no se atrevió a alzar la vista.

–Las personas vivas –dijo una ruda voz– son realmente necias, escuchan contentísimas mi horrible historia, y a mí mismo, en cambio no quieren verme. Basta de este temor, o empezaré a gritar de tal modo que las vigas que tenéis encima y debajo se torcerán y romperán.

–Bueno –dijo el *alraun* debajo de la falda de la vieja–. ¿Qué quiere el hombre de la piel de oso? Yo deseo oírle.

–¿En qué agujero andas metido, enano? –preguntó el hombre de la piel de oso.

–Donde no puedes estar tú, patán –dijo el *alraun*–. Date prisa, que tengo ya demasiado calor; además, las polillas me están mordiendo. ¿Qué quieres de nosotros, cochino?

–¡Ay! –dijo el hombre de la piel de oso–.

Cuando vivía, me enamoré tanto de mi dinero que escondí el que me quedaba entre estas paredes, y ahora tengo que vigilarlo después de muerto. Devolvedme lo único que me hace feliz.

–Dáselo –susurró la vieja–, así no nos retorcerá el pescuezo.

–No –exclamó el pequeño–, no te daremos ni un céntimo, tienes que ganártelo. Eres un tipo fuerte que puede sernos de gran utilidad siempre que te sea posible arreglarte como es debido, limpiarte y vestirme para presentarte en este mundo como nuestro servidor.

–¡Ay! –dijo el hombre de la piel de oso–. Por lo que respecta a mi cuerpo, mi muerte se produjo a causa de unas fosilizaciones en las venas, no va a serme difícil quitármelas con un cuchillo; pero lo que me parece un condenado trabajo es servir en este mundo a un pequeño tentetieso como tú; además es un duro castigo a mi avaricia.

–¡Qué tontería! –dijo el *alraun* saliendo de las faldas de la vieja–, yo no soy lo que se dice demasiado pequeño, pero tú sí que eres demasiado grande y no sé qué es mejor; el que es pequeño puede meterse, doblándose o arrastrándose, en sitios que el grandullón no es capaz ni tan sólo de oler. Vayamos al grano: si estás dispuesto a ser mi fiel servidor, te recompensaré abundantemente cada semana con un ducado hasta que hayas vuelto a reunir todo tu tesoro.

–Trató hecho–dijo el hombre de la piel de oso–. Mañana por la noche, volveré con mi verdadero cuerpo si consigo terminarlo a tiempo; a mi lado, está enterrado el servidor de un noble caballero con el que voy a hacer un intercambio de ropa; así mi jubón de seda no llamará la atención, y cuando el pobre diablo se levante el día del juicio final será muy feliz viendo que está enterrado con tal lujo. Siempre ha sido un hombre tranquilo y, exceptuando que a veces ronca, se ha portado muy bien.

–Está bien –dijo el *alraun*–; a estas mujeres no les gusta demasiado oírte hablar, de manera que lárgate, hombre.

–Bien, adiós –dijo el hombre de la piel de oso–, quedamos en eso, pero me atrevería a pedir un ducado en compensación; he empeñado a los gusanos varias cosas que me gustaría recuperar.

–Aquí tienes –dijo el *alraun* sacando por la fuerza un ducado del montón de monedas sobre el que estaba la vieja, la cual le susurró en secreto: «dale la mitad, ya basta»–; aquí tienes el ducado, pórtate conmigo como es debido, no te pesará.

El hombre de la piel de oso desapareció, pero Braka e Isabel tardaron aún un buen rato en atreverse a levantar la vista. El pequeño Cornelius se burló de las dos mujeres y ellas no pudieron evitar sentir cierto respeto por él.

–Espero que ese grandullón no se nos escape un buen día con todos nuestros bienes –dijo Braka.

–No puede hacerlo –dijo el *alraun*–; su gran desgracia consiste precisamente en que, como espíritu, tiene que mantener su palabra. Vosotros, las personas, no tenéis necesidad de hacerlo, a no ser que temáis por lo que pueda pasarle a vuestra alma después de la muerte.

–¿Eres un espíritu o una persona, querido Cornelius? –preguntó Isabel.

–¿Yo? –balbuceó el *alraun*–. ¡Qué pregunta tan tonta! Yo soy yo, y vosotras no sois yo, y yo seré mariscal de campo, y vosotras seguís siendo lo que erais; no me importunéis con preguntas tan terriblemente sutiles como ésta. Cuando uno piensa demasiado, le salen ampollas en el

cerebro, igual que a la piel al contacto con el rábano picante.

–¿Cómo sabes eso del rábano? –preguntó Braka.

–Cuando estaba allí arriba, debajo del patíbulo, había a mi lado un rábano picante que alardeaba siempre mucho de poder causar ampollas y de que se le llenaban los ojos de lágrimas; él lo llamaba su efecto trágico. Buenas noches –exclamó finalmente–. Adiós, Braka, márchate y proporcióname pronto un bastón de mando.

Cuando se fue, Braka se puso a hablar de todo lo que necesitaban para su viaje, que estaba fijado definitivamente para la noche siguiente. Al otro día, al atardecer, Isabel salió una vez más al jardín; por su mente pasaron todas sus vivencias, cada rama le parecía importante. Recordó la noche en que vio al archiduque, pero a él lo había olvidado por completo, no podía imaginárselo y, además, su aspecto le parecía poco importante. La idea de entrar en el mundo le producía gran felicidad, pero los seres que la rodeaban le daban miedo, y la sensación de que no estaban a su altura le produjo una dolorosa sorpresa. Se avergonzaba de ellos porque conoció a su padre, y ni su profundo agradecimiento a Braka, ni la alegría de ver crecer al hombrecillo-raíz creado con osadía y perfección bastaban para reprimir aquella vergüenza. Llevaba en la sangre la nobleza de su linaje egipcio, contemplaba las estrellas con la misma familiaridad que si fueran sus antepasados, y en aquel momento, en el frío octubre, cuando el Nilo bajaba y todo se disponía a trabajar, sentía el verano de su país, pero conocía también el antiguo delito de su pueblo de no haber querido dar cobijo a la Virgen María cuando huyó a Egipto y llegó montando un asno bajo una lluvia torrencial con su providente hijo. En aquella ocasión, el niño, levantando la mano, dibujó un círculo, y encima de él apareció un arco iris que impidió que cayera sobre ellos una sola gota.

–¡Nuestra culpa aún no ha sido expiada! –suspiró Isabel, y al ver alrededor de la luna un maravilloso círculo de color sintió un inmenso júbilo y empezó a orar para sí. «¡Con qué nostalgia miraba aquellas colinas Miguel, mi querido padre, en espera del primer saludo del sol matinal! –pensó–. Y yo no he de volver a verlas nunca más en este silencio. ¿Qué planes tienen conmigo los que me rodean? ¿He de huir bien lejos, hasta donde me lleven mis pies? ¡El mundo no tiene límites!»

El ansia de libertad la excitó; entonces Braka se le acercó y le susurró en voz muy baja:

–El hombre de la piel de oso ha cargado ya los sacos; Cornelius cabalgará sobre su nuca. ¿Tienes algo más que llevarte?

–¡Claro que sí! –dijo Isabel–. Mis muñecos y el libro de magia.

–¡Ay, chiquilla! –dijo la anciana–. El bruto hombre de la piel de oso lo ha tirado todo al fuego, el muy insensato. No te enfades, consuélate.

Isabel bajó la vista.

–De manera que tendré que dejar también todos mis juegos.

–Sí, chiquilla –dijo Braka abrazándola–. Quise decírtelo hace unas semanas; ya eres una persona mayor, cualquier día puedes encontrar un hombre. ¿No te alegras, mi niña? Tu seno ha crecido sin que te dieras cuenta como fruta bajo las hojas; mira, la luna tiene sitio para enviar sus rayos.

–¿Estás loca, vieja? –preguntó Isabel.

–¡Ay, déjame! –dijo Braka–. Es de noche y tengo ya ganas de olvidar que he rondado por el mundo como un torbellino; he barrido todas las telarañas, toda la suciedad, de modo que me he ensuciado y así estoy y seguiré estando. En mis tiempos fui también joven y bonita; con nuestros

apuestos muchachos, cantaba y componía canciones, y ahora, al verte así sin que tú sepas nada de lo que te ha ocurrido, pienso por ti y me alegro por ti. Ya eres una chica mayor, ante ti se abre el mundo del placer y, mires adonde mires, despertarás los sentimientos de todos y todos desearán algo de ti, y con sólo tenderles una de tus manos notarán el latido de la sangre en sus venas, hablarán de manera entrecortada, se llenarán de temor, perderán el control y te abrazarán, y si miras a uno y después a otro, se pelearán y creerán que su vida no vale nada al lado de la tuya y derramarán su sangre por ti.

—¡Dios mío! —exclamó Isabel—. ¡Qué desgracia se avecina! Mejor es que huya y me oculte para que nadie pueda verme.

Deteniéndola, Braka dijo:

—¿Pretendes huir, niña traviesa? ¡Atrévete y verás! Seré yo quien te pille, y cuando te tenga te azotaré con ortigas. Aún eres una tonta de capirote. Le dices a la muy boba cosas bonitas y ella no entiende ni una sola palabra. Ven ya, no nos queda tiempo; en otra ocasión te diré más cosas.

Y, diciendo esto, empujó a Isabel hacia la casa. La muchacha, extrañamente impresionada por lo que acababa de oír y todavía más por lo que le esperaba, se consoló de la pérdida de sus libros y muñecos y casi no mostró asombro alguno al ver al hombre de la piel de oso. Con su librea marrón parecía un oso de verdad, y encima de él cabalgaba el *alraun* como si fuera un mono vestido de persona para ser contemplado en una feria. Braka iba delante, la seguía Isabel; el hombre de la piel de oso cerró la puerta. Nadie decía nada, sólo Braka gruñía para sus adentros cuando no podía acabar de reconocer el camino nevado. En el monte del patíbulo, vieron un gran baile, pero no le prestaron la menor atención; unas cuantas veces, les asustaron unas perdices que alzaban el vuelo en la nieve. Por fin vieron el pueblo de Buik en una hondanada y Braka reconoció la luz de Nietken, su antigua compañera de latrocinios.

Sin hacer ruido se acercaron a la puerta de un jardín, y Braka anunció su presencia gritando como una codorniz. Salió una niña que, después de mirarlos, abrió la puerta y los condujo a un sótano, y por el sótano escaleras arriba, a un desván que quedaba iluminado porque la puerta de la habitación contigua estaba abierta. Braka entró sin temor en aquella segunda habitación iluminada, en la que se encontraba una mujer gruesa y mayor que, con su hermoso vestido de seda verde, parecía un clavel debido al contraste que ofrecía con sus manos coloradas, su encarnado rostro y su enagua de lana roja. La mujer estaba arrodillada delante de un pequeño altar doméstico en el que se veneraba una hermosa imagen de la Virgen María con muchos cirios de colores.

—¡Oye, vieja marrana! —dijo Braka—. ¿Ya vuelves a estar rezando porque has bebido mucho y no te pasa el hipo?

La señora Nietken, pues ella era la que estaba sumida en oración, se volvió, hizo una seña con la mano y continuó rezando, infatigable, su rosario. Al hombre de la piel de oso también le entraron ganas de rezar y se arrodilló, y otro tanto hizo Isabel, que sabía unas oraciones muy hermosas. Pero Braka, que conocía todas las llaves y todos los rincones de la casa, sacó de la alacena una gran jarra de cerveza fuerte y bebió por todos.

El *alraun* se quedó tan extrañado al ver los ridículos cachivaches que había en la habitación, en la cual se acumulaban, en montones separados, galones antiguos, trapos, utensilios de cocina y ropa blanca, que no podía apartar la vista de todo ello. Nada le era conocido, pero pronto supo explicárselo todo. La señora Nietken, que se dedicaba a la compra y venta de trastos viejos y tenía un amplio tráfico comercial, poseía un curioso almacén de todo tipo de antigüedades. Así

pues, en su vivienda no había ni un solo utensilio doméstico que tuviera algo que ver con los demás ni que fuera adecuado a la casa, como solía suceder en cualquier otra parte. Entre sus existencias, sus compradores elegían siempre objetos útiles, y a ella sólo le quedaban para su uso particular las cosas más extrañas, obra del capricho de alguna época o de algún personaje acaudalado o creadas para algún caso especial. Las sillas del desván, por ejemplo, estaban sostenidas por moros de madera sobre los que había una sombrilla de colores. Procedían del jardín de un adinerado comerciante de Gante que había hecho muchos negocios en África. En el centro de la habitación, colgaba una corona de latón con extravagantes arabescos que antaño había iluminado la sinagoga de Gante, antes de que fuera suprimida, y sobre la cual ahora había un retorcido cirio en honor de la Madre de Dios. El altar era, en realidad, una antigua mesa de juego de la que habían arrancado las bolsas de piel para el dinero y en su lugar habían colocado un recipiente lleno de agua bendita. En las paredes, había tapices tejidos que representaban antiguos torneos; los caballeros y las armaduras de hierro colgaban en jirones.

La buena señora Nietken, que necesitaba a todos los estafadores de la región para su negocio, pues en ocasiones se extendía a objetos robados que en su casa podían esconderse con facilidad, era una amiga íntima de Braka y sabía complacer siempre a su interlocutor. Apenas terminada su última avemaría, se levantó con gran ligereza para su obesidad, y poniéndose delante de Braka con las manos en las caderas, dijo:

—¡Vaya, vieja arpía, por lo visto ya no puedes rezar! ¿Te lo ha prohibido tu diosillo, el diablo? ¿Cuándo vendrá por ti? Cada día tienes más arrugas, viejarrona. ¡Qué vergüenza! ¡Si yo estuviera como tú no saldría de casa! —¡Pues lo que es tú, también estás jovencísima! —chilló Braka—. Pareces mi viejo y gordo Lulú cuando acabo de esquilarlo: piel colorada cubierta de pelos blancos. Seguro que hoy has tomado demasiada menta. ¿Aún puedes bailar las danzas rusas, vieja loca?

—¡Ole! ¡Todavía puedo! —gritó jubilosa la señora Nietken y, para asombro de todos, se puso a bailar como si quisiera desprenderse de las piernas; luego resbaló, y cayó de rodillas; como final de su actuación, se palmoteó las cachas hasta que los demás soltaron una espantosa carcajada. Aseguró que se le habían roto todos los huesos del cuerpo y que tenía que tomar un vaso de vino español.

Y mientras bebía, miró a los demás. Al ver a Isabel dijo a Braka:

—Déjamela, me ayudará. ¿Qué malas intenciones tienes con ella? ¿Quieres que la chica gane dinero para ti?

Con voz muy respetuosa, Braka le aseguró que era su señora.

—¿Y quién es ese diablo? —preguntó la señora Nietken señalando a Cornelius.

—Soy el mariscal de campo Cornelius —contestó el *alraun*—. ¡Tenga más respeto conmigo, vieja camorrista!

—Bueno —prosiguió ella—, será un mariscal de campo de los que viven bajo tierra. ¿Y quién eres tú, viejo oso saltarín? ¡Si llevas una librea que debí haber conocido antes! Sí, claro, se la entregué al señor Von Floris a cambio de una nueva que no quería que su viejo servidor llevara puesta en la tumba. Al fin y al cabo, resulta que no estaba tan mal y que incluso valía la pena robarla. ¿La has sacado de la tumba? Pareces muy capaz de hacer una cosa así.

El hombre de la piel de oso, a quien iban dirigidas estas palabras, en vez de contestarle le dio una sonora bofetada que le hizo recobrar la serenidad en el acto, y entonces ella dejó sus burlas y preguntó qué querían.

Braka le explicó que necesitaban vestidos y adornos y que querían que las llevaran muy de mañana a Gante con su mejor carruaje para ir a vivir a alguna casa señorial deshabitada.

La magnífica señora Nietken comprendió en seguida que aquel negocio podía proporcionarle muchas ganancias; de manera que, sin dilación, despertó a su gente, y corrió escaleras arriba y abajo para buscarles lo más bonito que tuviera. Volvió cargada de vestidos y los echó en el suelo de la estancia. Tras hacer una selección, sus clientes llenaron dos maletas. No les fue posible llevarse toda la ropa interior que habrían deseado, pues los holandeses prefieren vender sus vestidos a vender sus camisas. Cuando todos estuvieron bien ataviados, la señora Nietken llegó brincando con carbón y unas tenacillas para ondular el pelo al estilo de aquellos tiempos. De nada sirvió que Isabel le enseñara sus rizos naturales; para el exquisito gusto de la señora Nietken, no eran suficientemente hermosos. Cuando oprimió en la frente juvenil los cabellos enrollados en el hierro caliente, la pobre muchacha tuvo la impresión de que era sujeta por una garra diabólica. A pesar del corte de pelo, la cabellera de Isabel era aún suficientemente larga por detrás para llevar el peinado de bucles de aquella época. Su aspecto principesco hizo que la señora Nietken se moderara un poco. También Braka, después de lavarse y peinarse, adquirió cierto aire noble; parecía una vieja y respetable ama de llaves, pues su apariencia no podía hacer pensar que pudiese tratarse de la madre de la hermosa Isabel. Tanto Braka como Isabel, sintieron cierta vanidad y, después de ponerse el vestido, se pasearon pavoneándose en silencio ante el espejo.

Con el mariscal de campo fue con quien la señora Nietken consiguió los peores resultados. En vano le cortó el hirsuto cabello: la forma comprimida de su rostro, los hombros altos y su voz forzada hacían que fuera y siguiera siendo un enano.

–Escucha, pequeño –le dijo–, si no eres un enano yo no soy una mujer honrada.

–¿Qué? –dijo Cornelius–. ¿Siendo un hombre me llamas enano? ¿Qué es un enano?

–No lo sé, de verdad –dijo la señora Nietken–, pero me ha parecido que eras un enano, creo que habría quien pagara dinero por verte.

–Eso me gustaría mucho –dijo Cornelius–. ¡Quién sabe! –y como era un ser que se caracterizaba por su capacidad de proporcionar riquezas, pensó que todo lo que se pagaba con dinero era honroso y que aquellas palabras eran una gentileza de la buena mujer.

A la mañana siguiente, ya estaban todos equipados. Cornelius fue llevado en bata a la hermosa carroza dorada; la señora Von Braka le sujetó la cabeza, la señorita Braka, los pies; el hombre de la piel de oso se sentó en el pescante y, con el corazón palpitante, viajaban encogidos en parte por miedo, en parte por la ropa, pues el nuevo atuendo no acababa de caer bien a ninguno; por supuesto, lo componían diversas piezas viejas que, no obstante les habían resultado tan caras que el hombre de la piel de oso lanzó en su interior grandes suspiros por el uso de su tesoro. Cuando llevaban ya media hora de camino, Cornelius empezó a reír y dijo:

–La vieja gata ha creído que nos estafaba, pero he sido yo quien la ha engañado: en las gastadas botas que me ha calzado hay cosida una joya hecha con piedras preciosas. ¡Quién sabe cómo las habrá conseguido! En cualquier caso, no sabía que contenían ese tesoro. Cortad con cuidado la costura con este cuchillito.

Braka puso manos a la obra, cortó la vuelta y encontró un precioso collar de diamantes. Siguiendo su antigua costumbre, se agarró los cabellos de alegría, con lo que echó a perder gran parte de su peinado.

–¡Oh, voy a estar despampanante! –dijo disponiéndose a ponerse la joya en su amarillo

cuello. Pero Cornelius exigió que se la pusiera Isabel, y posiblemente habrían empezado a pelearse si la cercana ciudad no hubiese acaparado la atención de la vieja. Cornelius puso tranquilamente a la hermosa Isabel un collar que, en el futuro, iba a serle de gran importancia.

–¡Mirad aquí, chiquillos! –exclamó entonces Braka–. Para vosotros es algo nuevo y no le hacéis ningún caso: mirad cuánta riqueza alrededor de la ciudad; los carros de transporte van cargados y ocupan tanto sitio que casi no podemos esquivarlos.

Pero Cornelius e Isabel sólo tenían ojos para los elegantes jinetes que hacían caracolear sus caballos, para las ovejas que los carniceros llevaban al matadero. Un carro lleno de terneros que, echados unos encima de otros, lanzaban lastimeros berridos, asustó a Isabel, y también el ruido de las tabernas de los arrabales, donde a tempranas horas había ya peleas y altercados. Por fin, llegaron al puesto de guardia de la entrada de la ciudad. Se les acercó un ciudadano con alabarda y les preguntó de dónde venían.

–De tierras de Hadeln –contestó Braka, confusa–. Yo soy la señora Von Braka, ésta es mi hija y éste mi sobrino, el señor Von Cornelius.

–Entra –gritó el centinela y, en tanto que las mujeres temblaban de júbilo por no haber tenido problemas con la guardia, el cochero los llevó a todos a la casa de la plaza del mercado alquilada por la señora Nietken siguiendo las instrucciones que ellos le habían dado, y donde, sin que sucediera nada que pudiera inquietarlos, se apearon e instalaron.

Dedicaron los dos primeros meses a aprender a conducirse de manera distinguida. Contrataron maestros y maestras y, cuando la anciana señora hacía algo inconveniente, se echaba la culpa a las tierras de Hadeln, en las que los nobles hábitos aún no habían acabado de penetrar. Isabel adquirió pronto las costumbres de la buena sociedad; hablaba español con gran soltura. Aunque permanecía muy escondida, era el tema de conversación de los jóvenes, que todos los días pasaban a caballo por delante de su casa para verla y despertar su atención. Quien peor se encontraba en su nuevo rango era el señor Cornelius: el traje estrecho no le agradaba en absoluto, y adiestrarse en el manejo de las armas lo dejaba rendido de fatiga. Cuando aprendía a montar, hacía tan espantosas muecas que inevitablemente todo el mundo se reía de él, como si fuera un bicho raro; y como siempre estaba muy inquieto, hasta los caballos más mansos se encabritaban y lo tiraban al suelo. Pero todo esto no lo amedrentaba; volvía a montar en seguida. Tal escena se repetía a menudo diez veces por hora; ninguna otra persona hubiera podido aguantar semejantes golpes.

El resto de su formación lo hacía más feliz; a menudo abochornaba con su elocuencia a su profesor de retórica o lo hacía enfadar con sus bromas. Era capaz de repetir perfectamente lo que decía la mayoría de la gente en su idioma, pero no tenía lengua propia; no obstante, su maligna voluntad, capaz de captar con mirada augur más de un objeto oculto, le proporcionó un buen número de conocidos que lo defendían y convencían a todo el mundo de que no había que tratarlo mal. Le contaban todas las historias de la ciudad, él no podía menos de ampliarlas y llenarlas de ocurrencias, y así se volvían a poner en circulación, con lo que se producía una especie de fricción que al final afectó también al archiduque. Precisamente cuando llegaba a casa de mal humor por haber disparado contra una corza preñada que le pareció que era un corzo, el archiduque recibió la noticia de que su abuelo Fernando lo había desheredado porque, en una carta que aquél le había dirigido, dejó de consignar uno de sus títulos. El pequeño Cornelius asoció estos dos acontecimientos en seguida y pidió a un paje que aconsejara al archiduque que en vez de disparar contra un corzo en los terrenos de su abuelo, lo hiciera en el bosque.

Esto llegó a oídos del archiduque y, como éste era un joven muy animado, el paje tuvo que invitar al burlón Cornelius a comer. Aunque en su interior estaba temblando, el pequeño Cornelius entró en la sala mostrando gran desfachatez y frescura. Carlos estaba en plena juventud, y su compasión contrarrestó un poco la ridícula impresión que le produjo el pequeño e inquieto individuo; a sus innumerables preguntas sobre su país, el pequeño contestó inventando sin parar extravagantes descripciones de los campesinos de las tierras de Hadeln, y todo el mundo hubiera jurado que era verdad.

Como fue colmado de innumerables alabanzas, su propia vanidad le infundió nuevo valor; fue algo así como lo que ocurre al soltar de repente algún objeto que hasta el momento se ha mantenido debajo del agua. Entonces empezó a vanagloriarse del duelo que había librado en honor de sus damas contra dos caballeros desconocidos, a los cuales hirió mortalmente tras recibir de ellos una herida en el pecho, con lo que llegó a Gante medio muerto. Cuando algunos le preguntaron por el cirujano que lo había tratado y respondieron a su absoluta confianza en su buen estado con miradas de duda, se abrió bruscamente el chaleco y les enseñó su piel de raíz llena de entalladuras, que a todos les pareció que eran cicatrices. Después de aquel golpe teatral empezó a ponderar sus riquezas y su familia; la tía Braka se convirtió en una magnífica dama de palacio de antigua alcornia muy delicada y distinguida como no había otra en Gante. A través de su descripción, la belleza de Isabel superaba la de Helena de Troya. Además, explicó una serie de anécdotas acerca de su inocencia que eran ciertas, pero que nadie quería creer porque para ello hubieran tenido que estar enterados de su carácter y curiosa educación. Por último, dio a entender que iba a casarse con ella. El archiduque se sintió acometido por un irresistible deseo de conocerla, pero como ya de muy joven había aprendido a disimular, intentó inducir al pequeño, sólo para burlarse de él, a aparecer alguna vez en público con su prometida, para lo que le propuso la próxima feria de Buik, a la que acudían todos los habitantes de Gante, tanto los distinguidos como los de humilde cuna. El pequeño cayó en la trampa y dijo que se presentaría con los suyos en la casa de la señora Nietken. Después de concertar la cita se despidieron. Pero el archiduque, que aún no conocía bien a ninguna muchacha y consideraba que la mayoría no valían la pena, experimentó tan irresistible presentimiento que, aun cuando la hermosa Isabel no se hubiera mostrado cada vez más esplendorosa, el noble probablemente se habría enamorado del mismo modo de su naturaleza inocente y recatada. Para discutir de qué manera podían evadirse de la severa vigilancia de Adriano de Utrecht, su preceptor principal, habló con Cenrio, que en diversas ocasiones y por motivos menos importantes había conseguido su confianza sacrificando sus obligaciones. Cenrio le prometió que pondría un título falso a un libro viejo para que Adriano creyera que se trataba de un apéndice, por él desconocido, de las sentencias de Pedro Lombardo, sobre las que estaba escribiendo un comentario. Le harían creer que la señora Nietken tenía aquel libro para venderlo, de modo que se dispondría en seguida a hojearlo y los dejaría ir adonde les apeteciera. Al archiduque le agradó mucho esta propuesta. A un joven príncipe nada le halaga tanto como dejar en ridículo la inteligencia para satisfacer sus propias pasiones, y no hay nada que acarree la perdición con mayor rapidez.

Al disminuir un poco el entusiasmo del hombrecillo-raíz por todos los honores que le había deparado el archiduque y hallándose bajo la influencia del vino, que se había apoderado de su cabecita, empezó a mezclar todos los temas de que habían estado hablando; por ejemplo, que se había hecho pasar por novio, que iba a mostrarle a Isabel en la feria. De puro placer, se frotó las manos y no pudo resistir la tentación de explicarlo al viejo hombre de la piel de oso que, como

todo sirviente, por torpe que fuera en sus servicios, era lo bastante inteligente como para empezar a halagarlo, pues sabía que tal comportamiento le había proporcionado ya muchas propinas. Previamente preparado para tal conducta por su costumbre de imitar a sus conocidos, quedó totalmente convencido de que estaba enamorado de Isabel y, juzgando por la gran ternura que le demostraba ella con una especie de sentimiento maternal, creyó poder presuponer en la joven un sentimiento parecido. Tan seguro estaba el hombrecillo-raíz, de encontrarse frente a los demás en una posición de superioridad que no le pareció ni tan sólo necesario mirarla con sus ojos premonitores para distinguir el cambio que se había operado en ella, para ver que no sólo buscaba con sus ojos el sol primaveral, sino también el amor con su corazón. El desconocía el poder de la primavera, que desde el cielo lanza sus voces a través de todas las ventanas diciendo: «Muchachas, buscad a alguien que se me parezca.» También Isabel oyó la voz de la primavera y, dejando su trabajo, corrió mil veces a la ventana; y así fue como pocos días antes se produjo en ella un cambio natural y legítimo. Estando ausente el pequeño, cuyas habitaciones daban a la calle, fue a mirar una vez con un solo ojo a través de los tapices que dejaban las ventanas completamente tapadas; lo hizo precisamente en el momento en que pasaba por allí a caballo el archiduque con su séquito. Una sacudida tan fuerte como la que hizo perder el conocimiento a la muchacha en el monte del patíbulo pero sin ir acompañada de miedo, arrojó luz sobre sus recuerdos e, igual que el vellocino de oro que colgaba del cuello del archiduque en una cadena fuerte e indisoluble, la mirada de Isabel, de aquel manso corderillo, quedó profundamente fija en la de él. Y de nuevo revivió todo lo que antes de la sacudida mágica en el monte del patíbulo sintiera por él en el interior de su alma a causa de sus ojos claros. Sí, cuando hubo pasado, se llevó las manos a la cabeza y se echó a llorar con tal vehemencia –porque se le hacían odiosas todas sus vivencias y todo lo que la rodeaba– que Braka, que llegó presurosa, tardó mucho en poder sonsacarle algo. Por fin, sus palabras de consuelo desembocaron en un lamento común. Isabel tenía que confiarse a alguien en este mundo; de modo que al final confesó a la vieja a quién acababa de ver, lo odioso que le resultaba aprender las costumbres de la vida ciudadana, cómo le alegraba poder vivir en la casita junto a la ciudad y ver por el tragaluz, de cerca y de lejos, la primavera y el verano, cuya aparición apenas se percibía en aquel momento por el aspecto de las copas de los árboles y por los arbustos floridos.

–¡Madre! –suspiró–. ¡Cómo me gustaría poder contemplar los campos en mis noches solitarias, recogida y sin que nadie me molestara, y rezar!

Al oír esto, Braka dio una alegre palmada con las manos y dijo:

–¿Lo ves? ¿Comprendes ahora lo que te dije en el jardín antes de ir a Buik? Bueno, si sólo es eso te buscaré algún remedio más eficaz que los suspiros y las oraciones. Será tuyo, tiene que ser tuyo, puesto que, querida mía, ése es el plan secreto que tengo para ti desde hace tiempo y que aprueban también los jefes de nuestro pueblo. Con ese futuro soberano de medio mundo has de tener un niño que, gracias al amor de su padre poderoso, reúna el resto de tu pueblo, ahora disperso por Europa, y lo conduzca de nuevo a las sagradas mansiones de nuestra tierra egipcia. No llores, pues; que las lágrimas enturbian tus ojos. Yo no quiero otra cosa que lo que tú misma estás deseando.

–Pero ¿cómo voy a tener un niño con él? –preguntó Isabel–. ¿Irá a buscármelo en seguida al pozo de que me habló mi padre y en el que uno tiene que sostener la escalera mientras el otro desciende?

–Querida niña –dijo Braka con picara malicia–, cuando estés sola con él tienes que pedirselo

y suplicárselo en algún momento en que se muestre condescendiente; entonces tal vez te lo conceda en seguida, y tú siempre serás suficientemente fuerte para sostenerle la escalera.

–¡Ay, seguro que mi Carlos es una buena persona! Me lo ha dicho su mirada, su frente, cuando, al pasar a caballo por delante de casa, se ha quitado la gorra ante un viejo mutilado de guerra. Seguro que me complacerá –exclamó Isabel–; haremos que se lo diga el pequeño.

–¡Por los callos de Nuestra Señora te lo pido! –dijo Braka tapándole la boca–; a él ni una sola palabra porque, mira, es tan malo que no perdonaría que hasta ahora hayas actuado como si él fuera tu amor.

–Mi amor, no, no lo ha sido nunca –dijo Isabel–, pero hasta ahora lo he querido. Sin embargo, en estos momentos preferiría haberlo dejado allí arriba con el rábano picante; ahora lo encuentro muy inhumano, no sé por qué.

–Bueno, chiquilla –continuó Braka–, en esto tengo que darte la razón. Hacía tiempo que me extrañaba mucho que fueras tan zalamera con ese repugnante enano, que lo dejaras sentarse en tus rodillas mientras te hacía mil dolorosas diabluras, te destrozaba los cuadernos de dibujo y derramaba la sopa sobre tu vestido. Pero no seas tonta, haz lo que te digo; que él no note nada. Si algún día puedo agarrarle los malditos ojos de detrás, se los arrancaré para que no lo descubra. El pequeño tiene que proporcionarnos dinero y la ocasión para ver al archiduque; sé muy cariñosa con él para que crea que lo amas.

–Pero esto no está bien, ¿verdad? –preguntó Isabel.

–¡Qué tontería! –exclamó Braka–. Si fuera una persona, quizá no lo estaría, pero tratándose de una vieja raíz, ¿qué hay de malo en ello? A las otras las cortan de buenas a primeras en trozos pequeños y las ponen a cocer. Para ésta ya es suficiente honor que a veces la tratemos como si fuera un muñeco. Sé perfectamente que no nos va a ser fácil deshacernos de él, pero para ello ya tengo mi plan con el hombre de la piel de oso, que ya está más que hartado de servir y le gustaría volver a la tumba. Que se lo lleve con su tesoro. Si el archiduque te quiere, no necesitamos todos estos tesoros, pues él no permitirá que muramos de hambre.

Isabel, impaciente por ver al archiduque, lo aceptó todo y se mostró dispuesta a ser cariñosa con el pequeño. En los días siguientes, se le presentó la oportunidad de hacerlo cuando él regresó de ver al archiduque y le habló por primera vez del futuro, de que se casarían en Gante y se establecerían en aquella ciudad. Braka, que estaba presente, le preguntó muy astuta qué tal le iba el oficio de las armas, si sería pronto general o cabo de escuadra.

El sonrió muy satisfecho y dio a entender que su cargo era algo que tenía totalmente asegurado, que su influencia sobre el archiduque era enorme. Entonces les explicó que había quedado en reunirse con él en Buik, para la feria, y añadió que encargaran unas habitaciones bonitas en casa de la señora Nietken.

Esto causó gran alegría a Braka, pero la vieja no la exteriorizó sino que objetó que la señora las conocía y podría delatarlos a todos, pero que, naturalmente, aquello también era posible en Gante y que con dinero sería fácil convencerla para que actuara de acuerdo con sus intereses. Así pues, se decidió este viaje de placer y al punto se movilizó a las modistas para que hicieran un vestido de gala. Empezó entonces tal ajeteo que incluso el pobre hombre de la piel de oso, a pesar de su fría naturaleza de cadáver, empezó a sudar. El buen hombre hacía realmente todo lo que se podía esperar de una persona viva y comía con tal apetito que su naturaleza terrena, adquirió nueva vida. Fue así convenciéndose cada vez más de que su existencia fuera de la tumba no sería tan sosegada como la que había llevado en ella; además, de vez en cuando tenía lugar tal

disputa entre su cuerpo vivo y el muerto que se estremecía y le picaba toda la piel. Y aquella misma escisión era la que se manifestaba en su opinión respecto a sus señores: su cuerpo difunto pertenecía al señor Cornelius, el que había vuelto a la vida era completamente fiel a la señora Braka y a la hermosa Isabel, y al señor no le estimaba más que a un tipo con suerte. Según sobresalga un aspecto o el otro, lo veremos actuando ya para el uno, ya para el otro, pero sin delatarlos.

Por fin quedó todo dispuesto para el viaje. Hubo que pagar el carruaje tres veces más caro, pues eran muchísimas las personas que vivían tranquilamente trabajando y que aprovecharon aquella solemnidad para airearse. Aquel día salieron a la luz muchísimos vestidos guardados, y en las casas los niños empezaron pronto a alborotar. Pero pocos fueron los que pudieron disfrutar de la comodidad que suponía disponer de un coche; la mayoría tuvo que abrirse paso en interminables filas a través de los sembrados para no ahogarse con el polvo del camino. Otros, en cambio, prefirieron seguir la ruta habitual porque querían ver lo antes posible a los acaudalados comerciantes con sus elegantes atuendos y a la nobleza y deseaban pasarles revista uno a uno durante el trayecto, pues les parecía demasiado tarde hacerlo cuando estuvieran todos reunidos. Pero la curiosidad fue en aumento porque por todas partes se divulgó la noticia de que el propio archiduque, luciendo las galas del Toisón de Oro y acompañado de sus pajes y caballeros, honraría la divertida feria de Buik con su presencia, condescendencia sin igual que, por otra parte, animó a las autoridades del lugar a realizar los mayores esfuerzos preparando discursos, normas para mantener el orden, arcos triunfales y ofrendas de flores. Desde un punto visible a otro, había campesinos apostados con banderas que anunciarían con señas la salida del archiduque. Los caminantes se apelonaron junto a las banderas. Pero el príncipe, al que la fiesta no le interesaba tanto como su amor, decepcionó la curiosidad general embarcándose solo y acompañado únicamente de Cenrio y Adriano en una góndola cubierta para desembarcar en la inmediata cercanía de la casa de la señora Nietken en la que aquél había encargado habitaciones. Durante la travesía, recibió por primera vez de buen grado las enseñanzas dialécticas de Adriano, quien sintió una gran alegría al ver que el príncipe inventaba la siguiente conclusión: «Todos los jóvenes están enamorados; Cajus es un joven, luego Cajus está enamorado.» Aquel Cajus era, sin embargo, el propio archiduque, el cual, mientras manifestaba tal conclusión, intercambió con disimulo una sonrisa con Cenrio. Pensando en la hermosa desconocida que iba a ver aquel día, él archiduque se sentía tan enamorado que le parecía estar realizando una travesía por el lento río Estigio hacia una nueva vida en la que todo había de parecerle más libre, maravilloso, agradable y terrible. Adriano pensó para sus adentros en el libro de Pedro Lombardo que Cenrio, según le dijo, había visto en casa de una chamarilera; Cenrio pensaba en los favores que le esperaban en el futuro, cuando el archiduque asumiera el gobierno.

Entretenidos con aquellos pensamientos, desembarcaron en casa de la señora Nietken, quien, aun habiendo sido debidamente informada por Cenrio, fingió no conocer a sus egregios huéspedes y expresó su pesar porque unas familias de Gante habían ocupado su casa. Adriano preguntó si no podían alojarse en la biblioteca, pero la señora Nietken soltó tal carcajada que se le hinchó el bocio y dijo que sólo le quedaba un desván en el que guardaba trastos viejos y donde apenas podía moverse una persona. Adriano insistió hasta que los llevó allí; una vez en el desván, éste dijo a la mala hospedadora que a su casa le había tocado aquel día el honor de albergar al archiduque, y que, por respeto hacia él, aquellas familias de Gante probablemente dejarían libres algunas habitaciones de las que daban a la calle. La gruesa mujer, llena de asombro

y humildad, pareció casi caer de rodillas, besó el borde de la banda del príncipe y corrió a la habitación de la señora Braka para anunciarle que había venido el archiduque, que iba a instalarlo en la habitación contigua y pensaba dejar las puertas abiertas.

Mientras tanto, el pequeño se fue con el hombre de la piel de oso a esperar al archiduque –del que confiaba obtener grandes honores– a la plaza del lugar, donde reinaba intenso júbilo. Con gran pesar, se enteró de su ausencia por los pajes del príncipe, que se hallaban delante del ayuntamiento –un magnífico edificio antiguo con grandes ventanas y torreones, único resto de la antigua grandeza de la localidad– quienes oyeron lo que decían los alcaldes rurales, cuyas palabras iban destinadas al príncipe. Cuando el pequeño se disponía a marcharse a casa para anunciar a las señoras la frustrada espera del archiduque, unos confidentes de Cenrio que lo conocían también a él lo llevaron a un lado y le sugirieron que solicitara al príncipe, al que tan bien conocía y de cuyo afecto disfrutaba, que le concediera un puesto importante en la nueva tropa montada. Al oír aquellas palabras, que tanto le complacían y que expresaban su máximo deseo, el pequeño se enardeció de puro placer, entabló muy satisfecho una conversación con los dos y, cuando lo invitaron a tomar un vaso de vino en una casa cercana, envió el fiel hombre de la piel de oso a las señoras para que les dijera que no hacía falta que esperaran al archiduque, que no había llegado, que lo retenían con los nobles de su corte unos asuntos de gran importancia y que él más tarde iría a distraerlas. El tiempo transcurrió muy de prisa para el pequeño, pues aparte de la sensación de bienestar causada por los lisonjeros amigos y el buen vino, sintió el efecto de una inmensa muchedumbre embriagada que estaba dispuesta a disfrutar de aquellos tres días festivos en cuerpo y alma y que, por lo tanto, no tenía la menor intención de perder ni un segundo con los preparativos. Los que iban llegando desempaquetaban sus provisiones de carne, pasteles y pan; otros las iban a buscar a las posadas. Fue un desayuno como el primer almuerzo después del ayuno y, con toda seguridad, a tales devoradores se les habría quedado más de un descomunal bocado en la garganta si no hubiesen dispuesto de un mecanismo a modo de esclusa artificial a través del cual todo era arrastrado felizmente a su lugar por el vino y la cerveza. Los holandeses son excelentes en estas cosas, y en aquella época, gracias al comercio y al tráfico con todo el mundo, los habitantes de las ciudades se habían hecho tan enormemente ricos que todos los productos del país les costaban una miseria. Para los ricos resultaba una bagatela aliviar el hambre de miles de personas; por ello, en las ciudades nadie padecía necesidad y si había mendigos era porque a estas personas les gustaba la vida de haragán. Pero cuando había fiestas públicas incluso éstos, para tomar parte en representaciones teatrales, se quitaban sus harapos y mostraban a todo el mundo sus diabluras vestidos de reyes; personajes cuya compasión suplicaban en otras ocasiones. Unos cuantos barriles con unas tablas encima les servían de teatro; un guardián con un cojín largo y relleno en el látigo pegaba a los niños que por curiosidad querían encaramarse al escenario. El guardián llevaba además un gorro de cascabeles con orejas de burro, y en la obra hablaba con los espectadores a modo de bufón. La comedia encantó a nuestro pequeño. La historia del hombre que, después de haber sido transformado en perro por su mujer intenta demostrar mil veces a la gente que es una persona sensata, le gustó tanto que, encaramándose al escenario, se acercó demasiado, lo que le valió un fuerte golpe en la espalda dado por el guardián. Nuestro pequeño, al creerse terriblemente injuriado ante todo el mundo, desenvainó la espada y arremetió contra el bufón, el cual se defendió de una manera muy ridícula con su salchicha rellena. Todo el mundo se divertía tanto que empezó a gritar. Muchos creyeron que la broma entre el hombre pequeño y el grande era una farsa convenida de antemano

y por ello los animaron a seguir. Los niños se encaramaron a los hombros de las personas mayores, otros se subieron a las mesas, a los árboles —en los que parecían frutas colgantes— y a las barras de hierro que había entre los arcos del ayuntamiento. Durante un rato, los dos nobles contemplaron con enorme satisfacción los gestos caballerescos de su protegido, pero cuando con su espada abrió una herida en la pantorrilla del bufón, temieron por él, pues a los espectadores esta perturbación ya no les hizo ninguna gracia, y un campesino dijo que iba a cortarle la nariz y las orejas. Por esto lo agarraron, lo metieron debajo de su capa y, a pesar de sus enérgicas protestas, lo llevaron a la primera casa que encontraron abierta. Quiso la casualidad que fuera la de la buena señora Nietken, quien, a causa de varias prostitutas que le habían alquilado algunas habitaciones, tenía que dejar siempre la puerta abierta con el fin de que la gente pudiera entrar de la manera menos llamativa posible. Las mozas se alegraron mucho al ver a los dos apuestos nobles y al pequeño enano, pues así lo llamaron hasta que él, muy enfadado, se presentó como un joven oficial. No vamos a repetir las muchísimas bromas que hicieron con él, pero la petulancia de los nobles, la desfachatez de las mujeres y la altanería del pequeño giraban como peonza y látigo en el juego del trompo, y cuando el pequeño, impaciente, pretendió escapar, unas cuantas se pusieron a gritar como si delante de la puerta se encontrara todavía el bufón con los campesinos para cortarle las orejas.

¿Cómo aprovecharon aquel tiempo los enamorados? Apenas había entrado en la estancia, el archiduque se dirigió a la puerta y aguzó el oído, con lo que advirtió que las dos mujeres se hallaban en la habitación contigua. Entonces pidió a Cenrio que le proporcionara un taladro. Cenrio fue a toda prisa a buscar el de un tonelero que había trasegado un tonel en el patio. Fue todo perfectamente. El archiduque consiguió atravesar la puerta sin hacer el mínimo ruido hasta que el fino extremo llegó al otro lado y él pudo apostar su ojo en la ancha cavidad. Lástima que el trabajo resultara inútil, pues, precisamente por saber que él estaba allí, habían dejado la puerta abierta... ¡Cómo latió su corazón cuando, sin saber nada de todo esto, miró por primera vez a través del agujero! ¡Y cómo retrocedió llevándose las manos a la cabeza cuando pasó por delante de él la figura embellecida del mismo espíritu que le hizo burla cierta vez, tiempo atrás, en la casa solariega!

—Cenrio —dijo—, estamos en manos de extraños espíritus; creíamos jugar con ellos y son ellos quienes juegan con nosotros. Quisiera huir, pero no puedo, es demasiado hermosa.

Cenrio quedó confuso.

—Es el mismo espíritu que me ahuyentó entonces, a principios de invierno en la casa de campo, pero se ha transformado en una persona. Encuentra la manera de que pueda hablarle, ahora podría decírselo todo.

—Ya me lo imaginaba —dijo Cenrio— por suerte, podemos disponer de nuestro tiempo como nos plazca. Adriano está muy ocupado intentando demostrar que el apéndice que escribí para la obra de Lombardo no es auténtico. Además, he cerrado con llave la puerta de su antecámara, de manera que no puede sorprendernos. Bien, príncipe, voy a deciros cuál es mi proposición: la muchacha tiene dolor de cabeza, y vos tenéis que haceros pasar por médico; así estaréis a solas con ella y cuando le toméis el pulso las palabras vendrán por sí solas.

Ciertamente, debido a los preparativos para el viaje, la noche en vela y el enorme calor, Isabel se encontraba mal; en realidad fue la señora Nietken quien inventó la historia para reunir a los dos enamorados. Poco después, el archiduque, con una gran capa negra de médico y los instrumentos para hacer sangrías, con emplastos y una jeringa, entró vacilante en la habitación

conducido por la señora Nietken, que lo presentó como un médico español. Isabel lo reconoció al instante; afecto y confusión le produjeron el mismo agobio que a Braka la presencia del príncipe. Isabel ocultó su rostro con el velo, Braka hizo una profunda inclinación y se deslizó a una habitación contigua. Los dos enamorados se quedaron solos; todo podía explicarse y decidirse rápida y felizmente. Pero al archiduque, que no sabía lo que era tener verdadera amistad con una muchacha, sólo le salió la expresión «tomar el pulso». «Tomar el pulso», repitió, y por tercera vez dijo: «Tomar el pulso.» Isabel le tendió su blanco y bien modelado brazo; y le palpó la punta de un dedo, jugueteó con ella, quiso volver a decir algo, probablemente sobre la aparición en la casa de campo, pero no le salió nada más que: «Espíritu, vi espíritu.» Y diciendo esto le puso un anillo en el dedo, cosa que debemos interpretar como el triunfo de sus reflexiones. Aquí finalizó su tranquila dicha, pues con gran estrépito irrumpió en la estancia el maldito hombrecillo-raíz, el cual, tras curiosear en la habitación de las muchachas, había escapado a la vigilancia de los oficiales. Entonces empezó a hablar de manera confusa sobre su futuro regimiento y no reconoció a Isabel, que estaba echada en el sofá. Pero el archiduque recobró al instante la serenidad y le pidió que no molestara a la enferma, sobre todo teniendo en cuenta que el aspecto de él delataba que no podría contarse por mucho tiempo entre los vivos. El pequeño se quedó perplejo, los nobles entraron y le confirmaron que estaba muy cambiado, que probablemente le habían contagiado la peste porque aquel día había estado rondando con todo tipo de personas. Al oír tal suposición perdió todas sus fuerzas; ni el poder del vino ni sus propias piernas podían seguir aguantándolo. Con gran habilidad el archiduque le echó sobre la cara un enorme parche que encontró entre su instrumental médico. El pequeño aseguró que lo veía todo negro. Fingiendo compasión los nobles le prometieron conducirlo a casa –hasta entonces no había reconocido ni la habitación ni a su enamorada– y se lo llevaron a rastras.

Braka estuvo todo el rato en suspenso. El archiduque todavía no había declarado su amor, y su generosidad no era aún conocida; al contrario, la señora Nietken le había dicho que tenía fama de tacaño. El *alraun*, en cambio, era capaz de descubrir cuantos tesoros estuvieran ocultos en este mundo y no se preocupaba por el uso que se hacía del dinero, siempre que a él no le faltara. Si los dos enamorados se enojaban mutuamente, ella tal vez vería desaparecer sus esperanzas de un futuro cómodo, y los grandes planes relacionados con su pueblo tampoco se llevarían a término. El archiduque volvió a quedarse a solas con Isabel; había cobrado nuevo ánimo, pero ella estaba preocupada y enfadada por lo que pudiera pasarle a su pequeño. Al manifestar la muchacha sus temores, el archiduque sintió celos. Con cierto orgullo, preguntó a Isabel si aquél era de verdad su prometido y, en espera de su vacilante respuesta, perdió toda la compostura, de modo que dejó de fingir que era médico y se mostró ante ella como archiduque. A ella le costaba demasiado disimular como para mostrar extrañeza. Así pues, antes de que se hicieran la menor confianza les unía ya una gran confianza mutua. Por fin, Isabel dijo que el enlace con su primo no dependía de su voluntad, sino sólo de la de su madre. Entonces el archiduque le suplicó que no cediera por completo al deseo de su madre, que no sacrificara su felicidad ni su belleza en una unión desgraciada. No dijo nada de su propio amor. Tal como le indicaron, Isabel balbuceó que sus bienes estaban totalmente en manos de aquel primo rico, que tenía que resignarse a cumplir los deseos de sus familiares, sobre todo porque no conocía a nadie en este mundo que la protegiera de sus coacciones. Entonces el archiduque le aseguró que él castigaría y vengaría sin compasión cualquier ofensa que se le hiciera. Estas palabras provocaron una declaración amorosa que quitó un peso de encima no sólo a los dos radiantes enamorados, sino también a

Braka, que estaba escuchando todo lo que decían. Pero una nueva inquietud se apoderó de repente de la anciana cuando Isabel, a quien el afecto por el archiduque le hizo maldecir toda falsedad, cayó a los pies de éste y le suplicó por su amor que no la despreciara por haberlo engañado; que no era, como había dicho, la hija de su acompañante, que era la hija de... Entonces un raudal de lágrimas ahogó su voz. Uno de los nobles que habían acompañado al pequeño, entró en la habitación y pidió al archiduque que se retirara a la suya, pues era imposible sujetar a aquel raro personaje que creía y al cual, dando rodeos estaban llevando de nuevo a la casa de donde lo habían sacado. El archiduque se marchó a toda prisa indignado por verse engañado en su primer amor. Isabel se dirigió a la habitación de al lado porque en su ánimo seguían cayendo gotas de lluvia de las hojas después de pasado el aguacero.

El pequeño dejó que el hombre de la piel de oso lo llevara escaleras arriba, el cual gritaba angustiado llamando a la señora porque temía el fin de su buen servicio. Cuando llegó Braka, el pequeño la saludó exclamando con débil voz que la peste lo había dejado tan agotado que no podía aguantarse sobre sus propios pies, que todo le daba vueltas, que ya no veía nada y que su lengua cojeaba a tal distancia de sus pensamientos que casi perdía de vista lo que iba a decir. Braka demostró gran compasión, y no poco espanto. Viendo su palidez, Isabel sintió pena.

–¡Ay! –suspiró el pequeño–. ¡Ojalá hubiera retenido al médico que con tanta rapidez ha visto que tengo la peste! Tal vez conozca algún remedio.

–¡Oh! –dijo Braka–. Yo he curado la peste muchas veces; echaré unas hierbas en agua tibia y te tomarás una taza del brebaje cada cinco minutos. Se te pasará todo.

–Rápido, rápido –dijo él sumergiéndose en apática embriaguez.

Mientras tanto el hombre de la piel de oso lo desnudó y lo echó bien cubierto de mantas en el sofá. De vez en cuando, Braka le administraba agua de hinojo tal como suele hacerse con los niños pequeños. Lo despertaron terribles náuseas y, por fin, su cuerpo se vio aligerado del exceso de vino tomado para corresponder al honor que se le había demostrado al ofrecérsele un brindis. Entre sollozos y gemidos dijo:

–¿Dónde estará el doctor que he visto en la otra casa? Si hubiera manera de encontrar a ese hombre, seguro que podría ayudarme. Como ha visto en seguida qué enfermedad padezco, tengo una gran confianza en él. Abrid las puertas –prosiguió–, hace mucho calor.

–La puerta está cerrada con llave –dijo Isabel–, el archiduque ha entrado de nuevo en la casa.

–¡El archiduque! –Diciendo esto, el pequeño, de un salto, se levantó de la cama tal como estaba, pero se tambaleó tanto que, sin poder parar, se cayó en la jofaina–. ¡El archiduque está aquí y no me es posible ir a pedirle mi puesto de capitán! ¡Si me muero, habré dejado escapar mi felicidad!

El hombre de la piel de oso volvió a meterlo en la cama, pero el pequeño lloró amargamente y, con grandes gemidos, pidió la asistencia del médico que había visto durante el viaje. Braka le prometió hacer todo lo posible por descubrir al hombre y fue a ver a la señora Nietken para pedirle que hiciera volver al príncipe de nuevo como si fuera médico. La mujer lo hizo, pero el archiduque, sacando su puñal y amenazándola con él, le ordenó con tono amenazador que le dijera todo lo que sabía acerca de las forasteras, pues temía que hubieran sido enviadas por un enemigo de su casa para su perdición. La señora Nietken descubrió sin reservas todos los secretos: dijo que Braka era una vieja gitana a la que conocía desde hacía mucho tiempo, ésta había llegado una noche a su casa con Isabel y con el pequeño y había mandado que los llevaran a Gante, donde, como todo el mundo sabía, habían gastado muchísimo dinero. Añadió que estaba

segura de que Isabel no era hija suya, y que no podía garantizar que la muchacha fuera de alta alcurnia, pero que sólo se trataba de lo que ella pensaba al respecto. Explicó también que la joven no procedía de un rapto, pues hablaba con la vieja en tono imperativo y al mismo tiempo cariñoso, y entre ellas lo hacían en un idioma extraño que le parecía que era francés. Al oír esto, el príncipe cambió por completo de opinión; primero le pareció hallarse en la trampa de una cortesana, pero después creyó en serio que podía tratarse de la princesa francesa con la que la corte de Francia, contra la voluntad de su abuelo, pretendía que se casara. Es cosa sabida que sus posteriores dotes de político afloraron muy poco en sus años mozos, dedicados totalmente a su formación física. En su juventud, le parecían posibles muchas cosas que muchos hubieran puesto en duda, y en aquellos momentos Cenrio estaba demasiado ocupado con Adriano para darle consejo. Así pues, accedió al ruego y se mostró dispuesto a presentarse de nuevo como médico; y lo hizo con cierto respeto, cosa que sorprendió mucho a la temblorosa señora Nietken.

Con unos trazos de carbón en las cejas y en la frente, desfiguró un poco sus facciones e hizo que lo llevaran a la habitación del enfermo. El pequeño se mostró encantado de oírlo. El archiduque le preguntó muy serio por todos los síntomas y él le explicó que tenía un terrible dolor de cabeza; habló de las náuseas, de los eructos, de la total obscuridad de sus ojos y le dijo que notaba una erupción en toda la cara (delante de la gente le daba vergüenza mostrar los ojos que tenía en la nuca; además, por vivir en medio de la buena sociedad, hacía tiempo que había perdido la costumbre de utilizarlos). Para terminar, dijo que si no se ponía pronto bien se le escaparía lo que constituía su máxima dicha porque el archiduque, que se encontraba en la habitación de al lado, había ido a aquel lugar precisamente por él, y que, probablemente, uno de aquellos días adjudicaría los puestos de la nueva tropa montada.

—¡Ay, querido doctor! —exclamó el pequeño en su entusiasmo militar—. Si muriera así, el mundo no me conocería en la gloria y esplendor a los que tengo derecho por mi linaje y mi valor. Muchas veces me da la impresión de que haya unos magos malignos que hacen todo lo posible para oponerse a la verdadera transformación de mi vida.

El archiduque lo escuchó con paciencia, pero le resultaba imposible armonizar todo aquello con la princesa extranjera, a no ser que aquel hombrecillo fuera un príncipe encantado por la vieja hada, como los de las historias que aparecían muy a menudo en las novelas españolas de aquella época. Esta idea, unida al recuerdo de la aparición en la casa solariega, le produjo cierto asombro, cosa que habría podido delatarle fácilmente si el pequeño no hubiera estado demasiado ebrio y hubiese podido hacer uso de sus ojos augures. No obstante, el archiduque tomó por fin una decisión; le dijo que el remedio de la señora estaba muy bien pensado, que tenía que dejar que lo cubrieran y lo envolvieran completamente con mantas para sudar mucho y así eliminar lo que le producía el mar. En vano suspiró el pequeño que tenía miedo de sí mismo, pues se sentía como agarrado a un horno al rojo vivo. Con persuasivas palabras, Braka le echó encima una manta tras otra, las ató y se marchó acompañada del fiel hombre de la piel de oso con el pretexto de ir a buscar algo para refrescar al pequeño. El archiduque se quedó de nuevo a solas con Isabel, pero por consideración al enfermo, que estaba allí envuelto en las mantas, no pudieron decir ni una sola palabra en voz alta. Isabel seguía aún muy avergonzada cuando el archiduque, hincando la rodilla, le dijo:

—¡En qué hermosa confesión os han interrumpido, adorada mía! Presiento que sois hija de un noble príncipe, presiento todo lo que tenéis que decirme; pero desearía que me lo confirmaran vuestros labios, que me confirmaran vuestro amor, un amor que ha renunciado a todo el

esplendor de vuestro rango para escapar de la odiosa presión de la política. Nada ha de separarnos; conozco a mis holandeses; ellos conocen sus libertades y protegerán también las mías, y aun cuando el poder fuera más fuerte que nosotros y saliera victorioso, el mar nos llevará a un mundo más rico recién descubierto.

¿Quién habría podido reprochar a Isabel –que no sabía absolutamente nada de la política europea excepto que el príncipe, su padre, no, era apreciado en tal ambiente, sino perseguido– que estuviera segura de que el archiduque, enterado de su linaje, la había elegido como esposa? Permaneció ante él con emocionada mirada, levantó la vista, volvió a bajarla, y luego dijo con voz entrecortada que sólo pudo fingir una vez y nunca más, que no negaba su linaje, y que no negaba el afecto que otra ocasión anterior, en su escondrijo secreto, él había despertado en su alma, sentimiento que quedó confirmado en cuanto lo vio. Isabel inclinó su dulce rostro y el archiduque iba ya a rozar el borde de sus labios con los suyos cuando el pequeño empezó a moverse debajo de las mantas, a lanzar espantosos lamentos a causa de su estómago y a jurar que no llegaría a curarse porque antes se ahogaría. El enamorado feliz no soporta ver a nadie sufriendo; por ello el archiduque se acercó presuroso al hombrecillo y le desató el vendaje, que desprendió tanto vapor como si se tratara de una servilleta en la que se hubiese acabado de cocer un budín. El archiduque lo miró, apartó ligeramente el parche de su empapado rostro y le aseguró que ya estaba curado. Añadió que se iba corriendo a buscar algunos reconstituyentes y le pidió que mientras tanto, no se moviera.

Se marchó a toda prisa y el pequeño, que, poco a poco, al no hallarse ya bajo los efectos del alcohol, se había ido serenando y podía ver de nuevo lo que pasaba a su alrededor, permaneció echado en la cama con la gozosa sensación del que se ha salvado de la muerte y tiene en gran estima su cuerpo. Tomando la mano de Isabel y estrechándosela, dijo que la idea de haber de morir lo había preocupado mucho porque hubiera tenido que abandonarla a ella. Parecía tan afable y cariñoso que el antiguo afecto que Isabel sentía por él, y que en realidad sólo tenía carácter de amor maternal, no le permitió hacerle confidencias y explicarle su nuevo amor y su nueva felicidad. El la besó como tenía por costumbre, y el archiduque, que volvía a encontrarse detrás de la puerta, espionando en su puesto de vigilancia por el agujero que abriera él mismo, montó en cólera porque creyó que era traicionado de nuevo, que se le hacía doble traición, y tuvo el convencimiento de que, al haber creído a ciegas a Isabel se había comportado de una manera imperdonablemente infantil y bondadosa. Entonces el pequeño se levantó con cautela y, al ver que podía volver a andar y a estar de pie, se arregló la ropa y dijo a Isabel que fuera buena, que iba a traerle al archiduque y que si éste se hallaba de buen humor le pidiera para él el puesto de capitán; le suplicó también que se mostrara tan lisonjera como pudiese, que su felicidad dependía de ello, y añadió que después se casaría con ella. Isabel, perpleja, permaneció en silencio. Ante sus perspectivas bélicas, el hombrecillo había olvidado por completo el temor a la enfermedad y el malestar producido por la bebida, de modo que empezó a andar de un lado a otro de la habitación con gran arrogancia, como si pasara ante mil hombres, y echó a Braka cuando ésta se interpuso en su camino con el agua caliente. Así son la mayoría de los enanos; tienen el corazón tan cerca de la cabeza que se entusiasman en seguida.

Incapaz de seguir aguantándose, nuestro hombrecillo-raíz se acicaló cuanto pudo. Queriendo presentar sus respetos al archiduque sin pérdida de tiempo, irrumpió en su habitación y lo sorprendió en un fortísimo ataque de celos que le hacía maldecir aquel día y aquella hora. Apenas formulada su petición, el archiduque lo cubrió de improperios, lo llamó ridícula raicilla,

hacedor de ducados, pequeño *alraun*. Ante tal actitud, el pequeño se quedó muy extrañado, pensando cómo se había podido enterar de su origen, y se marchó a toda prisa exclamando perplejo:

—¿Cómo lo sabéis, señor?

Al regresar no hizo ningún comentario sobre tal recibimiento, pero Braka notó en seguida que había sufrido una humillación. El se limitó a decir que no había encontrado al archiduque, que quería marcharse pronto de aquel lugar, en el cual, por ser época de peste, lo amenazaban en todo momento nuevos peligros. Al mismo tiempo, preguntó si el médico había enviado algo. Para asegurar su estancia, Braka se fue a la tienda de un médico ambulante judío, que se hallaba al otro lado de la calle, y le compró unas gotas fortísimas que habían reanimado incluso a más de un moribundo; en seguida las llevó al pequeño y le dijo que aquella era la medicina que le había dejado el tan elogiado médico. Apenas tomó las demoníacas gotas, el pequeño recuperó su antiguo ánimo. Al pensar que no había dado una respuesta violenta al archiduque, se exasperó. Se le ocurrieron tan hirientes observaciones que, con el único fin de podérselas lanzar a él o a alguien de su séquito, se dejó convencer para quedarse todo el día en el lugar.

Había llegado el momento más tumultuoso. Acababan de empezar las carreras, que consistían en que los jinetes, montados en caballos sin silla, para conseguir un pato tenían que cortar con unas tijeras el hilo del que el plumífero colgaba. Los relinchos de los caballos, las risas de la multitud por las frustradas esperanzas humilladas en la arena, atrajeron la atención de todo el mundo. También nuestro hombrecillo-raíz llevó a sus damas al espectáculo. Apenas llegado a aquel lugar, su entusiasmo estuvo a punto de hacerle perder de vista a las dos mujeres. Entretanto, Braka empezó a hacer preguntas a su pupila. Isabel le confesó que el archiduque quería casarse con ella. Braka le dijo que el asunto tenía su aspecto desfavorable, que por ello podía ir a parar a presidio, pero que diera a entender a su enamorado, sin el menor reparo y sin rodeos, que le gustaría tener un hijo con él, que en ello iba a consistir la felicidad de su pueblo y que, si así lo hacía, todo se arreglaría por sí solo y sin necesidad de otras bendiciones. Isabel le prometió decírselo todo como ella le indicaba cuando se presentara la ocasión. La ocasión se presentó, sin embargo, de una manera muy curiosa debido a la cólera del archiduque. Sin vacilar ni un momento, éste confesó sus desaforados celos a Cenrio, el cual tuvo en seguida una idea extraordinaria. En un tutilimundi, había encontrado a un instruido judío polaco que, gracias a su arte de hacer golems, le había proporcionado, en otro tiempo, horas de gran diversión. Los golems son unas figuras de arcilla modeladas a imagen del hombre sobre las que se pronunciaba la misteriosa y milagrosa fórmula *Schemhamphoras*, y en cuya frente se escribe la palabra *Aemaeth* —verdad—, gracias a lo cual adquieren vida y, si no crecieran con tal rapidez que pronto se hacen más fuertes que su creador, podrían utilizarse para cualquier negocio. No obstante, mientras pueda alcanzarse su frente, es fácil matarlas; sólo con borrar las letras *Ae*, de manera que quede únicamente el final de la palabra, *Maeth*, que significa muerte, se desmoronan al instante quedando reducidas a un montón de arcilla seca.

Fueron a buscar al viejo judío, y el archiduque le pidió una de tales estatuas con los rasgos de la hermosa Isabel y le prometió una recompensa principesca. El judío le advirtió que no perdiera el tiempo con aquel tipo de figuras, que en su patria habían causado más de una desgracia: un sobrino suyo tenía un golem al que utilizaba en las labores domésticas, pero llegó a crecer tanto que no pudo alcanzarle la frente para borrar las letras *Ae*. Entonces le ordenó que le quitara las botas y, mientras el golem se agachaba, le borró astutamente las letras *Ae* de la frente, pero al

hacerlo le cayó encima toda la tierra en que quedó convertida la figura y lo aplastó. El archiduque le aseguró que semejante accidente no iba a perjudicar a quien iba destinado el golem, pero que había que vencer una dificultad: conseguir que éste se pareciera a la hermosa Isabel. El judío pidió que la muchacha se mirara una sola vez en el espejo mágico, porque así su imagen quedaría grabada en él. El espejo mágico se hallaba dentro de un tutilimundi, y sólo había que conseguir que Isabel fuera a verlo. Cenrio, que conocía al hombre-raíz, se encargó de llevar a éste y a la hermosa al tutilimundi, detrás del cual se escondió entretanto el archiduque. Todos se apresuraron hacia sus puestos. Cenrio encontró al pequeño aún en las carreras de caballos y, sin que nadie le oyera, le dijo al oído que no tomara en serio la cólera del príncipe, que un secreto enemigo suyo le había contado una odiosa historia sobre su comportamiento respecto a los actores, pero que aquella impresión podía desaparecer si aseguraba que en una ocasión le mordió un perro rabioso. El pequeño se alegró mucho y le presentó a su prometida, por lo cual Cenrio se vio obligado a quedarse con ellos. Cenrio les habló con gran gentileza y les pidió que no dejaran de ver un tutilimundi que mostraba todo un mundo en pequeño, todas las ciudades y pueblos en imágenes multicolores. Allí se dirigieron; Isabel fue la primera en mirar, a pesar de que el pequeño –aunque lo permitió gentilmente– sintió envidia. A la muchacha le sorprendió todo aquel esplendor, y le hubiera gustado volver a mirar la serie completa si, en su impaciencia, el pequeño no la hubiera apartado del artilugio. El hombrecillo estaba excitadísimo por el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos: en cada una de las ciudades se vio a sí mismo como príncipe y, al contemplar los soldados de otros países, se imaginó el efecto que haría como jefe del ejército en el uniforme correspondiente.

Mientras tanto, el archiduque se puso a hablar con Isabel, y le reprochó la ignominiosa falsedad con que se comportó al fingir amarlo con el fin de conseguir un puesto de capitán para su pequeño prometido. Isabel rompió a llorar y le juró que era todo muy distinto, que su amor por él no era fingido, que su más noble deseo era incluso tener un hijo suyo que diera esplendor y libertad a su pueblo. Tal franqueza dejó al archiduque algo perplejo (ella era inocente en lo más profundo de su alma; él lo era, en cambio, sólo por orgullo). Este, balbuciendo, le juró que haría todo lo posible para acceder a su deseo, cuyo cumplimiento, por otra parte, era también conveniente para su situación política. Y con estas promesas, mientras Braka les hacía una señal para que se fueran, se la llevó tranquilamente a otro lugar, sin que el pequeño se diera cuenta.

Mientras el judío, charlando con Cenrio de los temas más dispares, modelaba la imagen de la fugitiva Isabel, el pequeño contempló dos veces el mundo en miniatura y le gustó mucho más que el de verdad. Cenrio pidió al judío que le dijera al menos si había la posibilidad de dar vida a una de aquellas figuras. El judío dijo:

–Señor, ¿por qué creó Dios a los hombres cuando todo lo demás ya estaba terminado? Es evidente que porque esto formaba parte de su naturaleza cuando ésta se separó de Dios. Si forma parte de su naturaleza seguirá en su naturaleza, y el hombre, que es imagen de Dios, puede producir algo parecido si sabe las palabras adecuadas que Dios utilizó. Si aún existiera un paraíso, podríamos hacer tantos hombres como terrones hubiera en él, pero como nos expulsaron del Edén, nuestros hombres serán tan malos como el barro de esta tierra comparada con el barro del paraíso.

Y, diciendo esto, el viejo judío terminó su obra, echó el aliento a la estatua, escribió la palabra en su frente de manera que quedara oculta debajo de sus rizos, y ante sus ojos se presentó una segunda Isabel que, gracias a aquel espejo, sabía todo lo que Isabel conocía hasta aquel

momento, pero que, no obstante, no tenía voluntad propia sino la que se derivaba de los pensamientos de su creador judío, es decir, orgullo, voluptuosidad y avaricia: tres burdas encarnaciones de magníficas tendencias espirituales, como todos los vicios. El hecho de que éstas se mostraran en ella sin la tendencia espiritual era lo que la distinguía del judío y de todas las demás personas a las que, por cierto, era capaz de engañar igual que las frutas de aquel antiguo cuadro a todos los pájaros que echaron a volar hacia el lienzo e intentaron comérselas. De igual manera disfrutaron también Cenrio y el viejo judío de la estatua y le dieron un beso antes de dejarla asida al brazo del pequeño. Este estaba ya harto de mirar el tutilimundi y se retiró con su Isabel en medio de la alegre algarabía del atardecer, mientras algunos campesinos borrachos desenvainaban su puñal. Ni Braka ni el pequeño se dieron cuenta de que las dos figuras habían sido intercambiadas. Comieron los tres juntos casi en silencio, cosa que, después de las ruidosas distracciones de un día tan curioso, era algo muy natural. Al terminar de comer, el hombre de la piel de oso entró en la habitación con la cara llena de arañazos y dijo:

–Así me ha dejado esa maldita mujer, la señora Nietken, que, ebria como está, me ha echado el ojo encima y no quería soltarme, mientras yo tenía urgentes noticias que comunicaros. Me ha confesado que el archiduque tiene que estar maquinando por fuera algo contra nuestra señorita, porque ha preguntado por ella con gran interés.

Golem Isabel, que de la auténtica Isabel no sabía más que lo que viera en el espejo, exclamó:

–¡Qué alegría! ¡Tendré un niño que liberará a mi pueblo!

Braka se sobresaltó al oír a voz en grito tan íntimas confesiones, y el pequeño se levantó de un salto como si hubiera perdido el juicio.

–¿De manera que estás enterada, Isabel? ¿Le quieres?

–Claro –contestó Golem Isabel.

El pequeño se arrancó sus cabellos de mijo y estuvo a punto de ahogarse en su vanidad ofendida. Por fin, su desesperación, modificada según las prescripciones de su profesor de retórica, estalló en las siguientes palabras:

–¿Por qué me llamaste a la vida humana arrancándome, con demoníacas artes, del seguro seno de mi pasado? El sol y la luna me iluminaban sin engaño; de día, permanecía sumido en mis pensamientos, y al atardecer juntaba mis hojas para orar. No veía nada malo, pues no tenía ojos, no oía nada malo pues no tenía oídos, pero en mi interior notaba que tenía aptitudes para todo, y ello me daba seguridad y me enriquecía. Me desharé en lágrimas y, no obstante, echaré en falta mis ojos; perderé la vida y, no obstante, la buscaré eternamente, pero esta búsqueda será tu tortura; cuando creas que estoy lejos de ti, estaré a tu lado. No puedes destruirme con la misma ligereza con que, jugando, me creaste; me quedaré contigo, satisfaré los deseos de tu codicia, te traeré tantos tesoros como desees, pero esto será tu perdición. Me apartarás lejos de ti, intentarás aniquilarme, pero, no obstante, yo seguiré a tu lado; estaré unido a ti inseparablemente hasta que otra me compre con una traición aún mayor que la tuya. ¡Ay de las generaciones futuras! ¡Me trajiste al mundo, del que no puedo liberarme hasta el día del juicio final, con el fin de que realizara acciones diabólicas!

De acuerdo con la auténtica manera de ser de la verdadera Isabel, Golem Isabel le habló del afecto que sentía por él, a pesar de que amaba al archiduque. Mirándola con extrañeza, el pequeño dijo:

–Podrías volver a engañarme, Isabel. ¡Quién sabe lo que se ha acordado esta noche con el archiduque! Demuéstrame que eres sincera. La luna resplandece con toda claridad;

aprovecharemos el agradable frescor de la noche para ir a un pueblo donde podamos casarnos en la mayor intimidad, de manera que podamos regresar a Gante como marido y mujer para marcharnos poco después para siempre con el fin de que el lisonjero archiduque no pueda volver a tentarnos. Iremos a París y allí pondré mi valor de soldado al servicio del rey de Francia, que es una persona que sabe apreciar a los hombres valientes, aunque sean pequeños de estatura.

Golem Isabel permaneció en silencio; para este caso no tenía voluntad ni palabras. El pequeño lo interpretó a su favor y, cuando Braka intentó añadir algo, desenvainó la espada y juró que la teñiría con la sangre de la vieja si se oponía a su felicidad. Braka, asustada, se estremeció y fue incapaz de tomar bocado. El pequeño ordenó al hombre de la piel de oso que recogiera todas las cosas y que, costara lo que costara, fuese a buscar un cochero que los llevase a la parroquia más cercana, puesto que en Buik, a causa de las misas nocturnas, seguramente no habría ningún sacerdote dispuesto a casarlos. Por miedo a la ebria posadera, el hombre de la piel de oso llevó a cabo el encargo con la mayor diligencia y con la más loable discreción. Antes de que la señora Nietken se diera cuenta de nada, el coche estaba ya ante la puerta, y todos sentados dentro. Para escapar de su absurdo griterío, echaron a la mujer una cantidad de dinero tres veces mayor de la que podía exigir. Y el más extravagante grupo, formado por una vieja bruja, un difunto que tenía que hacerse pasar por vivo, una hermosa muchacha de arcilla y un joven sacado de una raíz se sentó en solemne armonía, albergando grandes ideas sobre la felicidad de la vida que en aquel momento se disponían a empezar, sobre tesoros, heroicidades, y dinero para francachelas, con el que contaba especialmente el hombre de la piel de oso en aquella solemnidad. ¡Qué inútil es la tortura que nos causan las relaciones con ciertas personas! Si pudiéramos imaginar que son un difunto, un trozo de tierra, una raíz, tendría que desaparecer por fuerza nuestra aflicción y nuestra cólera. Y de igual manera dejaríamos de preocuparnos por nuestra época si, por fin, pudiéramos estar seguros de que sólo estamos soñando.

Cuando a veces, en una noche de tormenta, algunas flores del parterre separadas entre sí se juntan al doblarse su cáliz y no se reconocen hasta que vuelve a salir la luna, su alegría no se exterioriza, pero los grillos se pasan la noche entonando alegres canciones sobre este hecho hasta que por la mañana los relevan los pájaros. El archiduque quería vengarse de la traición sufrida por su amor y esto le hizo sordo a todas las preocupaciones de Isabel, la cual no sabía lo que le estaba pasando cuando él se la llevó en secreto a su habitación, y a su lecho. Acababan de dormirse cuando les despertó el canto *De profundis clamavi ad te, Domine: Domine, exaudi vocem meam* procedente de la iglesia, que no estaba muy lejos, canto al que se unieron las multitudes que habían quedado en las calles por no haber encontrado sitio dentro. Era una clara noche de verano, y ambos corrieron hacia la ventana. Fue entonces cuando Isabel despertó realmente de su éxtasis:

–¡Santo cielo, es tardísimo! ¿Cómo podré ir a mi cama? ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué va a ser de mí?

El archiduque le había tomado demasiado afecto, y su felicidad era algo demasiado nuevo para ofenderla recordándole su falsedad.

–Te quedarás conmigo para siempre; no nos separaremos jamás, seremos como alma y cuerpo.

–¿De veras? –preguntó Isabel ingenuamente–. ¡Qué feliz soy!

El archiduque dijo, extrañado:

–Pero no te casarás con Cornelius, ¿verdad?

–¿No soy tuya? –preguntó ella–. ¿No voy a tener un hijo tuyo que conduzca a mi pueblo a su patria?

–¿A qué pueblo perteneces, muchacha querida? –preguntó el archiduque–. No me engañes. Todo me impulsa a llamarte princesa, pero desearía saber si el destino ha sido justo contigo y te consagró a un linaje principesco.

–Mi padre fue el príncipe Miguel de Egipto –dijo Isabel, emocionada–, yo soy el último miembro de la antigua estirpe que, si bien en las revoluciones a veces salió victoriosa y otras tuvo que huir, mantuvo siempre no obstante, su absoluta independencia, según decía mi padre. Soy el último miembro de mi familia; mi padre murió durante las persecuciones que se desencadenaron contra nuestro pueblo. Una antigua profecía dispone que un niño mío y de un soberano cuyos dominios se extenderán por todo el mundo conducirán a los últimos grupos de nuestros desgraciados y perseguidos súbditos al benéfico Nilo.

–Creo que todo lo que me explicas es verdad –dijo Carlos–, pero dime, siendo, como eres, portadora de tan elevado designio, ¿cómo es posible que formaras causa común con tu pequeño amigo para ir contra mí? ¿Cómo has podido querer entregarte a mí con el fin de conseguir un puesto para él? Viéndote aquí tan hermosa y excelsa a la luz de la luna, quisiera desmentir lo que han percibido mis oídos. Pero lo he oído espionando tu hermosura a través de la puerta, y mi intención era vengarme de ti por medio del deleite, mas este placer me ha vencido; te confieso, pues, mi enojo.

Isabel no entendió el verdadero sentido de aquellas palabras; le parecía que su amado era la bondad en persona. Riéndose de sus celos, le explicó con la mayor naturalidad todo lo que Braka la indujo a hacer para satisfacer los extraños caprichos del pequeño. Al mismo tiempo y, ante la promesa del archiduque, que en una sola noche se veía transportado de la acostumbrada y lógica normalidad al maravilloso mundo del placer y de las fuerzas ocultas, quedó sumido en profunda y seria reflexión. Interiormente, se sentía como una estrella elevada hacia lo alto, por encima del mundo en que, hasta entonces, había vivido sin plena conciencia. Sus acciones y palabras futuras le parecían de gran trascendencia. Poseía un importante secreto que quería guardar para sí y del que no consideraba digno ni siquiera a su Cenrio. Con tranquila seriedad, pensó en el futuro de su amor.

–¿No eres feliz como yo? –preguntó Isabel–. ¡Lo encuentro todo tan curioso! ¡Y que todo haya sido de esta manera! ¡Al irme contigo, no sospechaba nada de esto! Mira cómo resplandecen las telarañas del árbol a la luz de la luna. Puedo verlas muy bien, y en cambio no llego a distinguir las jarcias del barco, allí, en la obscuridad; en mi interior ocurre lo mismo: presiento unas sendas superiores y, sin embargo, no puedo saber lo que me espera en los próximos días. El pequeño se enfadará si se da cuenta de que te he entregado por completo mi corazón. Todas nuestras riquezas nos las ha proporcionado él, y ahora nos las va a negar. ¿Podrás mantenerme, entonces?

El archiduque dijo, derramando una lágrima:

–¡Ay, niña querida! La severidad de mis padres me impone grandes limitaciones. Mi insensata afición a los caballos me ha hecho contraer enormes deudas; mis preceptores no tienen permiso para darme más dinero; sólo pagan lo que necesito. Pero conseguiré dinero para ti, aunque para ello tenga que empeñar mi futuro imperio.

Isabel le besó los ojos y aseguró que, con su inquietud por su futuro, no expresaba sus propios sentimientos, sino los de su tía. Con toda sinceridad, le dijo que el género de vida que

había visto en Gante le resultaba muy molesto, que el vestido la torturaba y que las diversas ocupaciones a que había tenido todo aquel tiempo se le hacían odiosas.

—¿Para qué he de saber hablar español y latín? ¿Para qué necesito aprender «Amo, amas»? Lo único que sé es que yo te amo a ti y tú me amas a mí.

Sin pronunciar palabra, se unieron en íntimo abrazo. De repente, se oyó en la puerta la voz de Cenrio diciendo que Adriano se marchaba del lugar porque había descubierto un maravilloso signo astral. El príncipe oyó también la fuerte tos de Adriano. Tras llevar a Isabel a la habitación de al lado, en la que el pequeño estuvo postrado durante su enfermedad, se apresuró a apaciguar al testarudo Adriano. Pero éste estaba fuera de sí; aseguró que aquella noche se había engendrado al más extraordinario hijo de Venus y Marte, que tenía que ir a buscar sus libros para seguir comparando sus observaciones y, como creía que el archiduque también se interesaba por ellas, apenas oyó sus objeciones. Era un auténtico preceptor; daba por supuesto que su discípulo pensaba igual que él, y por medio de su educando perseguía sus objetivos. Por hallarse el príncipe totalmente en manos de sus caprichos, al final tuvo que obedecer y vestirse para regresar con él a Gante. Mucho le hubiera gustado despedirse de Isabel, que estaba en la habitación de al lado, pero temió que si lo hacía delataría su unión a los suyos puesto que, con la prisa, Cenrio no había podido informarlo demasiado acerca del destino de Golem Isabel ni decirle que sus vecinos se habían marchado. Aquel día, estaba menos inquieto que de costumbre, pues su corazón flotaba en el goce de las primeras alegrías del amor. Acababa de abrir los ojos a la vida, ya no pensaba en caballos ni en perros de caza; por primera vez, había percibido los sonos de la cuerda amorosa de su corazón, sonido que resonaría aún en su avanzada edad en el campamento de Regensburg a los acordes de un arpa tocada por una hermosa tañedora, cuando la enfermedad y las preocupaciones por sus más queridas aspiraciones lo separaran ya del mundo. Tal vez no se hubiera convertido en el hombre incansable y ansioso de abarcarlo y compaginarlo todo si el destino no le hubiera hecho abandonar tan rápidamente aquellos amores, unos amores capaces de satisfacer por completo su alma.

Pasado ya el ruido de la marcha, durante la cual Isabel apenas se atrevió a seguir al príncipe con su afligida mirada a través de la ventana, el barco empezó a balancearse en la obscuridad, se extendieron las blancas velas y, por fin, los remeros echaron los remos al agua.

«¡Ay! —pensó Isabel—. ¡Qué de prisa avanza, para separarnos, la poderosa fuerza de las jarcias que antes se ocultaban a nuestra mirada! ¿Habrá también una fuerza invisible que vuelva a unirnos?»

Tras serenarse y adquirir nuevas fuerzas pensando en él, abrió, sin hacer ruido, la habitación de al lado, donde tenían que dormir ella y Braka, pero se quedó muy extrañada al ver las ventanas abiertas y las camas hechas y al advertir que el equipaje no estaba en su lugar. Se acercó a la cama de la anciana, la llamó sin alzar la voz, y después gritando más, pero todo siguió igual y entonces vio, a la luz de la luna, que no había ni una sola huella de su presencia; sólo agua sucia en la jofaina y algunos pañuelos colgados en las sillas. Isabel no podía explicárselo, pero tampoco se asustó. Por fin entró también, tímida y sin hacer ruido, en la tercera habitación, en la que tenía que estar Cornelius, pero tampoco allí encontró a nadie. Fue entonces cuando empezó a angustiarse ante el abandono en que se encontraba. En aquella casa no conocía a nadie más que a la repugnante señora Nietken; preferiría escapar que recurrir a ella.

Mas la casualidad hizo que se encontraran. Unos cuantos viejos de la nobleza tenían ganas de divertirse con mozas bebiendo y jugando, y no le quedaban más habitaciones que las que habían

dejado desocupadas la familia de Braka y el archiduque. Llegó con un candil para arreglarlas y, al ver a Isabel delante suyo, se asustó como si se tratara de un fantasma.

—¿Qué os pasa, señora Nietken? ¿Dónde está mi madre?

—¡Jesús, María, José! —suspiró la vieja—. ¡Qué susto! ¿Ha olvidado alguna cosa, señorita? ¡Vaya, vaya! ¿Por estos pañuelos ha vuelto? ¿Hasta dónde había llegado? En mi casa, cualquier cosa hubiera estado bien guardada, aunque se hubiese tratado de una fanega de oro.

Isabel no pudo explicarse aquellas palabras. Preguntó por su madre, quiso enterarse de dónde había ido, y se vio en un apuro porque no sabía cómo decir a la vieja que ignoraba lo sucedido. Esto fue suficiente para que la señora Nietken, que se acordó en seguida de las preguntas que le hiciera el archiduque, sospechase algún acuerdo secreto entre ambos, y como el archiduque o, mejor dicho, Adriano, que era quien llevaba la caja, la había pagado mal, intentó resarcirse con este descubrimiento.

—¡Vaya! —concluyó con una expresión curiosamente seria—. ¡Por mi alma! Jamás hubiera pensado de una señorita que se comportase tan mal. ¡Qué vergüenza! Mi buena reputación no lo consiente. La sumisa doncella tendrá que ir al puesto de guardia. ¡Que la azoten en la plaza pública como advertencia!

Isabel empezó a temblar de vergüenza e indignación. Empujada de tal manera de la felicidad al más espantoso abandono y desprecio y sin la menor experiencia, ya no vio ni oyó nada más. El espanto que le causaba la situación no le permitía creer que siguiera siendo la misma. No era la desgracia, sino el oprobio, que tan inevitable parecía, lo que podía destrozar la seguridad de su ánimo principesco. Llorando, se echó en una silla.

La señora Nietken hizo que esta desesperación royera aún más su alma con el fin de prepararla para su proposición de quedarse allí a distraer a unos buenos viejos de la nobleza. Al oírla, Isabel no sospechó nada malo; a lo más, creyó que tendría que servirles y poner la mesa, y se avino a hacerlo para poder volver a reunirse al día siguiente con Braka sin recibir ninguna ofensa. Pero todo el mal humor que notaba en su interior se vertió en las palabras que ponderó en secreto y con las que tenía intención de instar a la vieja Braka.

La señora Nietken se alegró mucho de encontrarla tan bien dispuesta. Al entrar los dos ancianos caballeros y ver la maravillosa belleza de Isabel, abrieron los ojos todo lo que pudieron y se disculparon por haber ido a su habitación. ¿Quién podía imaginarse que iban a encontrar a una joven de tan esplendorosa belleza en poder de la señora Nietken? Pero una vez rectificado el error, al decirles Isabel con gran timidez que tenía la misión de servirles, una rápida pasión enardeció la nariz y las mejillas de los dos viejos y en ambos despertaron los celos y el deseo de no permitir que el otro poseyera tan extraordinaria juventud. Por ello, los dos pusieron ceño e idearon una artimaña para hacer que el otro se alejase o para ofrecer una cantidad mayor a la señora Nietken. Pues bien, mientras saboreaban el vino con alargadas copas y jugaban a las damas, los dos aprovecharon el momento en que el contrincante realizaba su jugada para intercambiar unas palabras en secreto con la señora Nietken, la cual, muy contenta y esperanzada, pensando cuánto haría subir a la pobre Isabel en aquella subasta, les enumeró un sinfín de problemas relativos a sus propios bienes. Como todos los de su estirpe, Isabel era demasiado inteligente para no darse cuenta del peligro que corrían su amor y su libertad. Los dos viejos se estaban permitiendo ya algunas molestas indiscreciones, y ella meditó un plan para escapar del edificio. Pero, ideara lo que ideara, estaba demasiado vigilada, y nadie le permitió que saliera de la habitación bajo ningún pretexto. Cuanto más bebían los dos viejos, mayor era su vehemencia.

Empezaron a hablar de sus campañas bélicas y a discutir. La posadera tuvo miedo de que cogieran sus viejas espadas oxidadas y rompieran sus tazas y vasos; por ello se alegró mucho de poder llamar a un grupo de músicos de los que en aquella época se encontraban muy a menudo en las ferias de los Países Bajos y que cantaban ante las ventanas acompañándose con morteros de cocina que hacían chocar con unas parrillas. La alegre banda, oculta bajo grandes capas y máscaras, entró en la habitación, miró a su alrededor y, al ver a los dos ancianos caballeros tan cariñosos con la jovencita, entonaron una canción sobre la dicha de la vejez que aún puede amar y es amada:

Recobra tu juventud
con la sangre de estos labios;
si mezclas la miel y el vino
mucho te deleitará.
Enciende también un fuego
que a Amor pueda calentar:
mira, el pícaro muchacho
a zancadas llega ya.

Al oír estas palabras, Isabel fingió querer despertar la buena voluntad de los viejos caballeros mostrando una actitud de deferencia; se acercó a los músicos y les dijo que quería cantar con ellos, que cantaban muy bien, pero que tenían que prestarle atuendo y máscara. La señora Nietken sintió una alegría inenarrable, pues creía que Isabel se había abandonado a su destino sin presentar la menor dificultad, y dijo:

–Baila, cariño, que las faldas vuelen sobre tu cabeza. Voy a servir una copa de Málaga a los caballeros.

Isabel aprovechó aquel momento para ofrecer a una de las mujeres del grupo de músicos el valioso collar de diamantes que Cornelius había encontrado en la bota y colocado en su cuello a cambio de que le permitiera escapar oculta bajo su máscara y de que se manifestara dispuesta a quedarse en su lugar. La mujer quedó muy contenta con la oferta, aunque ello provocara disputas; había seis músicos, y estaban tan acostumbrados a las peleas como cualquier otra persona a peinarse, y como sólo tenían unos harapos viejos que perder, lo único que podía sucederles era que siempre salieran ganando. El cambio de vestido se efectuó detrás del biombo y terminó en seguida, y mientras la enmascarada salía a lucir su toca de oro y su collar, deslumbrando así a los dos necios enamorados, Isabel escapó. La mujer empezó a bailar y a ellos sus saltos les parecieron tan excitantes que se levantaron uno después del otro y se le echaron al cuello. Por fin, con aquel constante manoseo, se le cayó la máscara y los dos viejos caballeros se quedaron asustados al ver un rostro extraño y decrepito que se burlaba de ellos con auténtica maldad.

–¿Dónde está Isabel, granujas? –exclamó la señora Nietken, y en vez de recibir respuesta, uno de los músicos la hizo caer dándole un fuerte puñetazo.

Los viejos caballeros se acercaron corriendo, pero los vigorosos luchadores acabaron con ellos aún más de prisa. Tras amordazarlos, les quitaron de las manos las repletas bolsas de dinero con las que querían sobornar a la señora Nietken y, cerrando la puerta con llave, escaparon de una casa ya silenciosa en la que, al amanecer, después de los delirantes acontecimientos del día,

todo yacía en el suelo. Los músicos ganaron tiempo suficiente para esquivar todos los registros.

Mientras tanto, Isabel se dirigió a Gante por el sendero que tan bien conocía y a tal velocidad que al cabo de una hora tuvo que esconderse, agotada, detrás de una zarza para descansar un poco. Pasó por allí gente de toda clase en estado de embriaguez que venía también de la feria, pero no la vio nadie; sólo los perros olfatearon y ladraron. No obstante, como la zarza detrás de la que se ocultaba marcaba los límites de un término municipal y además había por allí muchos huesos que delataban para qué se usaba aquel lugar, pasó mucho rato sin que nadie se fijara en ella. Isabel quedó sumida en profundo sueño y no despertó hasta el atardecer. Como los calambres se apoderaron de todo su cuerpo, se quedó sin poder levantar siquiera un brazo o abrir los ojos, pero, de vez en cuando, oía lo que iba diciendo la gente por el camino. El ladrido de un perro la sorprendió igual que al navegante extraviado en una oscura noche de niebla los aullidos procedentes de un barco que se le hubiera acercado sin que él lo notara. Entonces oyó también unas voces y, por la manera de hablar de quienes las proferían, se dio cuenta de que eran unos guardianes de los dos pueblos vecinos. Uno de ellos dijo:

–Oye, Peter, la muerta está en tu territorio.

–Conforme –contestó el otro–, nosotros tenemos que correr con los gastos del entierro. Voy a poner aquí una piedra grande; así este terreno será nuestro y el límite pasará por el otro lado.

–¡No, diablos! –dijo el otro–. Eres todavía un mocoso, pero te muestras ya más astuto que un zorro. Antes que ceder a tu artimaña, preferiría cargar con ella aunque os perteneciera a vosotros. Bien, seguramente los dos municipios tendrán que pagar el entierro; todo esto va a ocasionar muchas molestias y gastos y seguro que habrá riñas.

–Oye, viejo –dijo el otro–, el guardia que había antes, Benedikt, el pelirrojo, me enseñó una triquiñuela; él decía siempre: «Cuando encuentro un cadáver, le noto en seguida, por su tristísimo aspecto, que no quiere Ser enterrado en nuestro territorio.» Bien, hágase su voluntad, hago una cruz sobre el Escalda, lo echo al río y el lugar hasta donde lo arrastre la corriente será la tierra adonde querrá ir..., pero, chico, que no lo vea nadie.

–Pues sí, Peter, no es mala idea; cuando no veamos a nadie, la agarraremos entre los dos y la llevaremos al agua.

Isabel quiso gritar, pero no fue capaz de mostrar siquiera la más mínima manifestación vital. Ya la estaban agarrando los dos cuando el guardián joven exclamó:

–¡Alto! ¡Déjala en el suelo! Mira qué tipo desgreñado nos manda el diablo desde el monte del patíbulo. Vayamos a los prados; dentro de dos horas habrá obscurecido y entonces no nos verá nadie.

Y, diciendo esto, bajaron juntos siguiendo los límites comunales, e Isabel pasó de un miedo indecible a una extraña somnolencia en la que vio a su padre con una magnífica corona en la pirámide de Egipto que le dibujara tantas veces, pero el hombre tenía las piernas juntas y las manos pegadas al cuerpo. Ella le dijo muy tranquila:

–Seguramente ya no puedes tenderme la mano como antaño, ¿verdad?

–No –dijo él–; de lo contrario, te hubiera socorrido ahora mismo y hubiera impedido que desenterraras al *alraun*. ¡Alégrate, te has librado de él! Tienes la inmensa fortuna de llevar en tu seno un niño que conducirá a nuestro pueblo a la patria. Pero tú padecerás aún muchas tribulaciones; no obstante, sé intrépida como el rocío de la noche que va al encuentro del sol y lo mira a la cara para que se lo lleve de este mundo.

Al desaparecer aquella visión, Isabel despertó. El sol decaía, y la muchacha pudo levantarse

sintiendo sólo una gran fatiga por todo el cuerpo. Poco a poco, se dirigió con gran sigilo a la ciudad, y, al pasar por la quinta abandonada en la que hallara protección su juventud, lanzó un suspiro; le resultaba demasiado estrecha y demasiado pequeña, por lo que corrió hacia la casa de la que tres días atrás se había marchado con curiosas esperanzas. Confiada, levantó la aldaba de la puerta; apareció la sirvienta que ya conocía, y ella se le echó al cuello, pero la criada retrocedió sin conocerla. Al decir Isabel su nombre, la muchacha lanzó un grito, dejó caer el candelabro y corrió escaleras arriba en busca de la señora gritando de tal forma que la recién llegada pudo oírla desde la entrada de la casa:

–¡Jesús, María, José! ¡Allí hay otra Isabel!

Braka, Cornelius y Golem Isabel, su joven esposa, salieron apresuradamente de la habitación para ver a la recién llegada. ¿Cómo describir su mutuo asombro? Braka fue completamente incapaz de controlarse; Golem permaneció indiferente, como si estuviera demasiado segura de su caso para confundir a su propia persona. Isabel se echó a llorar; agotada por el cansancio y el hambre, casi no tenía fuerzas para levantar los ojos. Cornelius, que de repente se encontraba en posesión de dos mujeres y era totalmente incapaz de comprender por qué se había casado sólo con una, empezó a brincar como un buscapiés –así lo llaman los pirotécnicos– de uno a otro lanzando maldiciones e improperios sin saber en realidad lo que tenía que decir. La muchacha y Braka fueron las primeras en pensar que nuestra Isabel había de ser la auténtica, pero Cornelius protestó con vehemencia porque la engalanada Golem le gustaba más que Isabel, que aún llevaba los viejos harapos de la cantante del pueblo. Isabel se limitó a pedir albergue y comida porque estaba rendida de fatiga; añadió que si al día siguiente no la querían tener más allí, podría seguir su camino sin dificultad. Pero Golem, que, como sabemos –exceptuando las pocas ideas que había recibido de Isabel por medio del espejo y que para ella no eran más que frases memorizadas– albergaba en su cuerpo un corazón auténticamente judío, no quiso tolerar ni siquiera aquello, y, temiendo que la forastera la suplantara o costara dinero, dijo a grandes gritos que si no abandonaba la casa de buen grado en el acto, o si pretendía hacer mal uso de su engañoso parecido para compartir el amor de su marido, le desgarraría con las uñas su falso y embustero rostro.

–¡Eh, hombre! –exclamó dirigiéndose a Cornelius con aire amenazador–. El hecho de que sigas aquí sin hacer nada y no le hayas roto el pescuezo hace rato me demuestra tu perversidad; has tenido tratos con ella y por esto haré chocar vuestras cabezas de tal manera que se os pasen para siempre las ganas de besaros. ¡Adúlteros!

Cornelius sintió un miedo terrible de la fuerza que demostraba su mujer; fingió, pues, mayor irritación de la que sentía en realidad y, alzando su bastoncillo, exclamó:

–Detestable, señorita, te voy a castigar.

Braka casi no pudo aguantarse la risa al ver su cómica cara de cornudo y lo furioso que parecía estar; pero Isabel bajó sola y con todo sigilo; Cornelius golpeó la barandilla, retrocedió y dijo:

–Le he dado un par de azotes que va a recordar toda su vida.

Como recompensa, Golem le dio un beso y lo llamó su querido esposo. El siguió sin sospechar que había rechazado a la hermosa Isabel por una muñeca de barro, pues, por desgracia, en la noche de bodas, Golem Isabel le aplastó los dos ojos augures que conservaba en la nuca. Lo hizo sin saberlo, pues no podía sospechar que en aquel sitio hubiera unos ojos. Cuando se poseen facultades extraordinarias, es fácil que sucedan desgracias de este tipo; me acuerdo de un orador

muy entusiasta que había perdido por completo esta facultad desde que los que le escuchaban, en una ocasión, para hacer una prueba, lo rociaron con agua fría durante tal momento de entusiasmo.

Isabel tomó la firme decisión de buscar la protección del archiduque. Reconoció el palacio desde lejos, pues sobresalía por encima de los demás edificios. Y a pesar de que su corazón latía con fuerza, de que le temblaban las rodillas y casi le fallaba la voz, consiguió por fin decir al portero que tenía que hablar sin falta con el archiduque. El portero era un hombre de avanzada edad que actuaba completamente conforme a los intereses del viejo Adriano, el cual hacía vigilar con la mayor escrupulosidad la inocencia del príncipe para alargar su vida. El viejo portero hizo entrar a Isabel a una habitación, se dirigió en secreto a Adriano y le comunicó la noticia de que una muchacha sospechosa preguntaba por el archiduque. En aquel momento Adriano se encontraba precisamente en su estudio cenando; aquella noche tenía pollo asado, y estaba solo, pues solía comer sin compañía. Frunciendo el ceño por la cólera, mandó que le llevaran a la muchacha. Isabel fue conducida a aquel lugar y se asustó por no encontrar allí al príncipe, pero después, al ver al digno y fuerte Adriano, se sintió muy tranquilizada. El la miró y se limitó a decir:

–¡Qué curioso, qué curioso!

Ella miró el asado e, impulsada por el hambre que estaba pasando, acercó una silla a la mesa frente a él, se cortó un trozo de pollo y se lo comió con el apetito de un desgraciado que no hubiese probado bocado en dos días. Adriano sacudió la cabeza y repitió:

–¡Qué curioso, qué curioso!

Entonces le puso delante unas frutas hervidas que acompañaban el asado y le sirvió un vaso de vino.

–Eres una joven muy extraña –dijo Adriano–. Di, ¿cuándo naciste? Quisiera examinar tus signos.

–¡Ay, noble señor! –dijo Isabel–. No puedo acordarme. Seguro que en aquella época aún era muy tonta.

–¡Qué curioso, qué curioso! –dijo Adriano–. Pero ¿cómo se llamaba tu padre?

–¡Ay, mi pobre padre! –contestó Isabel–. ¡Si él lo hubiera sabido!

–¡Qué curioso, qué curioso! –dijo Adriano–. Bueno, no quiero conocer tus secretos.

–¿Pero es que el archiduque no va a venir pronto? –preguntó Isabel.

–¡Qué curioso, qué curioso! –dijo Adriano–. ¿Tal vez pretendes incluso que te lleve adonde está él? Eso no puede ser.

–¡Ay padrecito! –repuso Isabel en tono lisonjero–. Hazlo, tengo que hablar con él, llévame adonde está, seguro que se alegrará. ¡Le tengo tanto cariño!

«Una extraña muchacha –susurró Adriano para, sí–. Hace de mí un mensajero de su amor; quién sabe si por medio de estos amoríos no podría unir al despreocupado príncipe a alguna persona. No va a ser posible mantenerle mucho más tiempo apartado del trato con mujeres, ya hay muchas que se interesan por él y que podrían llevarlo por malos caminos. Esta, no obstante, parece aún inocente, y joven.»

Gracias a la lectura de los escritores de la antigua Roma, la religión era para él una especie de perspicaz ciencia de la naturaleza.

–¿Qué estás diciendo, padrecito? –preguntó Isabel.

–Voy a llevarte pronto a ver al archiduque –dijo Adriano–; espera un poco, y si estás cansada

podrás recobrar fuerzas en mi cama y decirme con toda confianza de dónde eres; yo guardaré el secreto.

Convencida de que podía hablar con el corazón en la mano, Isabel le explicó con toda sinceridad cuál era su suerte; de una sola cosa le era imposible hablar: de su encuentro con el príncipe en Buik; dijo, pues, que, en medio de la multitud, había perdido de vista a la vieja Braka. Tras oír todas estas cosas, Adriano quedó sumido en profundas reflexiones y diversos cálculos; entretanto, Isabel se durmió. Adriano, cada vez que creía haber llegado a alguna conclusión acerca de ella, se acercaba a su cama, se inclinaba con tiento y la miraba extrañado; lo que le parecía verdaderamente curioso era que en su duro lecho de clérigo estuviera durmiendo una muchacha.

Por fin, Adriano oyó entrar en el palacio al archiduque, el cual había estado cenando con el conde Egmont. Esperó un rato y luego se marchó, sin que Isabel se diera cuenta, para ir a ver al príncipe a su habitación. Cenrio, muy sorprendido por su visita, le hizo señas para que entrara sin hacer ruido, pues, según dijo, su señor estaba muy cansado y se había quedado profundamente dormido en el acto. Adriano se acercó a la cama, vio el rubio cabello del archiduque recogido, como de costumbre, con una red de oro, e, indicando con un gesto de la mano que siguiera descansando, se retiró. Entre risas, Cenrio se mordió un dedo y empezó a retorcerse y a levantar la pierna de pura diversión. El peligroso engaño había salido bien. Adriano había creído que el muñeco relleno que él había puesto en la cama era de verdad el archiduque, el cual, mientras tanto, dejándose escapar a la auténtica Isabel, se desesperaba intentando revivir con Golem Isabel los placeres amorosos que tanto le fascinaron la primera vez. Se daba el caso de que, por la mañana, el archiduque, por medio de Cenrio, había inducido a Golem Isabel —que, aparte de los pensamientos amorosos de la verdadera Isabel, tenía un vulgar corazón judío— a que aceptara su visita nocturna después que el hombrecillo-raíz se retirara a descansar con una poción soporífera que el príncipe había enviado a la falsa muchacha. Braka también estaba enterada y tenía el encargo de ocupar el lugar de Golem Isabel en la cama, porque el pequeño era tan celoso que, incluso durmiendo, le mantenía un dedo sujeto con las manos; su única manera de hacer caricias consistía precisamente en besarle de vez en cuando aquel dedo. El archiduque entró a hurtadillas en la casa cuando el pequeño, que seguía aún muy extrañado a causa de la aparición de la segunda Isabel, acababa de irse a descansar. Hasta que Golem Isabel pudo deshacerse de él y acudir al lado del archiduque, éste tuvo que esperar bastante. Entonces el príncipe mostró una gran curiosidad. Quiso saber cómo le habían ido las cosas a la muchacha, cómo se había casado con el señor Von Cornelius y qué se había hecho de la Golem que el judío modelara por orden suya para engañar a su marido. Golem Isabel respondió a todo con tal naturalidad que él no concibió la menor sospecha de que ella era la muñeca, pero sobre todo la creyó porque consideraba que el engaño sensorial no era capaz de burlar su vista de lince. Golem Isabel le dijo que primero Cornelius había mostrado sus celos y había manifestado un gran enojo por creer que existía algún acuerdo entre ella y el archiduque, y que luego la había obligado a contraer matrimonio con él en el pueblo más cercano, hecho del que esperaba resarcirse disfrutando del amor del archiduque. Aquella hora misteriosa no era la más adecuada para largas controversias. El archiduque que había evocado a la ligera el concurso de la magia para favorecer sus apetencias, veía ahora que la magia lo defraudaba en sus deseos. En el amor es todo tan sincero que cualquier engaño es capaz de perturbar la libre confianza, igual que una piedra falsa en el más extraordinario anillo. ¿Y no había engañado el archiduque a Isabel sometiéndola gracias a su

habilidad? El motivo por el cual la sacrificó con tal vehemencia y rapidez a su voluptuosidad no fue sólo amor, sino, además, el deseo de vengarse porque se creía engañado.

Cuando, al amanecer, las cornejas, el único pájaro cantor que hay en las grandes ciudades, empezaron a dejarse oír y Cenrio despertó a su señor, el archiduque no acertó a comprender qué había echado en falta en medio del deleite; estaba triste y dolido porque no era capaz de sentir la misma alegría de la otra vez, antes de separarse de Isabel en Buik. Le dio incluso la sensación de que la persona que se había quedado adormilada a su lado no era la misma, y si ella no se hubiera marchado antes con todo sigilo, a buen seguro que hubiese apartado los negros rizos de la frente en su nocturna compañera para descubrir la palabra de la muerte. Maldiciendo la noche, se juró a sí mismo que aquel camino, por el que se dirigía disfrazado a su palacio, nunca más volvería a recorrerlo. Al llegar a él, Cenrio le contó el peligro que había corrido de ser descubierto por Adriano.

Mientras tanto, el viejo Adriano se vio en un apuro mucho mayor. Al dejar la habitación en que «dormía» la figura de trapo, no tardó a reprocharse que se le hubiera ocurrido la idea de favorecer los amoríos del archiduque. De no haber mandado decir al portero que cerrara el palacio con llave con el propósito de hacer salir a la joven sospechosa por la puerta de detrás, habría echado a Isabel sin la menor compasión. Los centinelas nocturnos estaban repartidos ya por todos los pasillos, y si hubiera hecho salir de su estancia a la muchacha a tan altas horas de la noche, los murmullos perversos habrían sido inevitables. Así pues, tuvo que resignarse, armarse de temerosa paciencia y ceder su propia cama a la hermosa y fatigada Isabel en tanto que él se proponía mantenerse alejado de cualquier tentación echándose en un duro lecho penitencial. Pero poco después, al sentir la irresistible necesidad de beber agua, se vio en un apuro, ya que Isabel se había llevado el vaso a la cama. Como no tenía otro y la sed lo apremiaba mucho, tuvo que levantarse y vio a Isabel; respirando de prisa y mostrando el cálido rubor del sueño profundo, se hallaba en una hermosa posición. Nunca había contemplado nada igual; ni él mismo podía comprender por qué se veía obligado a beber tan despacio y era incapaz de apartar de una vez la mosca que volvía con reiteración al ángel durmiente. Por fin, sintió el aguijón de una especie de veneración divina que hasta entonces sólo había pasado de manera totalmente superficial de los poetas latinos a su retórica. Venus se había hecho carne, la invocó en voz baja con los versos de Horacio, y nadie habría podido prever a qué hubiera llegado bajo la seducción de aquella ridícula sabiduría escolar si, en medio de su papel de Adonis, no hubiese visto en el espejo su tonsura y su cabello gris. Le dio la sensación de haber visto a un santo emborrachándose con el vino consagrado antes de morir, y se estremeció. Con un suspiro se echó sobre las duras tablas del suelo, pero ya no pudo dormirse, pues tenía la mente ocupada con sus pensamientos, pensamientos que eran ora de arrepentimiento, ora pecaminosos, ora reflexiones sobre la manera de salir del apuro, de alejar a Isabel sin dejar de cuidar de ella. También le pareció que no podía apartarse de la joven. Al cabo de un rato, su mirada se detuvo en la ropa de un muchacho que había estado mucho tiempo a su servicio y al que al final echó a causa de su malicia. Aquella ropa le pareció muy adecuada para hacer salir a la muchacha sin que llamara la atención. Cuando, al despertarse frotándose sus grandes ojos, Isabel preguntó muy asustada dónde estaba y casi se echó a llorar, el buen anciano tuvo que ofrecerle su consuelo. Le rezó un avemaría, que ella repitió con gran devoción, y entonces le dijo que debía tener paciencia, que no podía llevarla a ver al archiduque porque su conciencia se oponía a ello, pero que tenía intención de cuidar de ella, y le preguntó si podía aconsejarle un lugar donde encontrarle alojamiento, pues él no

conocía a nadie que pudiera dárselo. Añadió que el muchacho de que le hablaba vivía en casa de unos parientes pobres y había ido allí cada día por la mañana y por la tarde para saber si tenía que hacer algún recado o cualquier otra cosa, y que si ella quería ponerse aquella ropa, vestida con el atuendo del muchacho podría prestarle los mismos servicios que los elegantes lacayos llevaban a cabo con gran negligencia. Isabel aceptó el consejo del anciano pues comprendió que, disfrazada de aquella guisa, se le podría presentar la posibilidad de ver al archiduque, cosa que deseaba en gran manera. Se apresuró a vestirse con su nuevo atuendo, pero como no sabía de qué manera tenía que ponerse aquellos pantalones llenos de aberturas y atados con múltiples corchetes, ni tampoco el jubón, el anciano sacerdote, sin poder evitar la risa, tuvo que ayudarla. La muchacha le explicó que tenía intención de ocultarse otra vez en la casa solariega y que, como sabía obscurecer su piel con la savia de las plantas, nadie creería que era una muchacha. Adriano vio perfectamente que a través de las palabras de Isabel hablaba la sagacidad de su pueblo, y como temía alguna traición sintió un gran alivio al verla fuera del castillo atravesando la plaza, donde los niños que jugaban empujando unas ruedas la llamaron creyendo que era su antiguo compañero, el antiguo mozo de Adriano.

Aquella fue su última congoja del día. Después se dirigió presuroso a ver al archiduque y, al encontrarlo todavía durmiendo –puesto que había perdido la noche–, le dio una sacudida y le hizo un largo sermón sobre la pereza diciéndole que, al igual que en un mar sin fondo, en ella la virtud no puede anclar, sino que se pierde. Añadió que no había querido molestarlo al atardecer por ser las horas que preceden a la medianoche aquellas en que se duerme mejor, y que cada una es más valiosa en aquel momento para el cuerpo y para el alma que dos después, pero que una vez ha salido el sol no está bien seguir roncando. Podía pasarse horas hablando de aquel modo sin parar; en aquella ocasión lo único que consiguió fue que el archiduque volviera a dormirse en seguida, de manera que el anciano acabó levantándose malhumorado de su silla y se dirigió hacia donde se encontraba Cenrio para demostrarle que aquella supuesta obra de Pedro Lombardo que había encontrado en Buik o bien era inventada o bien pertenecía a una época del autor en la que ya había abandonado su espíritu y sus principios. Cenrio se mostró muy sorprendido, pero para sus adentros el pícaro se rió de que el viejo mamotreto hubiera costado al erudito tan prolongada investigación. Luego le preguntó por la curiosa unión estelar que observara en Buik, y Adriano le contestó que aquella noche fue engendrado un poderoso soberano oriental, pero que no podía llegar a saber dónde. También respecto a este punto, Cenrio estaba en secreto mucho mejor informado a pesar de que le preocupaban algunas cosas que no era capaz de rimar, tal vez porque la naturaleza sólo quería producir asonancias. No pudo llegar a saber, por ejemplo, dónde había quedado Golem Isabel ni tampoco cómo volvió Isabel junto a la vieja señora Von Braka después de que ésta la dejara en los brazos del archiduque. Todo esto eran cosas que, a causa de la falta de tiempo y el exceso de testigos, no podía considerar aún con el archiduque. Cuando el anciano hubo salido de la habitación diciendo: «¡Qué curioso, qué curioso! ¡Daría cualquier cosa por descubrir a este niño prodigio!», Cenrio empezó a hacer preguntas al archiduque, quien estaba muy extrañado por haber suspirado en pleno deleite por una Isabel perdida.

–Cierto, la que yo amaba, la que en el umbral de mi vida desapareció cual tenue aurora al brillar el sol, se ha perdido para mí. En vez de aquella divina imagen, abracé a un ser terreno que me atraía hacia sí con vil ardor, y ante el cual mi corazón retrocedió y retrocede todavía. ¡Ay! ¡Y pensar que millones de personas tienen la vista fija en mí! ¡Ojalá pudiera transformarme en un pobre peregrino! ¡Con qué ímpetu recorrería el mundo lanzando mis lamentos a los cuatro

vientos en busca de aquella a la cual pertenezco! Y si no la encontrara, pasaría la vida en pena como un eremita en las silenciosas capillas de Montserrat. Este sería mi deseo, Cenrio, y como no puedo conseguirlo, tampoco realizaré muchas de las cosas que el mundo quiere que haga.

Cenrio era uno de aquellos preceptores que cometen el error de querer mantener a la venerada juventud alejada de todo pensamiento serio, como si se tratara de una corriente de aire. Tales preceptores quieren formar a los jóvenes en el placer, pero éste no abunda en la vida de un príncipe, y hay en cambio en ella mucha renuncia. Ante su puerta, la broma se detiene y la seriedad reina como un viejo fantasma en palacio. Cenrio prometió al príncipe que se informaría debidamente en Buik para aclarar el enigma y se dirigió presuroso hacia aquel lugar.

Mientras tanto, fue anunciada al archiduque la visita del señor Von Cornelius y el príncipe accedió a recibirle porque, para asegurar sus amoríos, había prometido a Golem que le proporcionaría una colocación con tal que presentara un certificado en el que un elevado número de caballeros de reputada condición atestiguaran que era una persona.

El pobre diablo se pasó toda la mañana corriendo de un lugar a otro para que los caballeros le escribieran su opinión acerca de su condición humana, pero con gran asombro vio que la mayoría abrigaba mayores o menores dudas al respecto. Todos los certificados fueron expedidos condicionalmente; así, por ejemplo, el barón de Vanderloo decía: «Sentado detrás de una mesa podría pasar por una persona como Dios manda, pero sería mejor que no se pusiera nunca de pie, pues tiene las piernas desproporcionadamente cortas en relación con el resto del cuerpo, circunstancia que lo hace parecerse mucho a un perro zorrero disfrazado.»

El señor Von Meulen declaraba que Cornelius habría sido un hombre absolutamente impecable si no se hubiera dado el caso –que él consideraba muy probable– de que el cuerpo de su madre hubiera sufrido fuertes calenturas y que, por tal motivo él, igual que un pan quemado que se hubiese cocido en un horno demasiado fuerte, se había agrietado y encogido.

El conde de Egmont escribió en su documento: «Considerando que en determinadas circunstancias bélicas es muy importante ocultar la propia fuerza al enemigo, podría ser de gran utilidad metido en el bolsillo del pantalón de cualquier soldado diestro, pues podría asomar el mosquete desde su escondrijo y asustar al adversario con un disparo inesperado.»

Todos ellos lo convencieron de que aquellas opiniones y otras parecidas eran muy *favorables para su colocación, por lo que el pequeño* las llevó al archiduque. Este las leyó de arriba abajo reprimiéndose la risa y, acto seguido, le prometió un puesto adecuado en un regimiento que tenía intención de crear pronto y para el cual había inventado un nuevo tipo de casco provisto de un cascabel que le daban sonoridad y dotado de dos largas orejas que lo hacían visible. El pequeño se mostró encantado con la idea de que sus deseos se cumplirían pronto. En toda su vida no había visto otro bufón que el de Buik con el que, creyendo que era militar, intentó probar la fuerza de sus armas. Por este motivo se manifestó también muy bien dispuesto a recibir al archiduque en su casa; éste le preguntó por su joven esposa y expresó el deseo de conocerla. Se decidió que aquel mismo día el señor Von Cornelius daría una fiesta en su mansión. A pesar de que el príncipe no había quedado satisfecho de la noche anterior, a despecho de suponer que un ser encantado se estaba burlando de su amor, un deseo irresistible lo empujaba hacia Golem. Era un impulso completamente distinto del que había intuido, pero no podía negarlo ni rechazarlo; tampoco podía negar que aquel sentimiento exigía algo concreto, algo posible, en tanto que el otro tal vez se estaba marchitando como un sueño en el infinito. En tal estado de escisión anímica, la inmaterialidad e inseguridad de aquellas sublimes alegrías se le antojaron incluso

vacías y despreciables en comparación con aquella patente victoria de su sensualidad.

A la mañana siguiente, Isabel recorrió, muy triste, el camino hacia la casa solariega en que esperaba poder entrar sin ser vista deslizándose por unos agujeros del muro del jardín que ya conocía. Pero, cuando estaba cerca del cementerio, se encontró con el pobre hombre de la piel de oso que, al recontar su tesoro, se había entretenido demasiado rato en el ataúd. Al ver a Isabel, no pudo contener las lágrimas y, tomándola de la mano, le preguntó qué hacía la dulce y joven señora y le explicó que en seguida se había dado cuenta de que la había suplantado una falsa imitación, pero que no se atrevió a decir nada por miedo a perder su trabajo. Isabel le pidió que guardara silencio, que, desde que había sido recibida tan indignamente en la casa, sentía una irresistible repugnancia por Braka, por Cornelius y por todos; y añadió que, por lo tanto, no podía decidirse a someter su principesca libertad a la coacción de la ciudad y quería volver a vivir en su vieja casa hasta encontrar personas de su pueblo libres. Luego la muchacha le preguntó cómo había sucedido todo y por qué no había aparecido aquella noche. El le explicó que la falsa Isabel lo había apostado en la casa para hacer entrar por la puerta trasera al archiduque, que llegaría tarde. Al oír tales palabras, Isabel le tapó la boca y dijo que habiéndole robado aquella desgraciada impostora lo último que le daba consuelo en el mundo, el amor del archiduque, no quería oír nada más. La desesperación invadió su alma y sintió un gran alivio al llorar; buscó refugio en el hombre de la piel de oso y no lo soltó hasta pasada tal vez una hora. Fue una suerte que estuvieran en un camino tan poco transitado, pues hubieran llamado la atención. Mientras volvía a calcular cuánto tiempo de servicio le quedaba todavía, el hombre de la piel de oso dejó que las lágrimas lo rozaran, como lo hubiera hecho un molino contento de que su rueda fuera la única que pudiese funcionar gracias al roce de un hermosísimo salto de agua. Al final, temiendo el hombre llegar demasiado tarde, no encontró otro medio para deshacerse de ella que abrir una ciruela agusanada que se había caído del árbol y decir:

—Cualquiera de estos gusanos es muchísimo más afortunado que nosotros, los hombres: cuanto más tiempo vive, tanto más dulce está la fruta, pero lo que me parece desgraciado por parte del animal es que lo haga todo en su morada, pues con ello echa a perder su propio placer.

En su candidez, no pensó que todo lo que había coleccionado en su propia vida no era otra cosa que lo que los gusanos amontonan en la noble fruta. Isabel estaba demasiado triste para hacérselo notar, pero lo soltó y él la dejó presuroso asegurándole por lo más sagrado que, a cambio de una nimiedad, estaba dispuesto a ir a verla todas las noches y proporcionarle lo que necesitara.

Ella no se detuvo a pensar en qué necesitaba: le faltaba todo. Con total indiferencia por todo el mundo se dirigió sin la menor precaución a la casa encantada y abrió la puerta de la manera que le era conocida. No se perdió en consideraciones sobre la inconstancia de su destino; desde que el archiduque había dejado de amarla, se sentía completamente deshonrada, sin seguridad ni dignidad; quería olvidarlo y, no obstante, al pensar dónde estaría en aquellos momentos se sentía atemorizada. Aquella idea, más que el hambre, fue lo que la impulsó a regresar a palacio, pero en tal ocasión encontró la estancia de Adriano cerrada con llave porque éste se hallaba en su interior discutiendo con unos clérigos. Se encontraba indecisa en el oscuro corredor de palacio cuando llegó el archiduque, el cual, dada la débil iluminación, la tomó por el antiguo mozo de Adriano, al que hacía tiempo había conquistado mediante pequeños obsequios, y le dijo que cogiera una antorcha y le iluminara el camino hasta la casa del señor Von Cornelius. Isabel cumplió su orden a toda prisa, encendió una antorcha y se puso en marcha delante de él. El archiduque estaba muy

excitado: un íntimo amigo suyo acababa de llegar de España con la fundada noticia de que la lucha de su abuelo con la muerte, que lo amenazaba desde hacía ya mucho tiempo, no podía durar demasiado, y añadió que en vano intentaba huir de ella trasladándose de una ciudad a otra como algunos enfermos de una cama a otra, que por fin Carvajal, Zapara y Vargas le habían hecho comprender que se acercaba su última hora y que con el fin de enmendar su injusticia para con Carlos, había nombrado regente al cardenal Jiménez en vez de dar tal cargo a Fernando y había dejado a Carlos como indiscutible heredero según la ley. El círculo magnético del cercano reinado inquietaba el ánimo soberano de Carlos como una aurora boreal a la aguja magnética. Estaba tan ensimismado con todo ello, que no dirigió a Isabel ni una sola mirada, sino que, sin prestarle la menor atención, siguió el resplandor de la antorcha y le ordenó que esperara delante del edificio hasta que regresara.

¡Pobre Isabel! Como un espíritu bueno que ya no pudiera prestar más ayuda, apagó su antorcha. La seria mirada y el tono de voz del archiduque le hicieron perder todo el valor para hablarle. Dándolo por perdido para su amor, se encontraba sumida en profundas reflexiones cuando el griterío de una banda de músicos la despertó de su profundo dolor. No oyó la canción con la que intentaban conseguir una limosna en la iluminada casa, pero el recuerdo de los que la habían salvado de las garras de la vieja y de aquel miedo superado penetró en su corazón. Temía por su futuro y, sin embargo, no sabía qué más podía perder. No obstante, las personas que aún no han llegado a ver las grandes acciones para las que una mano superior las prepara, poseen una fuerza que las sostiene y que, en círculos corrientes, puede darles la apariencia de seres irresolutos, pero, como presienten que están llamados a grandes cosas, rehuyen la fuerza represiva del mal, y sólo la fe absoluta, que no les falta en los grandes momentos, es capaz de darles confianza y audacia en las banalidades de la vida. A pesar de saberse aniquilada, Isabel notaba en su interior un deseo que la sostenía. Su abandono y lo que pudiera sucederle entre la multitud de personas que deambulaban aquella noche por la ciudad la asustaban. Se escondió entre las columnas de una capillita de la Virgen María que había, completamente abandonada y sin iluminación, al lado de su antigua vivienda. Pero el grupo de músicos que podía oírse delante de la casa era muy distinto de los burdos cantantes de la feria. No eran mendigos ni ladrones, sino jóvenes de todas las ciudades que cada día, al atardecer, se reunían con sus laúdes para cantar lo mejor que podían todo tipo de canciones. Lo que recaudaban, o bien lo gastaban juntos alegremente hacia el amanecer antes de despedirse, o lo regalaban a las muchachas que habían persuadido para que los acompañaran. Aquellos cantantes eran tan populares en las ciudades que a los padres les resultaba imposible llevar a sus niños a la cama antes de que pasara el cortejo y, aunque los chicos preferían el redoble de tambor que anunciaba el cierre de las puertas de la ciudad al atardecer y corrían tras el tamborilero, a las niñas les gustaba más escuchar a los cantantes y los seguían hasta la vuelta de la esquina. Después de que llegaran a los oídos de Isabel varias canciones –unas, desvergonzadas; otras, tristes–, un joven estudiante errabundo se colocó delante de la Madre de Dios, y la luz procedente de las ventanas de la casa iluminó su triste semblante. Entonces empezó a cantar una canción que en aquella época entonaba todo el mundo y que denotaba tal vez una especial emoción:

La noche inmensa ha llegado,
ya nadie me puede ver,
no he de ocultar ya mi llanto

al ir a ver a mi amada.
El sereno da las horas,
dolor aqueja al enfermo,
heridas sufre el amor;
junto al cadáver, los cirios.

Hoy se me ha muerto la amada,
con mi enemigo se unió.
Mi amor lo oculta el dolor.
Mis lágrimas, infinitas,
estrellas son de fuerte luz.

Aquí la luz dolorosa,
la niebla en la lejanía,
fantasmas en derredor.

Dentro, tañidos salvajes,
las personas me rehuyen
o me cercan compasivas.
¿Soy también como vosotros?
De día me ocultó el bosque,
la noche me ha liberado.
Cuando mi amada despierte
será eterna mi aflicción.

Al palidecer los astros,
¡qué feliz estaba aquí!
¡Ay, al dejarme mi amada,
de mí se olvidaron todos!
Nada sabe de mí el sol,
tampoco la tierra verde.
La luna me es una carga,
de noche brotan mis lágrimas.

Entonces se interrumpió; echándose la capa a los brazos, sacó un farolillo, fue a buscar un cirio encendido, lo colocó delante de la imagen de la Santísima Virgen y siguió cantando en otro tono:

No sabe de mí mi madre,
no sabe de mí mi padre.
Esta luz, para la Virgen.
Creo en un padre del cielo.

En el momento en que la luz iluminó al joven, Isabel recordó haberlo visto varias veces

cuando por casualidad miraba a la calle. No sin motivo creía ser ella la causa de su aflicción, puesto que él creía que estaba casada. ¡Qué amor tan fiel sin que ella se enterara, mientras que el amado de su alma, al que se había entregado de manera tan exclusiva, la abandonaba en despreocupado engaño! ¿Debía entregarse a él como si fuera una limosna? ¡Ella ya no se tenía en la menor estima! Con su amor podía salvar una vida piadosa. Se disponía ya a saltar hacia el orante, a darse a conocer y renunciar a su linaje y a su pueblo cuando la luna, cual faro, salió por detrás del campanario piramidal que se presentaba ante sus ojos como una sombra. Entonces pensó en las pirámides de Egipto y en su pueblo, y tales pensamientos casi le hicieron olvidar su destino. Mientras tanto, se le acercó un muchacho que deambulaba por allí con un plato sobre el que estaba pegada una vela. Además de algunas monedas, había en él unas cuantas peras y manzanas –que eran dádivas infantiles– y restos de la cena. La sed la torturaba y, pensando que el chico le estaba ofreciendo todo aquello, cogió una pera y se la llevó a la boca. El niño la miró extrañado y le dijo que se la pagara. Ella, perpleja, se metió las manos en los bolsillos pensando que encontraría dinero, pero lo que había era un botón arrancado que el mozo que llevó antes aquella ropa había dejado allí, olvidado. Cuando lo echó en el plato, el muchacho se echó a reír y llamó al alegre grupo. Entonces le dijeron que, a falta de dinero para pagar, tenía que cantar una canción; empezaron a tirar de Isabel y a acosarla. Acabó tropezando con una piedra y, vencida por el dolor, cantó:

Quien choca con una piedra,
brincos empieza a dar
con gritos de dolor.
¿Vais a llamar a esto canto?
¡Dolor! ¿Cómo iba a cantarte?
Soportarte me cuesta demasiado.
Corazón, ¿a quién voy a llevarte?
Ya nadie te quiere;
perdí amor y honor.

Isabel hizo salir de su garganta estas palabras con tal miedo que el triste cantor dejó de orar, se levantó y, sin mirarla, le echó el plato de las frutas y el dinero en el gorro con que, tímidamente, como si fuera una jofaina de agua bendita, ocultaba la mitad de su rostro derramando en él sus lágrimas. De haberla reconocido, le habría dado más, se lo hubiera dado todo, pues él le pertenecía por entero. Pero los afectos inocentes son tan hermosos que hacen el bien incluso cuando un destino superior no les permite obtener satisfacción. Al realizar aquella buena obra, el pobre estudiante sintió, sin saber cómo, un gran alivio. Su humildad no le permitió mirar a los ojos a la persona a quien había aliviado; hizo, pues, que el grupo continuara su camino entonando sus hermosos cantos y no siguiera inquietando al pobre muchacho –por tal había tomado a Isabel– exigiéndole que cantara.

Al quedarse sola, Isabel se postró en el mismo polvoriento lugar en el que el pobre estudiante había estado arrodillado y donde había dejado al marcharse su cirio y un ramo de flores. Las flores despedían un perfume que encantó a la muchacha, y la Virgen María la miró con tal ternura que ella sintió que el pecado de su pueblo estaba perdonado.

–Santísima Madre –suspiró–, ¿has perdonado nuestro delito, nos acoges a pesar de que nosotros te rechazamos?

Entonces creyó ver que la Virgen María asentía gentilmente con la cabeza, y su corazón quedó sumido en tan profunda meditación que casi no se percató de la multitud de personas que, a medianoche, salieron del edificio.

Unos pajes del archiduque que estaban borrachos iban contando que, una vez dormido el pequeño Cornelius con el jarabe de adormidera, lo habían metido debajo de la estufa atando sus brazos y piernas a las cuatro patas de ésta, con lo que quedó suspendido en el aire, y comentaron que era una lástima que no hubiera llegado a encenderse, pues habría podido entonar como la cosa más natural el canto de los jóvenes en el horno de fuego. Hablando de todo aquello pasaron de largo sin ver a Isabel. Ella, por su parte, tampoco los advirtió y, al final, una vez apagada la lucecita del estudiante, fue trasladada, con los ojos abiertos y visionarios, a otro mundo. En su regazo, vio a un niño muy parecido al archiduque, ante el cual se inclinaban numerosos pueblos, y quedó ensimismada con aquella visión. Pero en medio de aquel éxtasis la voz querida del archiduque la despertó con estas palabras:

–¡Despiértate, muchacho! ¡Enciende la antorcha e ilumíname el camino!

Ella se levantó tambaleándose y vio que Golem Isabel, envuelta en una capa negra, lo acompañaba hasta la puerta con una vela. El archiduque, mucho más subyugado por el placer sensual y menos preocupado por las exigencias superiores del amor, se acercó a la falsa Isabel y le dijo:

–Bien, mañana por la noche volveré, y también pasado mañana, y todas las noches. Y cuando sea el soberano de un pueblo poderoso que, al igual que nosotros, olvide las necesidades de la vida entregándose al gozoso placer, vendré también de día.

–No olvides las perlas que me has prometido –dijo Golem. Isabel había ya encendido su antorcha con la vela de su doble. Su gorro con las frutas seguía en la capilla, y como la capa le cubría su atuendo de muchacho, al reconocerla como en Buik a la luz de la aurora, el archiduque se asustó y, pasándose la mano por la frente, exclamó:

–¡Santo Dios, son dos!

–¿He de volver a verte a ti, que eres obra de Dios y fuiste creada antes que yo? ¿Tendré que estremecerme al verte por recordarme tu presencia que carezco de vida? –gritó Golem cogiendo una horquilla de oro en forma de flecha para pincharla. Pero el archiduque, al ver entonces con espantosa claridad lo que negara hasta aquel momento, retuvo a Golem Isabel agarrándola por el pelo de modo que se le cayeron las trenzas. Al ver escrita la palabra *Aemaeth* en lo alto de su frente, borró en seguida la primera sílaba, y al instante Golem se desplomó transformándose en tierra. Su capa quedó sobre la masa informe como si se tratara de una doncella a la que hubiera llamado mientras sacaba arena de la mina de la ciudad y que por ello hubiese tenido que abandonar el lugar dejando su manto encima para que nadie se llevara su montón. Pero ni el archiduque ni Isabel sentían el menor deseo de poseer aquel tesoro de tierra. El archiduque, presuroso, tomó en brazos a Isabel –a quien se le cayó la antorcha de la mano– y, envolviéndola en su propia capa, la llevó a la cercana fuente. Allí se pasó por la cara y las manos la fuerza limpiadora de sus cristalinas aguas, en cierto modo para borrar toda huella de su adulterado contacto con la tierra. Y después de tal manifestación de inocencia, besó los amados labios de la auténtica Isabel, le confesó el origen de sus extravíos y le pidió que le explicara cuál había sido su suerte y cómo había conseguido aquel atuendo. Isabel se vio de nuevo en posesión del tesoro perdido. No obstante, aunque le hubiera gustado mostrarse plenamente contenta, siguió respirando con dificultad. Eran los mismos rasgos amados, pero sin el frescor que el inocente

pierde con tanta facilidad al entrar en contacto con el mundo. Era algo así como lo que los buenos catadores de vino ven en un barril lleno de líquido noble con una pequeña cantidad de zumo vulgar: el vino sigue siendo claro, de buena cosecha, pero ya no es puro. Carlos estaba alegre, pero lo cierto era que quería estarlo para borrar su error, en el que, no obstante, volvía a pensar alguna que otra vez. Cuando Isabel le contó su historia, el incidente con el viejo Adriano le llamó tanto la atención, por tratarse de un antojo tan impropio del viejo mentor, que Isabel no pudo comunicarle su indecible dolor, su renuncia y su deseo de regresar a Egipto. Carlos, que, aunque perdido en caricias, estaba tan inquieto por las alegrías de su próxima soberanía que había recobrado la serenidad, decidió jugar una broma a Adriano, al que tenía intención de enviar a España para vigilar a Jiménez después de su nombramiento solemne, a fin de que se percatara con toda claridad de que su misión como preceptor había llegado a su fin.

Aquella misma noche tenía que reunirse el Consejo de Estado, cuya presidencia ostentaba Adriano. Siguiendo las instrucciones recibidas de Carlos, Isabel debería entrar en la sala al terminar el consejo, acusar al cardenal de haberla dejado abandonada y exigir contra él un juicio para juzgar su proceder. La muchacha consideraba que su deber era olvidar todas las ofensas y angustias junto a su amado y no prestarse a semejantes bromas, pero al ver al archiduque tan animado y teniendo en cuenta que éste le había prometido hacer después algo importante en favor de ella y de su pueblo disperso, accedió a sus deseos.

Tras así acordarlo, entraron silenciosamente en el palacio por la puerta trasera. El archiduque dejó descansar a Isabel en su lecho, le proporcionó un refrigerio y, por fin, se marchó de muy mala gana para tomar parte, por primera vez, en un Consejo sobre los destinos del mundo y llevar a cabo una acción. La asamblea estaba formada por Adriano, Chievres, Wilhelm von Croy, su sobrino y Sauvage. Al entrar, el archiduque notó, no sin cierta vanidad, que ahora lo saludaban de otra manera. Cada uno de ellos especulaba en su corazón las ventajas que los próximos cambios podrían proporcionarles. Para ellos, Fernando, el abuelo, no estaba sólo enfermo sino ya muerto, enterrado y olvidado. Todos se esforzaron por prevenir al joven archiduque, que tenía confianza ciega en su buena voluntad, contra los españoles, que intentaban promover sólo sus derechos y su arrogancia y no la gloria y el poder de sus reyes. El archiduque se dejó persuadir sin la menor dificultad de algo que siempre creyó. Se aceptó la idea, propuesta por Chievres en otros tiempos, de colocar al firme y fiel Adriano al lado de Jiménez y se acordó que embarcaría hacia España al día siguiente sin esperar que se les comunicara la noticia de que el viejo rey había muerto realmente.

Una vez despachado este asunto y cuando todos creían que ya podían irse, Carlos dijo, muy serio, que, hallándose ya en condiciones de ser su propio señor, tenía que convocar un tribunal de castigo contra Adriano, su antiguo preceptor, sobre todo para que se examinase si había cumplido a conciencia su voto sacerdotal de castidad. Todos se miraron extrañados, y Adriano, que nunca había oído al archiduque en aquel tono y que creía tener plena conciencia de que era inocente, perdió por completo la serenidad y exigió un juicio eclesiástico para someterse a la más severa investigación.

–No vamos a juzgar –dijo Carlos–, sino sólo a interrogar a los testigos, puesto que la astucia de los clérigos podría impedir que resplandeciera la verdad.

Diciendo esto, dio la señal acordada y, ataviada con la librea del cardenal, Isabel entró tímidamente en la asamblea. El cardenal se ruborizó en el acto, y los demás guardaron silencio por no saber qué tenía que declarar el muchacho, hasta que el archiduque apeló a la conciencia

del cardenal y le preguntó si aquél era su servidor, si era un muchacho, si sabía que era una joven y si aquella joven había dormido en su cama. Adriano estaba tan desconcertado que fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Para defenderse, no se le ocurrió ninguno de los sutiles argumentos que había empleado en las discusiones a lo largo de su vida. Por fin, dijo que no quería dar respuesta alguna, que se trataba de una conjuración contra él, que su bondad estaba recibiendo un duro e innecesario castigo. Ni el archiduque ni Isabel se vieron con ánimo de seguir contemplando su perplejidad. Riendo, el archiduque tomó a Isabel del brazo y justificó a la muchacha y al cardenal ante la asamblea diciendo que era él mismo quien había engañado a Adriano, que él le había puesto a su servicio a una amante propia para poder tenerla más cerca. Al oír esto, Adriano volvió a respirar. La asamblea elogió la temprana habilidad del archiduque en asuntos amorosos. Chievres, que muy gustoso hubiese hecho de Carlos el amante de su esposa para tenerlo más en su poder, aseguró en voz alta que no dejaría nunca más a su mujer a solas con él. Mientras tanto, el archiduque pidió a Isabel que fuera a ver a la señora Von Chievres, que vivía en palacio, para que la vistieran con lujoso ropaje, y que luego volviera a la asamblea con ella, y añadió que antes de que Adriano partiera aún tenía que firmar algunas actas.

Aquellos recados no eran más que un pretexto que le proporcionaba cierto tiempo para reflexionar. Su alma se veía dividida por deseos contrapuestos: sus obligaciones para con el amor y para con su rango; y se preguntaba si podía casarse con una duquesa de Egipto, si ello no haría vacilar su trono. Aún no había terminado de considerar el problema cuando, al lado de la señora Von Chievres, entró Isabel en la sala con un lujoso vestido de plata, que parecía cubierto de flores rojas, y con una corona de oro en la cabeza. Su seguro porte fue la admiración de todos; Sauvage y Croy se susurraron mutuamente que, con toda seguridad, se trataba de una princesa con la que Carlos había decidido casarse en secreto. Carlos le hizo una reverencia, la condujo a su elevado asiento e intentó hablar, pero estaba tan emocionado que no pudo. Chievres se dio cuenta de su vacilación, y creyó que dándole tiempo le haría un favor. Se acercó, pues, a él y le explicó que Adriano se había ido porque, al ver su reputación en peligro, sufrió tan gran espanto que el susto había repercutido en su estómago. El ridículo éxito de la desenfadada broma apagó por un momento la profunda preocupación de Carlos. La pugna le pareció zanjada, le pareció ilusoria. Tal vez habló también bajo el efecto del agotamiento después de su actividad nocturna cuando, dirigiéndose a la asamblea, dijo:

—Reconozco públicamente a Isabel, hija del duque Miguel de Egipto, como única heredera de este país, princesa de todos los gitanos de todos países de un lado y otro del mar, y le doy entera libertad para enviarlos a todos de nuevo a Egipto siempre que ella permanezca fiel a nuestro amor.

Isabel, que poco oyó de sus palabras porque, con mirada complacida había estado contemplando el majestuoso aspecto y la dignidad de Carlos, se le echó al cuello tan pronto como hubo terminado de hablar. Tal reacción hizo que la preocupación de Carlos respecto a que la muchacha le exigiera que se casase con ella desapareciera, por lo que la besó con redoblada ternura. Los congregados solicitaron el besamanos, y Chievres, al que agradaba enormemente adelantarse a los deseos de su señor, imploró para su esposa la gracia de que, a partir de aquel momento, la princesa de Egipto viviera con ella hasta que tuviera su palacio propio. Carlos otorgó como merced lo que en cualquier momento anterior habría solicitado como gracia de la señora Von Chievres. Isabel se dirigió con su nueva madre a la otra ala del palacio, y Carlos siguió departiendo con los congregados. La asamblea no se acabó hasta entrada la mañana. Los

pájaros entonaban ya sus cantos cuando los políticos se fueron a descansar. Carlos, en cambio, se tendió en un declive cubierto de césped del jardín de palacio. Isabel lo vio desde su habitación y no pudo conciliar el sueño.

En casa del señor Von Cornelius, había estallado ya la más tremenda confusión. Después de dormir una terrible mona, empezó a vociferar de tal modo debajo de la estufa que acudieron cuantos había en la casa vestidos con los más extravagantes atuendos nocturnos. Todos estaban más o menos borrachos, de modo que nadie se preocupó de veras por el señor; incluso el hombre de la piel de oso, que aquella noche había ido a ver nuevamente su tesoro al ataúd. El pequeño, atado y suspendido en el aire, veía debajo de él las baldosas que representaban un mar y unos barcos, y como estaba medio ebrio creyó que iba volando sobre el agua y quiso que todo el mundo contemplara su proeza. Pero cuando le soltaron las cuerdas y cayó de narices sobre aquel mar, se creyó perdido. Aquellas ideas siguieron confundiéndole aún después de que lo levantaran y lavaran. Por fin, se dio cuenta de todo y pidió que lo llevaran a su habitación, pero, al no ver ni rastro de su esposa y observar sólo su cama en desorden, surgió una nueva confusión. Aquello era un enigma para todos, incluso para la vieja Braka y la sirvienta, las cuales sabían perfectamente que no todo era como debía ser.

–Era tan virtuosa que se ha ido al cielo. ¡Por todos los santos! ¡La ventana está abierta! – exclamó Braka, y el hombrecillo-raíz miró con asombro por la ventana para ver si descubría un par de piernas en el cielo.

Braka se consoló pensando que el archiduque seguramente cuidaría de encontrarle un buen alojamiento. El hombrecillo-raíz, al que una alondra dejó caer algo en la boca, se apartó bruscamente de la ventana en amorosa desesperación para empezar a correr por toda la casa como un loco dando miles de ridículos brincos. Al ver él el portal abierto, se puso a vociferar contra el hombre de la piel de oso, pero, al encontrar la capa de Golem Isabel con una vulgar masa de barro en su interior, sin saber cómo, tomó a aquella tierra un gran cariño; igual que si se tratara de la propia amada perdida. Tras recogerla con sumo cuidado, se la llevó a su habitación, la besó infinitas veces e intentó darle nuevamente una forma que se pareciera a la de la amada perdida, cosa que le proporcionó un enorme consuelo. Además, encargó a un buen número de mensajeros que registraran el país para llevarle noticias acerca del lugar en el que pudiera encontrarse Isabel o, al menos, del camino por el que pudiese haber huido. Pero ninguno supo darle información. Por fin Braka, creyéndose despojada de todas las ventajas que aún había de proporcionarle el amor del archiduque hacia Golem Isabel, le llevó la noticia de que Isabel, la princesa de Egipto que se encontraba en el palacio, y en honor de la cual todos los gitanos habían recibido la libertad de volver a presentarse en público y ganarse el pan, era su esposa perdida. El asombro del hombrecillo fue tan grande que se quedó como petrificado; después se ciñó la espada y corrió hacia el palacio para exigir al archiduque una información al respecto.

El archiduque se mostró encantado, lo hizo pasar, lo escuchó y dijo que haría aparecer a la princesa ante su tribunal, y con tal motivo convocó a varios caballeros. No fue poco lo que se envaneció el pequeño al ver que por su causa se armaba tanto revuelo. Permaneció ante el tribunal en tan caballeresca actitud y con tal orgullo en la mirada que, como si llevara unas gafas de doble cristal, casi no pudo reconocer a Isabel cuando ésta, ataviada con un traje de terciopelo rojo con adornos de armiño, y la señora Von Chievres, que iba con un vestido de damasco blanco en cuya superficie delantera había tejida una escena que representaba a Adán y Eva debajo del manzano, entraron en la sala y ocuparon los asientos a ellas destinados. Entonces el archiduque

pidió al señor Von Cornelius Nepos que presentara su demanda. Este no había tomado en vano clases de retórica; ahora quería mostrarlo y demostrarlo a todo el mundo. Para apelar a los sentimientos de solidaridad matrimonial de los congregados, habló con gran patetismo de la primera dicha de los casados y de la gozosa y despreocupada tranquilidad en que se desintegran todos los afanes para presentar en el primogénito lo más magnífico que la fuerza en toda su plenitud es capaz de producir cuando se trata de una pasión pura. Continuó diciendo que, por este mismo motivo, todo lo que la humanidad concede de manera hereditaria e indivisible no desea dejarlo, entre los hijos de un mismo padre, a uno cuyo talento superior sea un hecho palpable, sino al primogénito, el cual encuentra fundamentada la superioridad de su vida en las leyes generales de la naturaleza. Y prosiguió diciendo que también de éste su futuro primogénito, la alegría de las tierras de Hadeln, quería privarlo la frivolidad de su esposa fugitiva, por no mencionar ya lo perjudicial que la inquietud de aquel momento tenía que ser para su presente vida embrionaria.

–¡El diablo ha hablado por boca de este enano! –dijo Chievres en voz baja–. A mí, en general, me cuesta emocionarme, pero ese hombre consigue que uno comprenda su desgracia.

El pequeño prosiguió:

–Pero ¿cómo voy a describir mi infortunio, cuando la noche en que me fue arrebatada la dicha de mi vida la pasé navegando por el inmenso océano en un lecho sin sosiego y naufragué contra otro lecho –indudablemente, un presagio del destino de mi propio lecho conyugal–, con lo que desperté suspendido en el aire como un águila con las alas extendidas sobre el mar, dirigiéndome hacia el sol, lo cual, sin duda alguna significa el restablecimiento de mi felicidad?

–Sí, ciertamente –lo interrumpió entonces la señora Von Braka, que había sido llamada como testigo–, fue una mala jugada de los jóvenes tarambanas que lo ataron debajo de la estufa; porque, mírenlo bien, no es más que un hombre débil y deforme. ¡Con qué facilidad se hubiera podido lastimar intentando cambiarse de lado!

Aquellas bondadosas palabras provocaron la risa de toda la concurrencia, y el pequeño se enfadó tanto que desenvainó la espada contra ella, pero un alabardero pudo quitársela a tiempo. Entonces, Cenrio lo interrogó según las normas del tribunal, y también interrogó a Braka hasta que confesó haber vivido en la ciudad con un nombre falso. Pero nadie quería desistir de la demanda contra Isabel, y pidieron que se hiciera comparecer al sacerdote que bendijo la unión. Incapaz de seguir aguantando todo aquello, Isabel les preguntó, indignada, si ya habían olvidado de qué manera había sido echada de casa después de dejarla en Buik en manos de una malvada alcahueta; preguntó si ella merecía que el *alraun* la tratara de aquel modo por haber hecho que, siendo, como era, una raíz informe, se transformara en una pequeña persona. El pequeño y Braka se quedaron atónitos. No obstante, Braka consideró rápidamente la situación y se puso de parte de Isabel diciendo que antes había hablado por temor al hombrecillo, pero que ahora tenía que reconocer que quien se había desposado con el *alraun* era otra persona con el nombre de Isabel, una persona que ahora no sabía cómo, había desaparecido. No obstante, a esta Isabel auténtica, de la misma manera que la servía desde hacía años, tenía la obligación de respetarla como princesa. Y mientras hablaba aullando como una jauría de perros en espera de la comida, se postró ante Isabel.

Entonces, el hombrecillo-raíz se enfureció como si hubiera perdido el juicio y, tirando el guante, juró que estaba dispuesto a batirse con todo aquel que quisiera disputarle a su esposa o afirmar que él era un *alraun*. Chievres comentó entonces que precisamente aquel último punto, es decir el de si podía considerarse o no una persona, era lo que tenía que dilucidarse para

concederle el derecho de batirse en caballeresco duelo y que, además, había que aclarar si era de igual linaje y si pertenecía a la religión cristiana. El pequeño afirmó que tenía un servidor, al que llamaban hombre de la piel de oso, que confirmaría todo lo que allí se le negaba, que sólo tenían que darle permiso para ir a buscarlo. La petición le fue concedida.

Mientras tanto, la parlanchina Braka reveló que el *alraun* sabía desenterrar todos los tesoros escondidos y que ya los había descubierto en todas partes. Chievres la escuchó atentamente y dijo al archiduque:

–Dios bendice a Vuestra Alteza con un ministro de finanzas en la pequeña persona de este *alraun*, el cual puede dar sólido fundamento a vuestra futura grandeza. Independientemente de los caprichos de los estamentos, os proporcionará en el futuro los medios para sacar provecho de cualquier actividad. Será el alma del Estado, su genio conseguirá el equilibrio entre los derechos divinos y los deseos humanos, que siempre están en contradicción. ¡Viva por mucho tiempo el archiduque y su *alraun* imperial!

Dando ya muestras de la futura sagacidad que lo guiaría en toda situación, el archiduque, dirigiéndose a Chievres asintió satisfecho con la cabeza, y se puso a pensar de qué manera podría llegar a una alianza con el pequeño y útil personaje. Gracias a la inagotable inventiva que mostraba su sagacidad, Chievres había ascendido en su merced y confianza.

Esta vez, el archiduque saludó muy amablemente al pequeño cuando éste entró con el hombre de la piel de oso, el cual llevaba la deformada estatua de Golem Isabel y la ropa que había dejado. El pequeño había prometido al pobre hombre entregarle todo el tesoro que quedaba si daba testimonio contundente de que sólo existía una Isabel, que ésta, sin el menor motivo, había huido después de la boda, dejando una masa de barro cubierta con sus vestidos y su capa. Al mismo tiempo, tenía que afirmar bajo juramento que había conocido a los padres del *alraun*, los cuales, en las tierras de Hadeln, tenían fama de ser buenos cristianos y de antigua alcurnia. El viejo, difunto y avaro hombre de la piel de oso se lo había prometido todo. Así pues, colocándose delante, empezó a explicar aquella sarta de mentiras tal como habían convenido. Pero cuando Braka e Isabel le pidieron explicaciones, la parte nueva de su cuerpo que era al mismo tiempo su yo mejorado contestó con voz clara una serie de contradicciones: «Persona..., no persona, casado con Isabel..., Isabel echada de casa...», e hizo tal mezcla que cuando los jueces hubieron llenado varios pliegos, su testimonio resultó nulo.

El hombrecillo que, de impaciencia, estuvo a punto de perder el juicio, arrebató al pobre hombre de la piel de oso, que estaba interiormente dividido, los vestidos y la estatua de barro, lo echó a patadas de la sala y le juró que en vez de entregarle el tesoro lo repartiría por todo el mundo dando limosnas, que él, para reunirlos, serviría en vano a un señor tras otro hasta el día del juicio final, que en vano traicionaría a un señor tras otro por un tálero, que en vano se pasaría en la guerra de uno a otro para robar el dinero del reclutamiento, que para gran tormento de su viejo cuerpo, la mejor parte de su naturaleza, la reciente, regalaría y dilapidaría el dinero conseguido, de manera que el día del juicio final aparecería igual de pobre, andrajoso y desconsolado que en el momento presente¹. Después de proferir tal maldición, el pequeño se dirigió con desconsolado enojo hacia la figura de barro. Chievres le preguntó a quién representaba aquella figura.

¹ La maldición fue un poco larga, pero se tenía que reproducir completa. Si, por lo que fuera, un sirviente o un soldado como éste se presentara en alguna parte provisto de testimonios falsos, todo el mundo podría reconocerlo por sus contradictorias palabras y evitarlo.

Señalando a Isabel, el pequeño se echó a llorar amargamente. Pero ¿quién hubiera reconocido la graciosa nariz de la hermosa Isabel en la larga narizota que marcaba el centro de la ancha masa de tierra? Sin embargo, a su clase de amor de un instante, le bastaba aquella estatua; era asombrosa la ternura con que acariciaba la arcilla regada por sus lágrimas. ¡Pobre Prometeo! Varias veces miró a Isabel con tal saña que el archiduque temió que le extrajera el fuego de los ojos para injertarlo a su montón de tierra. Además, el archiduque tenía miedo de que el pequeño arraigara con sus manos en la arcilla y, volviendo a su naturaleza de raíz, perdiera la capacidad de producir dinero. Hacía rato que él e Isabel habían adivinado que aquella tierra eran los restos de Golem, por lo que estaban aterrados².

Isabel no se rió de los esfuerzos del pequeño por crear aquella estatua a su imagen. La bondadosa Isabel sintió compasión y pidió que se pusiera fin a la asamblea pública, pues, al fin y al cabo, era ella quien tenía que reprocharse su desgracia, ya que fue su curiosidad lo que lo había llamado para que saliera del tranquilo seno de la tierra.

—¿Quién diablos estaba tranquilo? —dijo el pequeño yéndose de la lengua por espíritu de contradicción—. Los topos, los grillos cebolleros y las hormigas me molestaban mucho más que todos vosotros juntos.

Chievres dijo que aquella confesión bastaba, y abandonó la sala con los demás caballeros de la corte. Entonces, el archiduque, dando al pequeño unos golpecitos en el hombro, le dijo que pensara en serio en la diferencia de origen, pues él había nacido de una raíz, mientras que Isabel era de linaje principesco, y que en realidad ahora no le era posible ser su marido, pues, al igual que en la frase bíblica «Y el hombre será tu señor», el pueblo que obedecía a Isabel no lo soportaría nunca a su lado, pero que lo que sí era posible, y ya muy apreciable, era el matrimonio morganático, que le permitiría vivir en casa de ella con el título de mariscal de campo, pero sin compartir su mesa ni su lecho. Mas para hacerse digno de tal distinción tenía que prometer solemnemente que buscaría con celo incansable todos los tesoros escondidos y se los entregaría a él, por ser el protector del futuro imperio gitano. Tras reflexionar un rato, el pequeño exclamó:

—¡Bravo! Me parece muy bien, y si no fuerais tan alto me gustaría abrazar a Vuestra Alteza. Si tengo mi dormitorio propio podré descansar tranquilo; la verdad es que no sé para qué sirve dormir. Mi esposa perdida, si es que no es ésta, no me dejaba en paz y me costó un par de ojos nuevos que tenía en la nuca y con los que, cuando podía abrirlos, me era posible prever los acontecimientos. Tampoco me produjo nunca excesivo agrado comer con mi antigua esposa, si es que no es ésta: a mí me gustaba gritar a mis anchas, ella se quedaba los mejores bocados y cuando yo no quería callarme me pegaba en la cara con los huesos calientes y con la cuchara so-

² ¡Oh, vosotros, los que no hacéis más que decir disparates sobre el arte! ¡Que, con palabras eternamente vacuas, achacáis a la formación griega todo lo que nuestra naturaleza realiza de manera sensata! ¡A vosotros tengo que dirigirme ahora yo, el narrador! Seguro que os consideraréis muy por encima del trabajo del *alraun*, pero yo os aseguro que vuestros ojos vacíos, con los que permanecéis ante las antiguas estatuas de los dioses, vuestro corazón vacío, que manifiesta su opinión sobre ellas con mil palabras carentes de vida, ve en las magníficas creaciones de la antigüedad mucho menos que el pobre pequeño en la masa semimodelada; pues lo que es, lo fue gracias a él; y de la misma manera que llegó hasta este punto, seguirá adelante. Pero vosotros no habéis transmitido nada a los dioses, ni los dioses os han transmitido nada a vosotros. Para vosotros, las imágenes de los dioses, vivas gracias al arte, no son más que golems, y si yo os borro las palabras se os deshacen en nada. ¿Vais a negarlo? Animo, cread algo propio que podáis poner al lado de aquellos sin reiros vosotros mismos de ello. Pero vuestras manos siempre son pobres en obras y vuestra boca está llena de palabras.

pera.

Cuando también Isabel accedió a aquella proposición, el archiduque mandó ir a buscar al sacerdote que ya había casado una vez al *alraun* y lo amenazó con hacerlo prisionero y dejarlo a pan y agua por haber dado su bendición secreta si se negaba a impartir una segunda bendición solemne. El pobre hombre se manifestó dispuesto a todo y, al atardecer, en presencia de unas pocas personas de confianza del archiduque, se celebró el matrimonio morganático, que prometía proporcionar amistosas y tranquilas relaciones no sólo entre los personajes secundarios como Braka, Cornelius Nepos y el avaro sacerdote, sino también entre los principales, es decir entre el archiduque e Isabel. Pero, durante la ceremonia de la boda, Isabel lloró con tal vehemencia, de manera tan instintiva, que no pudo dar su consentimiento. Carlos le preguntó con gran cariño cuál era el motivo de sus lágrimas, pero ella sólo supo decir que le había venido a la memoria una gatita que ahogó en una ocasión por causa del *alraun* y que había olvidado confesar aquel pecado. Como no hizo ninguna objeción a las ceremonias nupciales, se dio la boda por terminada y aquella misma noche el pequeño demostró su agradecimiento al archiduque poniendo al descubierto un tesoro que había en una hornacina tapiada del castillo y que consistía en monedas y cadenas de oro que estaban allí desde hacía más de doscientos años. Por la noche, cuando el archiduque estuvo a solas con Isabel, sintió de repente una gran inquietud al recordar a Golem Isabel y cómo se había desmoronado quedando transformada en tierra. Por su parte, a Isabel le resultaba imposible volver a entregarse a él con plena confianza, de modo que los dos se alegraron de que sus respectivos lechos no estuvieran tan cerca uno del otro como en Buik. El archiduque quedó sumido en un hermoso sueño: soñó que veía cómo las magníficas cadenas de oro que le encontrara el *alraun* derribaban al suelo a los grandes de España que se atrevían a presentarse con la cabeza cubierta incluso ante el rey; soñó que podía atraer a muchos miles de soldados con aquellas cadenas y que en todos los lugares adonde iba con ellas le rendían homenaje. Mientras tanto, su rival, cuya excitación no le dejaba dormir, se vio impulsado a volver al barro, que ahora se había transformado en el único tesoro de su corazón de raíz y, entusiasmado por su suerte, esta vez la cosa le salió mejor; bajo sus manos, todo tomó una forma tan parecida a Isabel que, fascinado, prefirió la posesión de aquella mujer hecha por él mismo que la de cualquier otra creada por Dios, la cual, por otra parte, no habría podido acomodarse a los extraños pensamientos de alguien nacido, como él, el domingo de Cuasimodo. De todos ellos, quien aquella noche disfrutó de la mayor felicidad fue Isabel. Esto sucedió cuando, a medianoche, un maravilloso sonido la atrajo a la ventana. Después de que el archiduque concediera a su pueblo libertad de residencia en los Países Bajos, los jefes dispersos acudieron presurosos a la morada de la princesa de su estirpe para dedicarle, con sus canciones en su propio idioma, un saludo nocturno y su juramento de fidelidad y amor hasta la muerte. Después de hablar sobre las características de sus danzas, intentaremos reproducir este cordial saludo con una traducción. Había impregnado sus manos y vestidos con una solución de fósforo que, en aquella época, sólo de ellos era conocida, con lo que brillaban en nubes de vapor, y, cuando se rozaban o tocaban, aquel brillo se transformaba en un claro resplandor que duraba un buen rato, durante el cual se entonaba el canto:

¡Están expiados los pecados!
Salimos de las llamas
y nos encontraremos

junto a nuestra princesa;
vamos a despertarla
con suaves acordes.
Resuena la corona
al contacto con el cetro
que reina sin fin,
de padres a hijos,
en el linaje soberano,
según la ley divina.

Llena el hálito de otoño
los ojos de amargas lágrimas,
y el alma de sagrado anhelo
hacia nuestro suelo patrio.
Ya se sumergen las olas
que todo lo rodearon;
la hora creadora
corre por los campos
y bosques floridos
surgen del abismo,
y numerosos niños
ensalzan el invierno.

Ven, Isabel, y guíanos.
Juramos serte fieles;
ven, corre con nosotros,
sal del castillo muerto.
¡Cuan negros son los muros!
Ahí vive la tristeza.
Tintinean las armas
de atentos centinelas;
qué amable reirá
la obra matinal...
Seguimos en cortejo
al pájaro en su vuelo.

Naturalmente, Isabel pertenecía todavía a una familia de aves migratorias, esos seres que, a pesar del cariñoso cuidado y del amor que reciben de las personas, no pueden resistirse cuando oyen la voz de sus hermanos en los aires. Si en el gélido polo hay pueblos pobres que no encuentran satisfacción alguna en los placeres e inventos de nuestra zona, y al ver un cisne se precipitan al agua creyendo que se van con él a nado a su patria, ¡cuánto más poderoso tenía que ser el efecto de la particular y superior naturaleza en el espíritu soberano de Isabel! Lo cierto era que, en Europa, equivalía a la flor exótica que sólo se abre de noche porque en aquel momento luce en su patria el día. Isabel se sintió invadida de anhelo y melancolía sin límites y, aunque

desconocía el motivo, sentía que no podía quedarse. Amaba al archiduque como nunca, pero notaba que desde que él había amado a otra pensando que era ella, su primer amor se había alejado, y fue entonces cuando se confesó que, aunque con esta boda aparente su pureza de costumbres no sufría merma, se le hacía con ella una profunda, ofensa, pues denotaba con toda claridad la intención de Carlos de no unírsele en santo y eterno matrimonio como ella, con su espíritu principesco, había pensado. ¿De qué le servía al archiduque su sagacidad, su deseo de asociarse a la riqueza y aprovecharla? Ella sólo conocía la magnificencia de la pobreza, que lo posee todo porque es capaz de despreciarlo todo; ella sólo conocía a su pueblo, que rechazaba la paga de sus soberanos y consideraba cada acción como su más hermosa ganancia. Luchando consigo misma, se acercó a la cama del archiduque y lo besó; de haberse éste despertado, no hubiera podido separarse de él, pero, dormido, la apartó: estaba soñando que la cadena de oro con la que conducía a los pueblos y que él sostenía se enrollaba alrededor de su pie estrechándose cada vez más, de modo que temió caer; por esto la apartó. Ella, en cambio, estaba muy emocionada e interpretó de otro modo el gesto del durmiente. Así pues, saltando por la ventana, descendió hacia los suyos sin pensar si lo hacía desde un lugar muy alto o bajo. Pero la felicidad de su pueblo quiso que no se hiciera daño. Sus habitaciones estaban en el primer piso, y el estudiante errabundo, al que, después de reconocerla en el palacio, el amor y la tristeza habían impulsado a ir por la noche al pie de su ventana, la cogió en sus brazos. Los gitanos, al reconocerla, le pusieron la corona, le entregaron el cetro y, sin que los centinelas se dieran cuenta de nada, marcharon con ella y con el estudiante hacia la puerta, donde montaron en ligeros caballos y, cabalgando por sendas ocultas, escaparon a todas las pesquisas.

Al finalizar la inquietante conclusión de su sueño de soberanía y despertar a la luz que parece oponerse a todos los sueños con las atrevidas palabras: «¡No sois verdad, pues no resistís mi presencia!», el archiduque creyó también que los tristes sucesos que le amenazaban no eran más que quimeras. Pero ¿quién teje estas quimeras en nuestro cerebro? ¡El que mueve las estrellas en el firmamento de manera siempre igual y distinta! Sin hacer ruido, para no despertar a Isabel, el archiduque se puso a jugar con su tesoro, que permanecía intacto delante de la cama. Pero el ajetreo matinal de las calles se hacía cada vez más perceptible e Isabel seguía sin despertarse. La llamó y se acercó a su cama, pero no la encontró. Presa de pánico recorrió toda la casa pero, por más que la llamó, Isabel no apareció en ninguna parte. «¿Me estará haciendo un ramo de flores para adornar nuestra mañana? ¿Se hallará en la misa temprana dando gracias a Dios por su suerte?», se dijo el príncipe.

La hora siguiente desmintió las dos suposiciones; el archiduque preguntó sin éxito a los centinelas y en vano hizo llamar a Braka. La vieja Braka lloró muy de veras por la bella Isabel, y todas sus hermosas perspectivas se desvanecieron. Cuando las mujeres se ven aquejadas por la desgracia, por nobles que sean, no refrenan su enojada lengua, y su cabeza se llena por completo de un sentimiento único que les hace olvidar cualquier consideración. Así pues, en vez de temer al encolerizado e impaciente archiduque, Braka le hizo los más amargos reproches diciéndole que la crueldad que cometiera con Isabel casándola con el pequeño la había inducido a huir. El archiduque, avergonzado, guardó silencio. Sentía que ella tenía razón, que su necia sagacidad le había arrebatado a quien hubiera podido convertirse en su ser más querido; se sintió tan despreciable a los ojos de la vieja como el pequeño *alraun* no lo había sido ante los suyos. Después de ordenar a Braka que se marchara, le mandó que aceptara de su merced una remuneración para gastarla cerca de su corte de manera que él pudiera tener a alguien con quien

hablar de Isabel. Los innumerables mensajeros que envió para que recorrieran toda Alemania regresaron sin noticias. Su abuelo Maximiliano, que había oído hablar de su pasión, mandado que los despidieran en todas partes. Mucho más tarde, cuando hacía tiempo que Isabel se había ido, se enteró de que ésta, en el Bosque de Bohemia, había dado a luz a un príncipe que fue bautizado con el nombre de Solrac (el nombre de Carlos, su padre, al revés) y de que al estudiante errabundo que huyó con los gitanos, Isabel le había concedido la merced de ser su caudillo llevando el nombre de Sleipner.

La espera de aquellas noticias fue la causa de la incomprensible tardanza de Carlos en marchar de los Países Bajos hacia España, donde, mientras tanto, había muerto su abuelo y donde, sin su presencia, la violenta astucia de Jiménez podía hacer estallar muy fácilmente una guerra civil. De haber recibido noticias de Isabel, le habría gustado mucho ir en seguida tras ella, pero ¿dónde podía encontrarla? ¿Cómo renunciar a los sueños juveniles de su afán de dominio? Sin embargo, la corona a la que hasta entonces no había considerado más que como un adorno, se transformó en un peso abrumador, y las ceremonias, que, según le había parecido hasta aquel momento, eran lo que embellecía la vida, fueron para él tiempo perdido, igual que el toque de las horas que, con su sonido, interrumpe la tranquila sucesión de anhelantes pensamientos. Si no nos equivocamos, varios de sus caprichos, por los que fracasaron muchas de sus más importantes empresas, hallan su explicación en este primer error de su sagacidad: la indiferencia con que al principio trató los quehaceres gubernamentales dejando que Chievres y los suyos arruinaran España con la más detestable corruptibilidad; la sensualidad en que, agotando la fuerza de su cuerpo, a menudo procuraba olvidarse de sí mismo y de cuanto en su vida había de insatisfecho e insatisfactorio. Fue necesaria una época de grandes acontecimientos, como la conquista de Nueva España y su nombramiento como emperador, y un adversario incansable, para que no se hartara antes de todos los asuntos de gobierno. Finalmente, también necesitó al *alraun* para poder sufragar sus precipitados actos.

¿Qué se hizo de este rival suyo en cuestiones de amor? El pequeño llevó a cabo todas las indagaciones posibles para encontrar a la esposa que había perdido ya dos veces, aunque sin resultado. No obstante, se tranquilizó antes que Carlos. Lo consiguió trabajando sin descanso para terminar la estatua de la hermosa Isabel. Inquieto y atribulado como estaba, Carlos entró una mañana en su habitación, saludó a la parecida imagen con un grito de asombro y se la llevó a su estancia sin hacer caso de las súplicas y amenazas del pequeño. Mientras la coronaba de flores y la saludaba hincando la rodilla, los moradores del palacio oyeron un ruido terrible en la habitación del pequeño. Todo había empezado con sus maldiciones, pero pronto se oyeron más voces. Cuando los centinelas forzaron la puerta, se produjo una violenta detonación; la habitación olía a azufre, el hombrecillo-raíz yacía en el suelo desgarrado e inmóvil. Lo enterraron en secreto; Carlos creyó que, por fin, se había librado de él, y todo el mundo lo consideraba destruido, pero el *alraun*, en su ira, se había transformado en un fantasma, y el emperador se percató pronto de que no podría volver a deshacerse de su agobiante presencia sin una gran expiación.

En vano cambió de residencia y de atuendo, en vano probó incluso los aires africanos; cuando lo creía desterrado para siempre, bastaba que un mal deseo impulsara su ánimo para que el *alraun* apareciese en el acto a su lado, ya en forma de un grillo que le gritaba desde detrás de la chimenea, dónde podría encontrar dinero y ocasión propicia, ya como una araña que bajaba desde el techo de su habitación hasta sus escritos; en otras ocasiones, adoptaba la forma de un

sapo y le salía al paso en el camino del jardín, le zumbaba en forma de escarabajo volador al atardecer, o, por la noche, le chillaba como un pájaro salvaje. Carlos oía y obedecía aquella voz con demasiada frecuencia. ¡Ay de nosotros, los nacidos en época posterior! Si bien muchas cosas fueron posibles para Carlos gracias a aquel espíritu que le proporcionaba dinero, tuvo a cambio, que concluir antes su carrera como soberano para desterrar todo mal deseo llevando una vida santa de expiación y oración.

En Gante, ahogado por los recuerdos y la pérdida de su primer amor, decidió su propio ocaso. Allí despidió, bañado en lágrimas, a su hijo Felipe; también se despidió de los embajadores y, hasta que partió hacia España, vivió en la absoluta soledad de una vida apartada. El día de su aniversario, tomó posesión del monasterio de Jerónimos de Yuste, en España, erigido para él, pues, pensando que aquella celebración coincidía con la llegada al mundo del *alraun*, que lastimó su trayectoria temporal, dijo que quería renacer para el cielo precisamente en la misma fecha en que nació en la tierra. Su sincera oración fue escuchada: su flagelo ensangrentado, que después de su muerte se conservó como reliquia, atestigua lo difícil que le resultó apartar sus acostumbrados pensamientos predilectos. Nosotros, sin embargo, cuyos antepasados tanto sufrieron a causa de su credo político, a los que la despreciable codicia del *alraun* tanto irritó y torturó, que finalmente perecieron con la separación de Alemania que él provocó por falta de unidad y entusiasmo religioso cuando, en realidad, lo que quería era impedirlo, nosotros al enterarnos de este desgraciado primer amor que acabamos de narrar y de su arrepentimiento, nos sentimos reconciliados con él y reconocemos que sólo un santo en el trono hubiese podido superar aquella época.

El mismo se sintió, pues, también justificado cuando, para examinar su corazón y ver si estaba dispuesto para el gran paso que sorprende incluso al más anciano, ya quiera éste acostumbrarse a él por medio de la meditación, ya quiera hacerle caso omiso mediante fingida actividad, mandó construirse un suntuoso mausoleo en la iglesia del monasterio proyectado por él mismo. Este mausoleo estaba formado por artísticas galerías cubiertas con la efigie de sus predecesores, y era en su extremo donde había que colocar su propio ataúd. El se sintió justificado cuando se introdujo en vida en aquel ataúd, cuando mandó que lo colocaran solo en su lugar acompañado de cantos fúnebres, repiques de campana y cirios negros y, cuando, a través del techo cerrado de la iglesia, vio a Isabel que, dedicándole palabras de consuelo y cariño, iba a encontrarse con él en el país de las ideas eternas, en ese lugar en que los errores de los hombres se desintegran y transforman en polvo junto con su pesado cuerpo. Al hacerle una seña, él la siguió y vio una clara luz matinal en la que Isabel le enseñaba el camino hacia el cielo. En aquel momento, Carlos preguntó a los presentes si ya era una hora tan avanzada como la que podía deducirse de sus visiones, pero el arzobispo le dijo que era de noche. Entonces entregó su espíritu a Dios y murió.

Preguntemos a nuestro corazón de qué manera quisiera morir: seguro que como Carlos, con la amada de nuestra juventud haciendo de santo ángel entre nosotros y el sol del que nos separamos porque nos deslumbra, y al mismo tiempo mostrándose cual cortina de color, de forma que incluso la sombra de las manos que recogen flores sin que cojan nada aparecen coloridas. El entierro de Carlos no debe asustarnos como si fuera una extraña comedia. La misma idea que se hizo realidad en el soberano de todo el mundo excita el ánimo de muchas personas que han llevado una vida seria; pero no pasa de ser una idea, y con mucha frecuencia se transforma en escrupulosidad a la hora de disponer el verdadero entierro. En él, raras veces se

manifestó la vanidad y sí mucho más a menudo el deseo de finalizar una vida encauzada según determinados principios y acordes con este espíritu.

Nuestros presuntuosos tiempos desprecian los funerales; en la época de nuestros piadosos antepasados, muchas veces la única dote de la novia era un paño mortuorio digno, y un ataúd suntuoso ponía fin a una vida humilde. ¿Quién se atreve a calificarlo de extravagancia? Era una manifestación secundaria de aquella unidad de que se nos habla a lo largo de toda su historia, que se manifiesta aún con mayor fuerza en los monumentos de piedad secular que podemos ver en las iglesias alemanas de aquellos tiempos antiguos. ¡Qué unidad y equilibrio en todo! ¡Cuán firme es su fundamento en la tierra y, sin embargo, todo propio del cielo, conducente al cielo, cerrado en sus límites de la manera más magnífica y fastuosa! La iglesia eleva hacia el cielo, como manos en actitud orante, innumerables capullos y series de excelsas imágenes, todas en dirección ascendente hacia la cruz que señala el extremo del edificio, representando el final de la vida divina en este mundo; la cruz que, como máximo esplendor de la tierra que, gracias a ella, se siente impulsada a acciones infinitas, es lo único que resplandece con el oro con que no se atreve a adornarse ninguna otra imagen o símbolo de toda la historia sagrada que representa el edificio.

La posteridad ha realizado un largo juicio fúnebre no sólo del entierro del emperador Carlos, sino también de su vida; pero sólo los coetáneos pueden valorar a un soberano al finalizar su carrera. ¡Y qué instructivos parecen los juicios fúnebres de los antiguos egipcios! Pero no forman parte de nuestro mundo europeo. Aún hoy los encontramos en Abisinia, aún hoy los sucesores de nuestra Isabel son expuestos públicamente en el trono, el día siguiente al de su muerte, a la entrada de la pirámide que les sirve de tumba, y todo el mundo tiene la obligación de manifestar lo que piensa del difunto. También Isabel fue sometida a este juicio fúnebre; aún hoy los abisinios hablan del juicio de este tipo que ella mandó realizar estando todavía viva y del que ordenó que quedara constancia escrita. Aquellas gentes enseñan todavía su efigie en las fuentes del Nilo, reuniéndolas a todas en un cedazo a través del que corren hacia la tierra formando innumerables surtidores, lo que es un símbolo de que, si bien reunió las tribus separadas de los abisinios o gitanos, no pudo impedir que éstos se dividieran por disensiones internas. Estas noticias las debemos al famoso viajero Taurinius, cuyas palabras vamos a citar literalmente: «Isabel, la famosa reina, convocó a su hijo Solrac, que según la predicción de Adriano, concibió de Carlos; convocó también a Sleipner, que se marchó con ellos de Gante como estudiante errabundo, para pasar a ser caudillo de los gitanos y además a todos los hombres honrados y jefes de su pueblo en la entrada de la gran pirámide que hay junto a las fuentes del Nilo y que ella mandó construir para que fuera su tumba. Era el 20 de agosto de 1558, el mismo día en que su amado Carlos celebraba su entierro en vida y con los ojos abiertos, por así decirlo, como si presintiera que ella iba a morir dando un ejemplo de seriedad parecido. Allí, Isabel, despidiéndose amablemente de todos, encomendando al desconsolado Sleipner al cielo –donde su amor encontraría rica recompensa– y estrechando a su hijo contra su corazón, allí, digo, explicó que se sentía demasiado enferma y achacosa para seguir al frente del gobierno y que como iba a dejar de reinar y, por así decirlo, estaba marchando de este mundo, su más ardiente deseo y su última súplica era que no se esperara a que muriera para cumplir la antigua y santa costumbre del juicio fúnebre, sino que, sin dilación, con ella ya tendida en el ataúd, fuera pasando todo el mundo por su lado y, tras prestar juramento, manifestara cada cual su opinión sobre ella, abiertamente y sin mentir. Estas fueron sus palabras y, como no hubo súplicas ni lágrimas capaces de disuadirla de

su decisión, todos se dispusieron en seguida a prestar juramento. Entre raudales de lágrimas, la reina se echó en su ataúd, y cada cual se presentó ante ella como solía, de acuerdo con su rango; asimismo, Isabel hizo dejar constancia en el libro real de su bien meditado juicio, de forma que ella pudiera oírlo con toda claridad. ¡Qué día tan feliz para aquella mujer pura! ¡Qué insignificantes fueron las críticas comparadas con los reproches que, por lo visto, se hizo ella misma con mucha frecuencia! El sacerdote que me informó con todo detalle sobre este acontecimiento, me leyó un antiguo pergamino en el que se relataba lo que le pasó a ella mientras se realizaba el juicio y cuan dichosa murió durante su transcurso, como se verá más adelante. Yo me atreví a traducir en seguida aquel pergamino a nuestra lengua materna, pero, faltándome en varias ocasiones el vocabulario, pedí al maestro Uhsen que le echara otro vistazo y lo corrigiera. Dice así: "Durante el juicio fúnebre, quedó sumida en alegre contemplación. De la niebla que hasta entonces cubría el magnífico país que ella creara, sobresalieron entonces, ante su vista, los cercanos jardines de la bienaventuranza, en los que los niños felices de su pueblo errante volvían a jugar tranquilamente, en los que manaban las fuentes donde, en otros tiempos, había seca arena y cocodrilos tomando el sol, en los que cantaban pájaros rojos y azules, donde, en otros tiempos, silbaban las serpientes. Además, en el lugar donde en el pasado la muerte acechaba a todo ser vivo en una ciénaga intransitable, vio verdes prados llenos de flores y corderos moviéndose lentamente entre los tallos y haciendo sonar sus esquilas. Pero después fluyó el río, el río por antonomasia, el inocente metal de la superficie, resplandeciente como una espada bajo el martilleo del incesante remar de los marineros, donde antaño sólo se atrevía a nadar el pez en la parte poco profunda. Pero lo más magnífico se encontraba al otro lado y más allá, y mientras en lo más profundo de su alma le iba fascinando la idea de haber tallado, con el incesante trabajo de su amado pueblo, cada una de las piedras necesarias para erigir los palacios de su futuro poder, al otro lado en la luz naciente, vio ya los palacios e iglesias del esplendor venidero. Asombrada, se acercó a la corriente y, con la mirada fija sólo en la otra orilla donde la satisfacción intuida se mostraba como segura realidad, se precipitó hacia el río y fue trasladada al otro lado, y allí permaneció... Con esta imagen, un piadoso testigo de su muerte intentó expresar y explicar la dicha de su rostro moribundo."»

¡Dulce Isabel! En el pequeño círculo de tu amor juvenil, te hemos hallado inocente; ¿por qué íbamos a poner en duda lo que nos cuentan los viajeros, es decir que, hallándote en lo alto de tu trono, con una visión panorámica de todo un mundo, permaneciste fiel a ti misma? Pues, ¿qué es este mundo en comparación con la fidelidad que se mantiene inmutable una vez ha resistido con éxito la prueba? Al ser desdeñado, tu amor no sucumbió. Aquel hombre único no fue capaz de entenderlo, ni de valorarlo, ni de conservarlo cuando se lo entregaste a un pueblo que, gracias a él, consiguió la libertad. Ningún sufrimiento, ningún arrepentimiento, ninguna duda hizo volver tu mirada hacia aquel que abandonaste porque te había dejado; lo que el entusiasmo de un instante realiza en un alma pura, sigue siendo eternamente su ley esencial. ¡Pura imagen de la vida juvenil, a ti dirigimos nuestros ojos y suplicamos que nos purifiques de nuestras profundas penas de amor y de los pecados que cometemos por ser hijos de nuestro tiempo! El juicio fúnebre de los hombres no ha de asustarnos, pero ¿quién no teme a los jueces que hay en nuestro interior, a la inexorable severidad de los pensamientos que no se dejan engañar cuando complacemos a los demás, pero no a la propia fuerza? ¡Excelsa Isabel, haz que el aire celestial sople en mi ardorosa frente cuando me juzgue a mí mismo! Hay en el cielo un cometa

amenazador cuyo ardor transforma el otoño en verano. ¿Para qué inflamará la primavera?
Tranquila, alma querida, tranquilo, mundo; se te han anunciado muchas cosas del Señor.

Contraportada

Ludwig Achim von Arnim, autor de esta magnífica novela fantástica, contemporáneo y amigo de Goethe, fue una de las figuras cimeras del romanticismo alemán. *Isabel de Egipto* (1819) cuenta los amores de la bella Isabel, princesa de gitanos, con un príncipe que más tarde se convertiría en el todopoderoso emperador Carlos V. Isabel siente correr por sus venas sangre real y se propone concebir un hijo uniéndose a un poderoso rey para llevar a sus gentes a las ancestrales tierras a orillas del Nilo y fundar allí un reino.

Arnim compone un retablo poblado de magia, personajes fabulosos, hechizos y conjuros. Pero en el centro de este mundo encantado, de una ligereza alada de cuento de hadas, se esconde una fábula sobre el amor y el poder, y sobre la pasión como fuerza irreprimible. Erudición histórica, lirismo exaltado y fantasía desbordante hacen de esta novela una obra que deleitará a los lectores de hoy por su sorprendente vigencia estética.